



Visita del Papa Juan Pablo II

| | |
|---|----|
| Mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al Pueblo de Cuba con motivo de la Navidad | 2 |
| Texto del Telegrama enviado al sobrevolar la Diócesis de Pinar Del Río. | 4 |
| Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, Presidente de La República de Cuba, en la ceremonia de bienvenida a Su Santidad, Juan Pablo II. | 5 |
| Palabras del Santo Padre en la ceremonia de bienvenida, en el Aeropuerto Internacional “José Martí” | 7 |
| Palabras de bienvenida al Santo Padre, pronunciadas por Mons. Fernando Prego, Obispo de Santa Clara, en el terreno del Instituto de Cultura Física “Manuel Fajardo”. | 9 |
| Homilía del Santo Padre en la Misa celebrada en los terrenos del Instituto de Cultura Física «Manuel Fajardo» De Santa Clara. | 10 |
| Palabras de bienvenida al Santo Padre, pronunciadas por Mons. Adolfo Rodríguez, Obispo de Camagüey, en la Plaza «Ignacio Agramonte». | 13 |
| Homilía del Santo Padre en la Misa celebrada en la Plaza «Ignacio Agramonte» de Camagüey. | 14 |
| Saludo de Los Jóvenes Cubanos al Papa | 16 |
| Mensaje del Santo Padre a Los Jóvenes Cubanos. | 17 |
| Palabras de Acogida del Emmo. Sr Cardenal Jaime Ortega Alamino, al Santo Padre En El Aula Magna de La Universidad De La Habana. | 21 |
| Palabras del Dr. Juan Vela Valdés, Rector de La Universidad de La Habana. | 22 |
| Palabras del Santo Padre en el Aula Magna De La Universidad De La Habana. | 24 |
| Palabras de Bienvenida al Santo Padre, pronunciadas por Mons. Pedro Meurice, Arzobispo De Santiago De Cuba, En La Plaza «Antonio Maceo» | 27 |
| Homilía del Santo Padre en la Misa Celebrada en La Plaza «Antonio Maceo” De Santiago De Cuba | 29 |
| Palabras de bienvenida del Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Y Alamino, al Santo Padre en la celebracion del Mundo del Dolor en el Santuario del Rincón, La Habana. | 32 |
| Palabras del Santo Padre en el Santuario de «El Rincón» | 33 |
| Mensaje del Santo Padre en el Encuentro Ecuménico. Nunciatura Apostólica | 36 |
| Palabras De Bienvenida De S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino al Santo Padre en la Misa de La Ciudad De La Habana | 38 |
| Homilía del Santo Padre en la Misa celebrada en la Plaza «José Martí de Ciudad de La Habana | 39 |
| Angelus Domini | 42 |
| Encuentro con los Miembros de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba en el Arzobispado de La Habana | 43 |
| Encuentro con el Clero, Religiosos, Religiosas, Seminaristas y Laicos en la Catedral de la Habana | 47 |
| Discurso Pronunciado Por El Dr. Fidel Castro Ruz, Presidente de la Republica de Cuba, en la ceremonia de despedida a Su Santidad Juan Pablo II. | 49 |
| Palabras de despedida de Su Santidad Juan Pablo II al Pueblo de Cuba, en el Aeropuerto Internacional «José Martí» | 50 |
| Catequesis del Papa. (Audiencia General del Miércoles 28 de Enero de 1998) | 52 |
| Crónica del viaje | 54 |
| Mensaje de los Obispos Católicos de Cuba después de la Visita del Papa Juan Pablo II | 66 |
| Palabras del Papa al recibir en Audiencia a los Obispos Cubanos en el Vaticano | 70 |



Mensaje de Juan Pablo II a la Iglesia y al Pueblo de Cuba con motivo de la Navidad

Queridos Hermanos en el Episcopado, estimados sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, queridos cubanos:

1. «Les traigo una buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: les ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2, 10-11).

La fiesta de Navidad, que vamos a vivir dentro de pocos días, es una solemnidad intensamente sentida por todos los cristianos y de la que participan también hombres y mujeres de buena voluntad en todo el mundo. En ella se celebra el más grande acontecimiento de la historia: Dios se ha hecho hombre. Ante ese gran día, y en la proximidad de mi Viaje apostólico a Cuba, donde llegaré como mensajero de la verdad y de la esperanza, deseo enviar a todos los hijos e hijas de esa Nación mi cordial saludo, renovándoles mi profundo afecto en Cristo.

Es motivo de gran alegría que en su País este luminoso día haya vuelto a ser festivo también en el ámbito civil, dando así a todos la posibilidad de participar activamente en las celebraciones navideñas y recuperándose de ese modo una tradición muy arraigada en el corazón de los cubanos.

La Navidad, al ser la fiesta del misterio de Dios que nos ama hasta el punto de venir al mundo y compartir nuestra peregrinación terrena, es fiesta de todos los hombres, llamados a participar de la vida divina. Se conmemora un gran misterio: «La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros» (Jn 1, 14) y «dio poder de hacerse hijos de Dios a todos los que la recibieron» (Jn 1, 12). En la sencillez y la humildad de Belén se manifestó el cambio más radical y profundo que ha conocido la humanidad, por lo que el tiempo de los hombres comenzó a contarse de nuevo en nuestra era a partir del Nacimiento de Jesús.

2. Desde el momento de la Encarnación del Hijo de Dios el hombre ya no está solo, porque Dios está con nosotros compartiendo los gozos y las penas. Él es el «Emmanuel» anunciado desde antiguo (Mt 1, 23). La Navidad es uno de los momentos más bellos y entrañables del año, en el que se manifiestan los más nobles sentimientos que anidan en el corazón humano, creando ese ambiente de alegría y serenidad, de bondad y solidaridad, que es tradicional de estas fechas.

La fiesta de Navidad, con sus múltiples expresiones llenas de sentido cristiano y de sabor popular, es parte del patrimonio cultural y religioso de Cuba. En esta fecha, la Misa de Medianoche y los «nacimientos», con su particular encanto, volverán a reunir en torno a la figura del Niño Jesús, a familias enteras, alegres de acoger la luz y la paz que bajan del cielo y quieren iluminar el porvenir de todo un pueblo.

Quisiera que todos los cubanos pudieran vivir este día tan entrañable animados por la esperanza, pues sin ella se apaga el entusiasmo, decae la creatividad y mengua la aspiración hacia los más altos y nobles valores.

3. Queridos cubanos: al acercarse el momento de besar su tierra, mi llamado se dirige a todos, sin distinción de credo, ideología, raza, opinión política o situación económica. Quisiera que mi palabra llegase tanto a los que tienen la grave responsabilidad de dirigir los destinos de la Nación como a los ciudadanos más sencillos, deseándoles a cada uno prosperidad, felicidad y paz.

En esta Navidad del Señor de 1997 deseo animarles a la esperanza, viviendo en la verdad de Cristo, y con el Apóstol Pablo les digo: «El que es de Cristo es una criatura nueva; lo antiguo ha pasado y lo nuevo ha comenzado... Nos presentamos, pues, como mensajeros de parte de Cristo, como si Dios mismo les rogara por nuestra boca. Déjense reconciliar con Dios... no hagan inútil la gracia de Dios que han recibido... Este es el momento favorable, este es el día de la salvación» (2Cor 5, 17 - 6, 2)

Los católicos cubanos saben bien que iré para confirmarles en la fe, esa fe que a veces ha sido tan probada, y para proclamar juntos, como san Pedro ante Jesús: «Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo» (Mt, 16, 16).



Deseo recorrer caminos de paz por diversas diócesis de Cuba, llegando hasta el corazón mismo de la Nación, a los pies de su Reina, Madre y Patrona, la Virgen de la Caridad del Cobre. Sobre su excelsa frente colocaré la corona que sus hijos le ofrecen, la corona de oro purificado en el crisol de los años de la fe mantenida y con las perlas preciosas de las buenas obras de sus hijos.

Se acerca el momento en el que, con el favor de Dios, me encontraré con Ustedes en su tierra para alabar y bendecir juntos a Dios y proclamar su Palabra de vida que invita a cada uno a abrir de par en par las puertas de su corazón a Cristo, el Señor.

Espero que después de mi visita, la Iglesia, que habrá podido dar público testimonio de su fe en Cristo y de su dedicación a la causa del hombre en torno al Sucesor del Apóstol Pedro, pueda seguir disponiendo, cada vez más, de la libertad necesaria para su misión y de los espacios adecuados para llevarla a cabo plenamente y seguir prestando así su servicio al pueblo cubano.

4. A todos los cubanos les deseo una Feliz Navidad y un próspero Año Nuevo, poniendo en el portal de Belén, ante los ojos de Jesucristo, el Salvador de los hombres, las esperanzas legítimas que ha suscitado mi peregrinación a su Isla, seguro de que Dios, que ha comenzado esta obra, la llevará Él mismo a su término.

En espera de impartirles personalmente la Bendición Apostólica en las celebraciones que nos disponemos a vivir próximamente, invoco del Señor toda clase de dones sobre los hijos e hijas de esa amada Nación y de nuevo les confío a la materna intercesión de la Virgen de la Caridad del Cobre, Reina y Patrona de Cuba.

Vaticano, 20 de diciembre de 1997

IOANNES PAULUS PP. II





Texto Del Telegrama Enviado Al Sobrevolar La Diócesis De Pinar Del Río.

MONS. JOSÉ SIRO GONZÁLEZ BACALLAO
OBISPO DE PINAR DEL RIO
PINAR DEL RÍO

Al sobrevolar el territorio de esa amada diócesis de Pinar del Río, antes de llegar a La Habana para iniciar mi viaje apostólico a Cuba, me complace dirigir un cordial saludo a los hijos e hijas de esa región occidental de la nación, cuyos atractivos naturales evocan aquella otra riqueza que son los valores espirituales que les han distinguido y que están llamados a conservar y transmitir a las generaciones futuras para el bien y el progreso de la patria.

Evocando la fiel entrega de los católicos, que en torno a su obispo son imagen viva de la Iglesia, les animo a perseverar en su opción de fe, su esperanza viva y su caridad solícita, y como prenda de mi afecto me complace impartir a toda la comunidad eclesial de Pinar del Río la Bendición Apostólica.

Ioannes Paulus P.P. II



Discurso Pronunciado Por Fidel Castro Ruz, Presidente De La República De Cuba, En La Ceremonia De Bienvenida A Su Santidad, Juan Pablo II.

Santidad:

La tierra que usted acaba de besar se honra con su presencia. No encontrará aquí aquellos pacíficos y bondadosos habitantes naturales que la poblaban cuando los primeros europeos llegaron a esta isla. Los hombres fueron exterminados casi todos por la explotación y el trabajo esclavo que no pudieron resistir; las mujeres, convertidas en objeto de placer o esclavas domésticas. Hubo también los que murieron bajo el filo de espadas homicidas, o víctimas de enfermedades desconocidas que importaron los conquistadores. Algunos sacerdotes dejaron testimonios desgarradores de su protesta contra tales crímenes.

A lo largo de siglos, más de un millón de africanos cruelmente arrancados de sus lejanas tierras ocuparon el lugar de los esclavos indios ya extinguidos. Ellos hicieron un considerable aporte a la composición étnica y a los orígenes de la actual población de nuestro país, donde se mezclaron la cultura, las creencias y la sangre de todos los que participaron en esta dramática historia.

La conquista y colonización de todo el hemisferio se estima que costó la vida de 70 millones de indios y la esclavización de 12 millones de africanos. Fue mucha la sangre derramada y muchas las injusticias cometidas, gran parte de las cuales, bajo otras formas de dominación y explotación, después de siglos de sacrificios y de luchas, aún perduran.

Cuba, en condiciones extremadamente difíciles, llegó a constituir una nación. Luchó sola con insuperable heroísmo por su independencia. Sufrió por ello hace exactamente 100 años un verdadero holocausto en los campos de concentración, donde murió una parte considerable de su población, fundamentalmente mujeres, ancianos y niños; crimen de los colonialistas que no por olvidado en la conciencia de la humanidad dejó de ser monstruoso. Usted, hijo de Polonia y testigo de Oswiecim, lo puede comprender mejor que nadie.

Hoy, Santidad, de nuevo se intenta el genocidio, pretendiendo rendir por hambre, enfermedad y asfixia económica total a un pueblo que se niega a someterse a los dictados y al imperio de la más poderosa potencia económica, política y militar de la historia, mucho más poderosa que la antigua Roma, que durante siglos hizo devorar por las fieras a los que se negaban a renegar de su fe. Como aquellos cristianos atrocemente calumniados para justificar los crímenes, nosotros, tan calumniados como ellos, preferiremos mil veces la muerte antes que renunciar a nuestras convicciones. Igual que la Iglesia, la Revolución tiene también muchos mártires.

Santidad, pensamos igual que usted en muchas importantes cuestiones del mundo de hoy y ello nos satisface grandemente; en otras, nuestras opiniones difieren, pero rendimos culto respetuoso a la convicción profunda con que usted defiende sus ideas.

En su largo peregrinaje por el mundo, usted ha podido ver con sus propios ojos mucha injusticia, desigualdad, pobreza, campos sin cultivar y campesinos sin alimentos y sin tierra, desempleo, hambre, enfermedades, vidas que podrían salvarse y se pierden por unos centavos; analfabetismo, prostitución infantil, niños trabajando desde los seis años o pidiendo limosnas para poder vivir; barrios marginales donde viven cientos de millones en condiciones infrahumanas, discriminación por razones de raza o de sexo, etnias enteras desalojadas de sus tierras y abandonadas a su suerte; xenofobia, desprecio hacia otros pueblos, culturas destruidas o en destrucción; subdesarrollo, préstamos usurarios, deudas incobrables e impagables; intercambio desigual, monstruosas e improductivas especulaciones financieras, un medio ambiente que es destrozado sin piedad y tal vez sin remedio. Comercio inescrupuloso de armas con repugnantes fines mercantiles, guerras, violencia, masacres; corrupción generalizada; drogas, vicios y un consumismo enajenante que se impone como modelo idílico a todos los pueblos.

Ha crecido la humanidad sólo en este siglo casi cuatro veces. Son miles de millones los que padecen hambre y sed de justicia; la lista de calamidades económicas y sociales del hombre es interminable. Sé que muchas de ellas son motivo de permanente y creciente preocupación de Su Santidad.





Viví experiencias personales que me permiten apreciar otros aspectos de su pensamiento. Fui estudiante de colegios católicos hasta que me gradué de bachiller. Me enseñaban entonces que ser protestante, judío, musulmán, hindú, budista, animista o partícipe de otras creencias religiosas, constituía una horrible falta, digna de severo e implacable castigo. Más de una vez incluso, en algunas de aquellas escuelas para ricos y privilegiados, entre los que yo me encontraba, se me ocurrió preguntar porqué no había allí niños negros, sin que haya podido todavía olvidar las respuestas nada persuasivas que recibía.

Años mas tarde, el Concilio Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII, abordó varias de estas delicadas cuestiones. Conocemos los esfuerzos de Su Santidad por predicar y practicar los sentimientos de respeto hacia los creyentes de otras importantes e influyentes religiones que se han extendido por el mundo. El respeto hacia los creyentes y no creyentes es un principio básico que los revolucionarios cubanos inculcamos a nuestros compatriotas. Esos principios han sido definidos y están garantizados por nuestra Constitución y nuestras leyes. Si alguna vez han surgido dificultades, no ha sido nunca culpa de la Revolución.

Albergamos la esperanza de que algún día en ninguna escuela de cualquier religión, en ninguna parte del mundo, un adolescente tenga que preguntar porqué no hay en ella un solo niño negro, indio, amarillo o blanco.

Santidad:

Admiro sinceramente sus valientes declaraciones sobre lo ocurrido con Galileo, los conocidos errores de la Inquisición. los episodios sangrientos de las Cruzadas, los crímenes cometidos durante la conquista de América, y sobre determinados descubrimientos científicos no cuestionados hoy por nadie que, en su tiempo, fueron objeto de tantos prejuicios y anatemas. Hacía falta para ello la inmensa autoridad que usted ha adquirido en su Iglesia.

¿Qué podemos ofrecerle en Cuba? Un pueblo con menos desigualdades. menos ciudadanos sin amparo alguno, menos niños sin escuelas, menos enfermos sin hospitales, más maestros y más médicos por habitantes que cualquier otro país del mundo que Su Santidad haya visitado. Un pueblo instruido al que usted puede hablarle con toda la libertad que desee hacerlo, y con la seguridad de que posee talento, elevada cultura política, convicciones profundas; absoluta confianza en sus ideas y toda la conciencia y el respeto del mundo para escucharlo. No habrá ningún país mejor preparado para comprender su feliz idea, tal como nosotros la entendemos y tan parecida a la que nosotros predicamos, de que la distribución equitativa de las riquezas y la solidaridad entre los hombres y los pueblos deben ser globalizadas. Bienvenido a Cuba.



Palabras Del Santo Padre En La Ceremonia De Bienvenida, En El Aeropuerto Internacional “José Martí”

Señor Presidente,
Señor Cardenal y Hermanos en el Episcopado,
Excelentísimas Autoridades,
Miembros del Cuerpo Diplomático,

Amadísimos hermanos y hermanas de Cuba:1. Doy gracias a Dios, Señor de la historia y de nuestros destinos, que me ha permitido venir hasta esta tierra, calificada por Cristóbal Colón como «la más hermosa que ojos humanos han visto». Al llegar a esta Isla, donde fue plantada hace ya más de quinientos años la Cruz de Cristo - cruz celosamente conservada hoy como un tesoro en el templo parroquial de Baracoa, en el extremo oriental del país - saludo a todos con particular emoción y gran afecto.

Ha llegado el feliz día, tan largamente deseado, en que puedo corresponder a la invitación que los Obispos de Cuba me formularon hace ya algún tiempo, invitación que el Señor Presidente de la República me hizo también y que reiteró personalmente en el Vaticano con ocasión de su visita el mes de noviembre de 1996. Me llena de satisfacción visitar esta Nación, estar entre Ustedes y poder compartir así unas jornadas llenas de fe, de esperanza y de amor.

2. Me complace dirigir mi saludo en primer lugar al Señor Presidente Dr. Fidel Castro Ruz, que ha tenido el gesto de venir a recibirme y al cual deseo manifestar mi gratitud por sus palabras de bienvenida. Expreso igualmente mi reconocimiento a las demás autoridades aquí presentes, así como al Cuerpo Diplomático y a los que han ofrecido su valiosa cooperación para preparar esta Visita pastoral.

Saludo entrañablemente a mis Hermanos en el Episcopado; en particular, al Señor Cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana y a cada uno de los demás Obispos cubanos, así como a los que han venido de otros países para participar en los actos de esta Visita pastoral y así renovar y fortalecer, como tantas veces, los estrechos vínculos de comunión y afecto de sus Iglesias particulares con la Iglesia que está en Cuba. En este saludo mi corazón se abre también con gran afecto a los queridos sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles, a los que me debo en el Señor como Pastor de la Iglesia Universal (cf. *Const. dogma. Lumen gentium, 22*). En todos ellos veo la imagen de esta Iglesia local, tan amada y siempre Presente en mi corazón, sintiéndome muy solidario y cercano a sus aspiraciones y legítimos deseos. Quiera Dios que esta Visita que hoy comienza sirva para animarlos a todos en el empeño de poner su propio esfuerzo para alcanzar esas expectativas con el concurso de cada cubano y la ayuda del Espíritu Santo. Ustedes son y deben ser los protagonistas de su propia historia personal y nacional.

Asimismo saludo cordialmente a todo el pueblo cubano, dirigiéndome a todos sin excepción: hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, adolescentes y niños; a las personas que encontraré y a las que no podrán acudir por diversos motivos a las diferentes celebraciones.

3. Con este Viaje apostólico vengo, en nombre del Señor, para confirmarlos en la fe, animarlos en la esperanza, alentarlos en la caridad; para compartir su profundo espíritu religioso, sus afanes, alegrías y sufrimientos, celebrando, como miembros de una gran familia, el misterio del Amor divino y hacerlo presente más profundamente en la vida y en la historia de este noble pueblo, sediento de Dios y de valores espirituales que la Iglesia, en estos cinco siglos de presencia en la Isla, no ha dejado de dispensar. Vengo como peregrino del amor, de la verdad y de la esperanza, con el deseo de dar un nuevo impulso a la labor evangelizadora que, aun en medio de dificultades, está Iglesia local mantiene con vitalidad y dinamismo apostólico caminando hacia el Tercer Milenio cristiano.

4. En el cumplimiento de mi ministerio, no he dejado de anunciar la verdad sobre Jesucristo, el cual nos ha revelado la verdad sobre el hombre, su misión en el mundo, la grandeza de su destino y su inviolable dignidad. A este respecto, el servicio al hombre es el camino de la Iglesia. Hoy vengo a compartir con Ustedes mi convicción profunda de que el Mensaje del Evangelio conduce al amor, a la entrega, al sacrificio y al perdón, de modo que si un pueblo recorre este camino es un pueblo con esperanza de un futuro mejor. Por eso, ya desde los primeros momentos de mi presencia entre Ustedes, quiero decir con la misma fuerza





que al inicio de mi Pontificado: «No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo», dejen que Él entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado. La Iglesia repite este llamado, convocando sin excepción a todos: personas, familias, pueblos, para que siguiendo fielmente a Jesucristo encuentren el sentido pleno de sus vidas, se pongan al servicio de sus semejantes, transformen las relaciones familiares, laborales y sociales, lo cual redundará siempre en beneficio de la Patria y la sociedad.

5. La Iglesia en Cuba ha anunciado siempre a Jesucristo, aunque en ocasiones haya tenido que hacerlo con escasez de sacerdotes y en circunstancias difíciles. Quiero expresar mi reconocimiento a tantos creyentes cubanos por su fidelidad a Cristo, a la Iglesia y al Papa, así como por el respeto demostrado hacia las tradiciones religiosas más genuinas aprendidas de los mayores y por el valor y perseverante espíritu de entrega que han testimoniado en medio de sus sufrimientos y anhelos. Todo ello se ha visto recompensado en muchas ocasiones con la solidaridad mostrada por otras comunidades eclesiales de América y del mundo entero. Hoy, como siempre, la Iglesia en Cuba desea poder disponer del espacio necesario para seguir sirviendo a todos en conformidad con la misión y enseñanzas de Jesucristo.

Amados hijos de la Iglesia Católica en Cuba: se bien cuánto han esperado el momento de mi Visita, y saben cuánto lo he deseado yo. Por eso acompaño con la oración mis mejores votos para que esta tierra pueda ofrecer a todos una atmósfera de libertad, de confianza recíproca, de justicia social y de paz duradera. Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba, para que este pueblo, que como todo hombre y nación busca la verdad, que trabaja por salir adelante, que anhela la concordia y la paz, pueda mirar el futuro con esperanza.

6. Con la confianza puesta en el Señor y sintiéndome muy unido a los amados hijos de Cuba, agradezco de corazón esta calurosa acogida con la que se inicia mi Visita pastoral, que encomiendo a la maternal protección de la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre. Bendigo de corazón a todos, y de modo particular a los pobres, los enfermos, los marginados y a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

¡Alabado sea Jesucristo!



Palabras de bienvenida al Santo Padre, pronunciadas por Mons. Fernando Prego, Obispo de Santa Clara, en el terreno del Instituto de Cultura Física “Manuel Fajardo”.

Querido Santo Padre:

Después de larga y ansiosa espera hoy, rebosantes de alegría, experimentamos el inmenso consuelo de tener entre nosotros a Su Santidad, que ha querido cruzar nuevamente el océano para venir a visitar a sus hijos en la fe católica y a todos los hombres de buena voluntad, que vivimos en esta noble y hermosa isla de Cuba; tierra de María Santísima, como la tituló en una ocasión el Papa Pío XII, de grata memoria. Y esta tierra cubana, de María Santísima de la Caridad del Cobre, lo recibe hoy, Santo Padre, con gran ansia y expectación envueltas en profundo cariño.

Los cubanos y hablo en primer lugar en nombre de los miles y miles de hombres y mujeres de todas las edades que se profesan católicos y también en nombre de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, durante largos años hemos esperado el momento en que la palabra del Papa pudiera ser escuchada por nosotros, directamente de sus labios, para que, penetrando en nuestras almas, como la lluvia que hace fecundos nuestros campos vivifique y fortalezca nuestros corazones y nuestras inteligencias.

¡ Necesitábamos tanto verlo y escucharlo!. Confirme nuestra fe, Santo Padre, para que cada día seamos más firmes en ella, mas valientes para seguir a Jesucristo y más decididos para manifestar a todos con palabras y obras que Dios ama al mundo que creó.

Anime nuestra esperanza, Santidad, para que podamos levantar siempre nuestra vista hacia el cielo, aún en medio de las ansiedades y desilusiones causadas por las penas, los fracasos y los trabajos de la vida diaria; a fin de que recibiendo fuerza de lo alto aumente nuestra confianza en Dios y seamos capaces de percibir siempre, y en todas las cosas su Providencia.

Nuestra caridad a veces se deteriora, por la falta de mutua comprensión, por la falta de capacidad para perdonar, porque nos empeñamos en mantener diferencias, en vez de vivir como hermanos, con un amor semejante al que Jesús nos presenta en su Evangelio. Recuérdenos Santo Padre que la caridad, el amor fraterno, ha de ser siempre el distintivo de todo cristiano.

Esperamos su palabra, que oriente y conforte a todas las familias cubanas: para que disminuyan los males que afectan gravemente los hogares: el excesivo número de divorcios, el aborto, el crimen horrendo del aborto, el distanciamiento que se experimenta en muchas familias por motivos laborales, de estudios o penales; el sufrimiento a causa de quienes se han ido lejos en busca de otros horizontes y el gran dolor ocasionado por quienes se han ido y no han vuelto a aparecer.

Por eso Santo Padre, oriente con su autoridad a las familias cubanas que tanto necesitan su palabra.

Hoy, en la persona de Su Santidad, Dios está con nosotros, hoy Dios va a hablarnos para enseñarnos con su voz. Hoy nos sentimos felices porque disfrutamos de su presencia.

Sea muy bienvenido a Santa Clara, Santo Padre y a toda Cuba. Reciba nuestro gran cariño y nuestra inmensa gratitud.



Homilía Del Santo Padre En La Misa Celebrada En Los Terrenos Del Instituto De Cultura Física «Manuel Fajardo» De Santa Clara.

1. «Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria; se las repetirás a tus hijos y hablaras de ellas estando en casa y yendo de camino» (Dt, 6, 6-7). Nos hemos reunido en el Campo de Deportes del Instituto Superior de Cultura Física «Manuel Fajardo», convertido hoy como en un inmenso templo abierto. En este encuentro queremos dar gracias a Dios por el gran don de la familia.

Ya en la primera página de la Biblia el autor sagrado nos presenta ésta institución: «Dios creó al hombre a imagen suya los creó varón y mujer» (Gn 1, 27). En este sentido, las personas humanas en su dualidad de sexos son, como Dios mismo y por voluntad suya, fuentes de vida: «Crezcan y multiplíquense» (Gn 1, 28). Por tanto, la familia está llamada a cooperar en el plan de Dios y en su obra creadora mediante la alianza de amor esponsal entre el hombre y la mujer y, como nos dirá San Pablo, dicha alianza es también signo de la unión de Cristo con su Iglesia (cf. Ef 5,32).

2. Queridos hermanos y hermanas: me complace saludar con gran afecto a Mons. Fernando Prego Casal, Obispo de Santa Clara, a los Señores Cardenales y demás Obispos, a los sacerdotes y diáconos, a los miembros de las comunidades religiosas, a todos Ustedes, fieles laicos. Quiero dirigir también un deferente saludo a las autoridades civiles. Mis palabras se dirigen muy especialmente a las familias aquí presentes, las cuales quieren proclamar el firme propósito de realizar en su vida el proyecto salvífico del Señor.

3. La institución familiar en Cuba es depositaria del rico patrimonio de virtudes que distinguieron a las familias criollas de tiempos pasados, cuyos miembros se empeñaron tanto en los diversos campos de la vida social y forjaron el País sin reparar en sacrificios y adversidades. Aquellas familias, fundadas sólidamente en los principios cristianos, así como en su sentido de solidaridad familiar y respeto por la vida, fueron verdaderas comunidades de cariño mutuo, de gozo y fiesta, de confianza y seguridad, de serena reconciliación. Se caracterizaron también - como muchos hogares de hoy- por la unidad, el profundo respeto a los mayores, el alto sentido de responsabilidad, el acatamiento sincero de la autoridad paterna y materna, la alegría y el optimismo, tanto en la pobreza como en la riqueza, los deseos de luchar por un mundo mejor y, por encima de todo, por la gran fe y confianza en Dios.

Hoy las familias en Cuba están también afectadas por los desafíos que sufren actualmente tantas familias en el mundo. Son numerosos los miembros de estas familias que han luchado y dedicado su vida para conquistar una existencia mejor, en la que se vean garantizados los derechos humanos indispensables: trabajo, alimentación, vivienda, salud, educación, seguridad social, participación social, libertad de asociación y para elegir la propia vocación. La familia, célula fundamental de la sociedad y garantía de su estabilidad, sufre sin embargo las crisis que pueden afectar a la sociedad misma. Esto ocurre cuando los matrimonios viven en sistemas económicos o culturales que, bajo la falsa apariencia de libertad y progreso, promueven o incluso defienden una mentalidad antinatalista, induciendo de ese modo a los esposos a recurrir a métodos de control de la natalidad que no están de acuerdo con la dignidad humana. Se llega incluso al aborto, que es siempre, además de un crimen abominable (cf. Const. past. Gaudium et spes. 51), un absurdo empobrecimiento de la persona y de la misma sociedad. Ante ello la Iglesia enseña que Dios ha confiado a los hombres la misión de transmitir la vida de un modo digno del hombre, fruto de la responsabilidad y del amor entre los esposos.

La maternidad se presenta a veces como un retroceso o una limitación de la libertad de la mujer, distorsionando así su verdadera naturaleza y su dignidad. Los hijos son presentados no como lo que son -un gran don de Dios-, sino como algo contra lo que hay que defenderse. La situación social que se ha vivido en este amado País ha acarreado también no pocas dificultades a la estabilidad familiar: las carencias materiales - como cuando los salarios no son suficientes o tienen un poder adquisitivo muy limitado -, las insatisfacciones por razones ideológicas la atracción de la sociedad de consumo. Estas, junto con ciertas medidas laborales o de otro género, han provocado un problema que se arrastra en Cuba desde hace años: la separación forzosa de las familias dentro del País y la emigración, que ha desgarrado a familias enteras y ha sembrado dolor en una parte considerable de la población. Experiencias no siempre aceptadas y a veces

traumáticas son la separación de los hijos y la sustitución del papel de los padres a causa de los estudios que se realizan lejos del hogar en la edad de la adolescencia, en situaciones que dan por triste



resultado la proliferación de la promiscuidad, el empobrecimiento ético, la vulgaridad, las relaciones prematrimoniales a temprana edad y el recurso fácil al aborto. Todo esto deja huellas profundas y negativas en la juventud, que está llamada a encarnar los valores morales auténticos para la consolidación de una sociedad mejor.

4. El camino para vencer estos males no es otro que Jesucristo, su doctrina y su ejemplo de amor total que nos salva. Ninguna ideología puede sustituir su infinita sabiduría y poder. Por eso es necesario recuperar los valores religiosos en el ámbito familiar y social, fomentando la práctica de las virtudes que conformaron los orígenes de la Nación cubana, en el proceso de construir su futuro «con todos y para el bien de todos», como pedía José Martí. La familia, la escuela y la Iglesia deben formar una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan «crecer en humanidad». No tengan miedo, abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo, que nunca son un peligro para ningún proyecto social.

5. «*El ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: Levántate y toma al niño y a su madre*» (Mt 2,13). La Palabra revelada nos muestra como Dios quiere proteger a la familia y preservarla de todo peligro. Por eso la Iglesia, animada e iluminada por el Espíritu Santo, trata de defender y proponer a sus hijos y a todos los hombres de buena voluntad la verdad sobre los valores fundamentales del matrimonio cristiano y de la familia. Asimismo, proclama, como deber ineludible, la santidad de este sacramento y sus exigencias morales, para salvaguardar la dignidad de toda persona humana.

El matrimonio, con su carácter de unión exclusiva y permanente, es sagrado porque tiene su origen en Dios. Los cristianos, al recibir el sacramento del matrimonio, participan en el plan creador de Dios y reciben las gracias que necesitan para cumplir su misión, para educar y formar a los hijos y responder al llamado a la santidad. Es una unión distinta de cualquier otra unión humana, pues se funda en la entrega y aceptación mutua de los esposos con la finalidad de llegar a ser «*una sola carne*» (Gn 2, 24), viviendo en una comunidad de vida y amor, cuya vocación es ser «santuario de la vida» (cf. *Evangelium vitae*, 59). Con su unión fiel y perseverante, los esposos contribuyen al bien de la institución familiar y manifiestan que el hombre y la mujer tienen la capacidad de darse para siempre el uno al otro, sin que la donación voluntaria y perenne anule la libertad, porque en el matrimonio cada personalidad debe permanecer inalterada y desarrollar la gran ley del amor: darse el uno al otro para entregarse juntos a la tarea que Dios les encomienda. Si la persona humana es el centro de toda institución social, entonces la familia, primer ámbito de socialización, debe ser una comunidad de personas libres y responsables que lleven adelante el matrimonio como un proyecto de amor, siempre perfeccionable, que aporta vitalidad y dinamismo a la sociedad civil.

6. En la vida matrimonial el servicio a la vida no se agota en la concepción, sino que se prolonga en la educación de las nuevas generaciones. Los padres, al haber dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole y, por consiguiente, deben ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Esta tarea de la educación es tan importante que, cuando falta, difícilmente puede suplirse (cf. Decl. *Gravissimum educationis*, 3). Se trata de un deber y de un derecho insustituible e inalienable. Es verdad que en el ámbito de la educación a la autoridad pública le competen derechos y deberes, ya que tiene que servir al bien común; sin embargo, esto no le da derecho a sustituir a los padres. Por tanto, los padres, sin esperar que otros les reemplacen en lo que es su responsabilidad, deben poder escoger para sus hijos el estilo pedagógico, los contenidos éticos y cívicos y la inspiración religiosa en los que desean formarlos integralmente. No esperen que todo les venga dado. Asuman su misión educativa, buscando y creando los espacios y medios adecuados en la sociedad civil.

Se ha de procurar, además, a las familias una casa digna y un hogar unido, de modo que puedan gozar y transmitir una educación ética y un ambiente propicio para el cultivo de los altos ideales y la vivencia de la fe.

7. Queridos hermanos y hermanas, queridos esposos y padres, queridos hijos: He deseado recordar algunos aspectos esenciales del proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia para ayudarlos a vivir con generosidad y entrega ese camino de santidad al que muchos están llamados. Acojan con amor la Palabra del Señor proclamada en esta Eucaristía. En el Salmo responsorial hemos escuchado: «*Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos... tus hijos como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa... Esta es la bendición del hombre que teme al Señor*» (Sal 127, 1.3.4).



Muy grande es la vocación a la vida matrimonial y familiar, inspirada en la Palabra de Dios y según el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Amados cubanos: ¡Sean fieles a la palabra divina y a este modelo! Queridos maridos y mujeres, padres y madres, familias de la noble Cuba: ¡Conserven en su vida ese modelo sublime, ayudados por la gracia que se les ha dado en el sacramento del matrimonio! Que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, habite en sus hogares. Así, las familias católicas de Cuba contribuirán decisivamente a la gran causa divina de la salvación del hombre en esta tierra bendita que es su Patria y su Nación. ¡Cuba: cuida a tus familias para que conserves sano tu corazón!

Que la Virgen de la Caridad del Cobre, Madre de todos los cubanos, Madre en el Hogar de Nazaret, interceda por todas las familias de Cuba para que, renovadas, vivificadas y ayudadas en sus dificultades, vivan en serenidad y paz, superen los problemas y dificultades, y todos sus miembros alcancen la salvación que viene de Jesucristo, Señor de la historia y de la humanidad. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.



Palabras de Bienvenida al Santo Padre, Pronunciadas Por Mons. Adolfo Rodríguez, Obispo De Camagüey, En La Plaza «Ignacio Agramonte».

Santo Padre: No tenemos en nuestro vocabulario otra palabra que podamos pronunciar con más justicia más verdad y más gusto que está palabra de pocas letras, de fácil pronunciación y de difícil sustitución que es la palabra ¡ gracias ! ¡ Gracias, Santo Padre, en nombre de todos !

Tengo el honor de recoger el sentir agradecido de todos los camagüeyanos, de los que están aquí y de los que no están aquí pero están en nuestro recuerdo y en nuestro corazón: de los que no han podido venir por las distancias; de los enfermos que en esta mañana alegre han tenido un triste despertar; de los que están impedidos por su condición de presos o de trabajadores en industrias de producción continua . . . y en nombre de todos decirle: Bienvenido a esta tierra, que es la tierra buena del Evangelio donde basta tirar la semilla para verla crecer y florecer.

Los cubanos repetimos muchas veces esta frase popular: «las puertas de mi casa están siempre abiertas para tí»; y así le decimos a Usted en esta espléndida mañana: las puertas de las casas de nuestros hogares, de nuestros corazones están siempre abiertas para Usted en esta entrañable isla, pequeña y a la vez grande, lejana y a la vez cercana, pobre y a la vez inmensamente rica. Su riqueza, su grandeza están en su gloriosa historia, en su sol, sus mares, su palma real, su cielo azul; están en la fertilidad de su tierra . . . pero está sobre todo en la nobleza de sus hijos los cubanos, marcados por una cultura del corazón que ha generado un cubano amistoso, afable, abierto. . . frecuentemente definido por los que visitan el país con este elogio que no merecemos del todo pero que nos gusta oírlo: «el cubano es buena gente». Este noble pueblo merece esta visita y nunca va a olvidar en la memoria de la cabeza ni en la memoria del corazón la estela que deja esta histórica visita; la inspiración que deja su persona y su misión; el ejemplo de su vida tan fuertemente marcada por la cruz pero iluminada por la fe; el gesto de venir hasta aquí desde tan lejos. recorriendo fatigosamente tantas millas, en las condiciones no mejores para Usted. El amor hace grandes cosas o no es amor, y solo el amor y un amor muy grande ha obrado esta maravilla que nunca terminaremos de agradecerle.

Esta visita es muy significativa para nosotros en este año del Centenario de nuestras guerras de independencia porque necesitamos clarificar cada vez más plenamente nuestra identidad nacional volviendo a nuestras raíces. Y su visita coincide con las puertas ya del III milenio en el que queremos recorrer de la mano de Cristo nuevos caminos en un nuevo siglo cargado de esperanzas, dando una respuesta de fe a los nuevos retos pastorales de la Iglesia del año 2000, caminando siempre por los caminos de la paz, del amor y de la concordia junto a este pueblo que tiene más miedo a la división que a la diversidad, a la discordia que a la concordia

Santo Padre, le presento con sano orgullo a este pueblo contento y agradecido. Aquí están nuestros sacerdotes, diáconos, religiosas y seminaristas; aquí están nuestras Autoridades civiles, los Pastores de otras confesiones cristianas; aquí hay no creyentes a quienes consideramos hermanos y amigos; aquí están jóvenes de otras diócesis de Cuba y de otros países. Y aquí están nuestros laicos. Están los cientos de laicos que en sus horas no laborables o escolares, sacando tiempo no se sabe de dónde, han visitado a pie decenas de millares de familias, de casa en casa, de puerta en puerta en toda la Diócesis, anunciando a Jesucristo e invitando a esta Eucaristía sin que apenas ninguna casa haya cerrado sus puertas al mensaje que llevaban. En Cuba hemos tenido varias etapas de la evangelización; una primera que realizaron Religiosos de España, una segunda que realizaron Ministros de otras confesiones cristianas, procedentes entonces preferentemente de los Estados Unidos. Ahora han sido los laicos cubanos los que han evangelizado a los cubanos; y eso lo debemos a la expectante espera de su visita.

Bendíganos, Santo Padre a todos con una bendición grande que abrace y estreche a todos los cubanos en un mismo abrazo de fraternidad, de reconciliación y de paz, hoy y siempre.



Homilía Del Santo Padre En La Misa Celebrada En La Plaza «Ignacio Agramonte» De Camagüey.

1. «No te dejes vencer por Él mal; vence al mal a fuerza de bien» (Rm12, 21). Los jóvenes cubanos se reúnen hoy con el Papa para celebrar su fe y escuchar la Palabra de Dios, que es el camino para salir de las obras del mal y de las tinieblas y revestirse así con las armas de la luz para obrar el bien. Con este motivo, me complace tener este encuentro con todos Ustedes en esta gran Plaza, donde en el altar se renovará el sacrificio de Jesucristo. Este lugar, que lleva el nombre de Ignacio Agramonte, «El Bayardo», nos recuerda a un héroe querido por todos, Él cual, movido por su fe cristiana, encarnó los valores que adornan a los hombres y mujeres de bien: la honradez, la veracidad, la fidelidad, Él amor a la justicia. Él fue buen esposo y padre de familia y buen amigo, defensor de la dignidad humana frente a la esclavitud.

2. Ante todo quiero saludar con afecto a Mons. Adolfo Rodríguez Herrera, Pastor de esta Iglesia diocesana, a su Obispo auxiliar, Mons. Juan García Rodríguez, así como a los demás Obispos y Sacerdotes presentes, que con su labor pastoral animan y conducen a los jóvenes cubanos hacia Cristo, el Redentor, el amigo que nunca falla. El encuentro con Él mueve a la conversión y a la alegría singular, que hace exclamar, como a los discípulos después de la resurrección: «*Hemos visto al Señor*» (Jn20,24). Saludo asimismo a las autoridades civiles, que han querido asistir a esta Santa Misa, y les agradezco la cooperación para éste acto cuyos invitados principales son los jóvenes.

De corazón me dirijo a Ustedes, queridos jóvenes cubanos esperanza de la Iglesia y de la Patria, presentándoles a Cristo, para que le reconozcan y le sigan con total decisión. Él les da la vida, les enseña el camino, los introduce en la verdad, animándolos a marchar juntos y solidarios, en felicidad y paz, como miembros vivos de su Cuerpo místico, que es la Iglesia.

3. «¿Como podrá el joven llevar una vida limpia? Viviendo de acuerdo con tu palabra!» (Sal 119,9). El Salmo nos da la respuesta al interrogante que todo joven se ha de plantear si desea llevar una existencia digna y decorosa, propia de su condición. Para ello, el único camino es Jesús. Los talentos que han recibido del Señor y que llevan a la entrega, al amor auténtico y a la generosidad fructifican cuando se vive no sólo de lo material y caduco, sino «*de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt4, 4). Por eso, queridos jóvenes, los animo a sentir el amor de Cristo, siendo conscientes de lo que Él ha hecho por Ustedes, por la humanidad entera, por los hombres y mujeres de todos los tiempos. Sintiéndose amados por Él podrán amar de verdad. Experimentando una íntima comunión de vida con Él, que vaya acompañada por la recepción de su Cuerpo, la escucha de su Palabra, la alegría de su perdón y de su misericordia, podrán imitarlo, llevando así, como enseña el salmista, «una vida limpia».

¿Que es llevar una vida limpia? Es vivir la propia existencia según las normas morales del evangelio propuestas por la Iglesia. Actualmente, por desgracia, para muchos es fácil caer en un relativismo moral y en una falta de identidad que sufren tantos jóvenes, víctimas de esquemas culturales vacíos de sentido o de algún tipo de ideología que no ofrece normas morales altas y precisas. Ese relativismo moral genera egoísmo, división, marginación, discriminación, miedo y desconfianza hacia los otros. Más aún, cuando un joven vive «a su forma», idealiza lo extranjero, se deja seducir por el materialismo desenfrenado, pierde las propias raíces y anhela la evasión. Por eso, el vacío que produce estos comportamientos explica muchos males que rondan a la juventud: el alcohol, la sexualidad mal vivida, el uso de drogas, la prostitución que se esconde bajo diversas razones -cuyas causas no son siempre sólo personales-, las motivaciones fundadas en el gusto o las actitudes egoístas, el oportunismo, la falta de un proyecto serio de vida en el que no haya lugar para el matrimonio estable, además del rechazo a toda autoridad legítima, el anhelo de la evasión y de la emigración, huyendo del compromiso y de la responsabilidad para refugiarse en un mundo falso cuya base es la alienación y el desarraigo.

Ante esa situación, el joven cristiano que anhela llevar «una vida limpia», firme en su fe, sabe que está llamado y elegido por Cristo para vivir en la auténtica libertad de los hijos de Dios, que incluye no pocos desafíos. Por ese, acogiendo la gracia que recibe de los Sacramentos, sabe que ha de dar testimonio de Cristo con su esfuerzo constante por llevar una vida recta y fiel a Él.

La fe y el obrar moral están unidos. En efecto, el don recibido nos conduce a una conversión permanente para



imitar a Cristo y recibir las promesas divinas. Los cristianos, por respetar los valores fundamentales que configuran una vida limpia, llegan a veces a sufrir, incluso de modo heroico, marginación o persecución, debido a que esa opción moral es opuesta a los comportamientos del mundo. Este testimonio de la cruz de Cristo en la vida cotidiana es también una semilla segura y fecunda de nuevos cristianos. Una vida plenamente humana y comprometida con Cristo tiene ese precio de generosidad y entrega.

Queridos jóvenes, el testimonio cristiano, la «vida digna» a los ojos de Dios tiene ese precio. Si no están dispuestos a pagarlo, vendrá el vacío existencial y la falta de un proyecto de vida digno y responsablemente asumido con todas sus consecuencias. La Iglesia tiene el deber de dar una formación moral, cívica y religiosa, que ayude a los jóvenes cubanos a crecer en los valores humanos y cristianos, sin miedo y con la perseverancia de una obra educativa que necesita el tiempo, los medios y las instituciones que son propios de esa siembra de virtud y espiritualidad para bien de la Iglesia y de la Nación.

4. «Maestro bueno, qué haré para heredar la vida eterna?» (Mc 10, 18). En el evangelio que hemos escuchado un joven pregunta a Jesús qué debe «hacer» y el Maestro, lleno de amor, le responde como tiene que «ser». Este joven presume de haber cumplido las normas y Jesús le responde que lo necesario es dejarlo todo y seguirlo. Esto da radicalidad y autenticidad a los valores y permite al joven realizarse como persona y como cristiano. La clave de esa realización está en la fidelidad, expuesta por San Pablo, en la primera lectura, como una característica de nuestra identidad cristiana.

He ahí el camino de la fidelidad trazado por San Pablo: «*En la actividad, no sean descuidados... sean cariñosos unos con otros... Que la esperanza los tenga alegres... Practiquen la hospitalidad .. Bendigan... Tengan igualdad de trato unos con otros... Pónganse al nivel de la gente humilde... No muestren suficiencia... No devuelvan a nadie mal por mal.. No se dejen vencer por el mal, vengán al mal a fuerza de bien*» (Rm 12,9-21). Queridos jóvenes, sean creyentes o no, acojan el llamado a ser virtuosos. Ello quiere decir que sean fuertes por dentro, grandes de alma, ricos en los mejores sentimientos, valientes en la verdad, audaces en la libertad, constantes en la responsabilidad, generosos en el amor, invencibles en la esperanza. La felicidad se alcanza desde el sacrificio. No busquen fuera lo que pueden encontrar dentro. No esperen de los otros lo que Ustedes son capaces y están llamados a ser y a hacer. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los sueños más nobles no se frustren y donde Ustedes puedan ser los protagonistas de su historia.

Recuerden que la persona humana y el respeto por la misma son el camino de un mundo nuevo. El mundo y el hombre se asfixian si no se abren a Jesucristo. Ábranse el corazón y emprendan así una vida nueva, que sea conforme a Dios y responda a las legítimas aspiraciones que Ustedes tienen de verdad, de bondad y de belleza. ¡Que Cuba eduque a sus jóvenes en la virtud y la libertad para que pueda tener un futuro de auténtico desarrollo humano integral en un ambiente de paz duradera!

Queridos jóvenes católicos: este es todo un programa de vida personal y social fundado en la caridad, la humildad y el sacrificio, teniendo como razón última «servir al Señor». Les deseo la alegría de poderlo realizar. Los esfuerzos que ya se hacen en la Pastoral Juvenil deben encaminarse hacia la realización de este programa de vida. Para ayudarlos les dejo también un Mensaje escrito, con la esperanza de que llegue a todos los jóvenes cubanos, que son el futuro de la Iglesia y de la Patria. Un futuro que comienza ya en el presente y que será gozoso si está basado en el desarrollo integral de cada uno, lo cual no puede alcanzarse sin Cristo, al margen de Cristo o, mucho menos en contra de Cristo. Por eso y como dije al inicio de mi Pontificado y he querido repetir a mi llegada a Cuba: «No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo». Les dejo con gran afecto este lema y exhortación, pidiéndoles que, con valentía y coraje apostólico, lo trasmitan a los demás jóvenes cubanos. Que Dios todopoderoso y la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre les ayuden a responder generosamente a este llamado.



Saludo De Los Jóvenes Cubanos Al Papa

Camagüey, 23 Enero De 1998

¡Benditos los pies del mensajero que anuncia la paz!

¡Bendito sea, padre y amigo, Juan Pablo III! Cuántos años esperándole! ¡Cuánto tiempo anhelando su visita! Desde que supimos que usted vendría, en el corazón de muchos jóvenes cubanos se encendió una llama, se comenzó a sentir un calor, se empezó a ver una luz. Esa llama, ese calor y esa luz llenan hoy esta plaza, ésta ciudad de Camagüey. Y es que lo reconocemos como el Papa de los jóvenes.

¡Gracias Santo Padre por estar aquí!

A pesar de vivir tan lejos de nuestro país, lo sentimos muy cerca. Sabemos que ha sufrido. Sabemos que ha vivido muy de cerca el dolor y la enfermedad. Sabemos que como nosotros, ha sentido la tentación de la vida fácil, de abandonar a Cristo. Pero también sabemos que en usted, como en muchos de los que esta mañana estamos aquí ha triunfado la fuerza de la resurrección de Jesús.

Aquí estamos, hermano Juan Pablo, los jóvenes cubanos. Estamos con nuestras limitaciones y problemas, con nuestros pecados, pero con las puertas de nuestros corazones abiertas para dejar entrar la gracia y el amor de Cristo que hoy se nos comunican por medio de su Vicario.

Santo Padre, crea que desde hoy los jóvenes cubanos seremos mejores. Confíe que tendremos más fe, que viviremos con una nueva esperanza.

¡Gracias por estar con nosotros!

¡Lo reciben los corazones jóvenes de Camagüey y de Cuba!

¡Bienvenido, Sucesor de Pedro! ¡Queremos escucharle!

¡Bienvenido, Santo Padre! ¡Deseamos abrazarle!

¡Bienvenido Juan Pablo III!



Mensaje Del Santo Padre A Los Jóvenes Cubanos.

Plaza «Ignacio Agramonte»

Queridos jóvenes cubanos:

1. «Jesús, fijando en él su mirada, lo amó» (*Mc* 10, 21). Así nos refiere el Evangelio el encuentro de Jesús con el joven rico. Así mira el Señor a cada hombre. Sus ojos, llenos de ternura, se fijan también hoy en el rostro de la juventud cubana. Y yo, en su nombre, los abrazo, reconociendo en Ustedes la esperanza viva de la Iglesia y de la Patria cubana.

Deseo transmitirles el saludo cordial y el afecto sincero de todos los jóvenes cristianos de los diferentes países y continentes que he tenido la ocasión de visitar ejerciendo el ministerio de Sucesor de Pedro. También ellos, como Ustedes, caminan hacia el futuro entre gozos y esperanzas, tristezas y angustias, como dice el Concilio Vaticano II.

He venido a Cuba, como mensajero de la verdad y la esperanza, para traerles la Buena Noticia, para anunciarles «el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rm* 8, 39). Sólo este amor puede iluminar la noche de la soledad humana; solo Él es capaz de confortar la esperanza de los hombres en la búsqueda de la felicidad.

Cristo nos ha dicho que «nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando... A Ustedes les he llamado amigos» (*Jn* 15, 13-15). Él les ofrece su amistad. Dio su vida para que los que deseen responder a su llamado sean, en efecto, sus amigos. Se trata de una amistad profunda, sincera, leal, radical, como debe ser la verdadera amistad. Esta es la forma propia de relacionarse con los jóvenes, ya que sin amistad la juventud se empobrece y debilita. La amistad se cultiva con el propio sacrificio para servir y amar de verdad a los amigos. Así pues, sin sacrificio no hay amistad sincera, juventud sana, país con futuro, religión auténtica.

Por eso, ¡escuchen la voz de Cristo! En su vida esta pasando Cristo y les dice: «Sígueme». No se cierren a su amor. No pasen de largo. Acojan su palabra. Cada uno ha recibido de Él un llamado. Él conoce el nombre de cada uno. Déjense guiar por Cristo en la búsqueda de lo que les puede ayudar a realizarse plenamente. Abran las puertas de su corazón y de su existencia a Jesús, «el verdadero héroe, humilde y sabio, el profeta de la verdad y del amor, el compañero y el amigo de la juventud» (*Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes*).

2. Conozco bien los valores de los jóvenes cubanos, sinceros en sus relaciones, auténticos en sus proyectos, hospitalarios con todos y amantes de la libertad. Se que, como hijos de la exhuberante tierra caribeña, sobresalen por su capacidad artística y creativa; por su espíritu alegre y emprendedor, dispuestos siempre a acometer grandes y nobles empresas para la prosperidad del País; por la sana pasión que ponen en las cosas que les interesan y la facilidad para superar las contrariedades y limitaciones. Estos valores afloran con mayor nitidez cuando encuentran espacios de libertad y motivaciones profundas. He podido, además, comprobar y admirar con emoción la fidelidad de muchos de Ustedes a la fe recibida de los mayores, tantas veces transmitida en el regazo de las madres y abuelas durante estas últimas décadas en las que la voz de la Iglesia parecía sofocada.

Sin embargo, la sombra de la escalofriante crisis actual de valores que sacude al mundo amenaza también a la juventud de esta luminosa Isla. Se extiende una perniciosa crisis de identidad, que lleva a los jóvenes a vivir sin sentido, sin rumbo ni proyecto de futuro, asfixiados por lo inmediato. Surge el relativismo, la indiferencia religiosa y la falta de dimensión moral, mientras se tiene la tentación de rendirse a los ídolos de la sociedad de consumo fascinados por su brillo fugaz. Incluso todo lo que viene de fuera del País parece deslumbrar.

Frente a ello, las estructuras públicas para la educación, la creación artística, literaria y humanística, y la investigación científica y tecnológica, así como la proliferación de escuelas y maestros, han tratado de contribuir a despertar una notable preocupación por buscar la verdad, por defender la belleza y por salvar la bondad; pero han suscitado también las preguntas de muchos de Ustedes: ¿Por qué la abundancia de me-



dios e instituciones no llega a corresponder plenamente con el fin deseado?

La respuesta no hay que buscarla solamente en las estructuras, en los medios e instituciones, en el sistema político o en los embargos económicos, que son siempre condenables por lesionar a los más necesitados. Estas causas son sólo parte de la respuesta, pero no tocan el fondo del problema.

3. Qué puedo decirles yo a Ustedes, jóvenes cubanos, que viven en condiciones materiales con frecuencia difíciles, en ocasiones frustrados en sus propios y legítimos proyectos y, por ello, a veces privados incluso de algún modo de la misma esperanza? Guiados por el Espíritu, combatan con la fuerza de Cristo Resucitado para no caer en la tentación de las diversas formas de fuga del mundo y de la sociedad; para no sucumbir ante la ausencia de ilusión, que conduce a la autodestrucción de la propia personalidad mediante el alcoholismo, la droga, los abusos sexuales y la prostitución, la búsqueda continua de nuevas sensaciones y el refugio en sectas, cultos espiritualistas alienantes o grupos totalmente extraños a la cultura y a la tradición de su Patria.

“Velen, manténganse firmes en la fe, sean fuertes. Hagan todo con amor” (I Cor 16, 13-14). Pero, ¿qué significa ser fuertes? Quiere decir vencer el mal en sus múltiples formas. El peor de los males es el pecado, que causa innumerables sufrimientos y puede estar también dentro de nosotros, influyendo de manera negativa en nuestro comportamiento. Por tanto, si es justo empeñarse en la lucha contra el mal en sus manifestaciones públicas y sociales, para los creyentes es un deber procurar derrotar en primer lugar el pecado, raíz de toda forma de mal que puede anidar en el corazón humano, resistiendo con la ayuda de Dios a sus seducciones.

Tengan la seguridad de que Dios no limita su juventud ni quiere para los jóvenes una vida desprovista de alegría. ¡Todo lo contrario! Su poder es un dinamismo que lleva al desarrollo de toda la persona: al desarrollo del cuerpo, de la mente, de la afectividad; al crecimiento de la fe; a la expansión del amor efectivo hacia Ustedes mismos, hacia el prójimo y hacia las realidades terrenas y espirituales. Si saben abrirse a la iniciativa divina, experimentarán en Ustedes la fuerza del «Gran Viviente, Cristo, eternamente joven» (Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes).

Jesús desea que tengan vida, y la tengan en abundancia (cf. Jn 10, 10). La vida que se nos revela en Dios, aunque pueda parecer a veces difícil, orienta y da sentido al desarrollo del hombre. Las tradiciones de la Iglesia, la práctica de los sacramentos y el recurso constante a la oración no son obligaciones y ritos que hay que cumplir, sino más bien manantiales inagotables de gracia que alimentan la juventud y la hacen fecunda para el desarrollo de la virtud, la audacia apostólica y la verdadera esperanza.

4. La virtud es la fuerza interior que impulsa a sacrificarse por amor al bien y que permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino también dar lo mejor de sí misma. Con jóvenes virtuosos un País se hace grande. Por eso, y porque el futuro de Cuba depende de Ustedes, de cómo formen su carácter, de como vivan su voluntad de compromiso en la transformación de la realidad, les digo: ¡Afronten con fortaleza y templanza, con justicia y prudencia los grandes desafíos del momento presente; vuelvan a las raíces cubanas y cristianas, y hagan cuanto esté en sus manos para construir un futuro cada vez más digno y más libre! No olviden que la responsabilidad forma parte de la libertad. Más aún, la persona se define principalmente por su responsabilidad hacia los demás y ante la historia (cf. Const. past. Gaudium et spes, 55).

Nadie debe eludir el reto de la época en la que le ha tocado vivir. Ocupen el lugar que les corresponde en la gran familia de los pueblos de este continente y de todo el mundo, no como los últimos que piden ser aceptados, sino como quienes con pleno derecho llevan consigo una tradición rica y grande, cuyos orígenes están en el cristianismo.

Les quiero hablar también de compromiso. El compromiso es la respuesta valiente de quienes no quieren malgastar su vida sino que desean ser protagonistas de la historia personal y social. Los invito a asumir un compromiso concreto, aunque sea humilde y sencillo, pero que emprendido con perseverancia se convierta en una gran prueba de amor y en el camino seguro para la propia santificación. Asuman un compromiso responsable en el seno de sus familias, en la vida de sus comunidades, en el entramado de la sociedad civil y también, a su tiempo, en las estructuras de decisión de la Nación.

No hay verdadero compromiso con la Patria sin el cumplimiento de los propios deberes y obligaciones



en la familia, en la universidad, en la fábrica o en el campo, en el mundo de la cultura y el deporte, en los diversos ambientes donde la Nación se hace realidad y la sociedad civil entreteje la progresiva creatividad de la persona humana. No puede haber compromiso con la fe sin una presencia activa y audaz en todos los ambientes de la sociedad en los que Cristo y la Iglesia se encarnan. Los cristianos deben pasar de la sola presencia a la animación de esos ambientes, desde dentro, con la fuerza renovadora del Espíritu Santo.

El mejor legado que se puede hacer a las generaciones futuras es la transmisión de los valores superiores del espíritu. No se trata sólo de salvar algunos de ellos, sino de favorecer una educación ética y cívica que ayude a asumir nuevos valores, a reconstruir el propio carácter y el alma social sobre la base de una educación para la libertad, la justicia social y la responsabilidad. En este camino, la Iglesia, que es «experta en humanidad», se ofrece para acompañar a los jóvenes, ayudándolos a elegir con libertad y madurez el rumbo de su propia vida y ofreciéndoles los auxilios necesarios para abrir el corazón y el alma a la trascendencia. La apertura al misterio de lo sobrenatural les hará descubrir la bondad infinita, la belleza incomparable, la verdad suprema; en definitiva, la imagen que Dios ha querido grabar en cada hombre.

5. Me detengo ahora en un asunto vital para el futuro. La Iglesia en su Nación tiene la voluntad de estar al servicio no sólo de los católicos sino de todos los cubanos. Para poder servir mejor tiene necesidad urgente de sacerdotes salidos de entre los hijos de este pueblo que sigan las huellas de los Apóstoles, anunciando el Evangelio y haciendo a sus hermanos partícipes de los frutos de la redención; tiene también necesidad de hombres y mujeres que, consagrando sus propias vidas a Cristo, se dediquen generosamente al servicio de la caridad; tiene necesidad de almas contemplativas que imploren la gracia y misericordia de Dios para su pueblo. Es responsabilidad de todos acoger cada día la invitación persuasiva, dulce y exigente de Jesús, que nos pide rogar al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (cf. Mt 9, 38). Es responsabilidad de los llamados responder con libertad y en espíritu de profunda oblación personal a la voz humilde y penetrante de Cristo que dice, hoy como ayer y como siempre: ¡ven y sígueme!

Jóvenes cubanos, Jesús, al encarnarse en el hogar de María y José, manifiesta y consagra la familia como santuario de la vida y célula fundamental de la sociedad. La santifica con el sacramento del matrimonio y la constituye «centro y corazón de la civilización del amor» (Carta a las familias Gratissimam sane, 13). La mayor parte de Ustedes están llamados a formar una familia. ¡Cuántas situaciones de malestar personal y social tienen su origen en las dificultades, las crisis y los fracasos de la familia! Prepárense bien para ser en el futuro los constructores de hogares sanos y apacibles, en los que se viva el clima tonificador de la concordia, mediante el dialogo abierto y la comprensión reciproca. El divorcio nunca es una solución, sino un fracaso que se ha de evitar. Fomenten, por tanto, todo lo que favorezca la santidad, la unidad y la estabilidad de la familia, fundada sobre el matrimonio indisoluble y abierta con generosidad al don precioso de la vida.

«El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; no busca su interés; no se irrita. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta» (I Co 13,4-7). El amor verdadero, al que el apóstol Pablo dedicó un himno en la primera Carta a los Corintios, es exigente. Su belleza esta precisamente en su exigencia. Sólo quién, en nombre del amor, sabe ser exigente consigo mismo, puede exigir amor a los demás. Es preciso que los jóvenes de hoy descubran este amor, porque en él está el fundamento verdaderamente sólido de la familia. Rechacen con firmeza cualquiera de sus sucedáneos, como el llamado «amor libre». ¡Cuántas familias se han destruido por su causa! No olviden que seguir ciegamente el impulso afectivo significa, muchas veces, ser esclavo de las propias pasiones.

6. Déjenme que les hable también de María, la joven que realizó en sí misma la adhesión más completa a la voluntad de Dios y que, precisamente por eso, se ha convertido en modelo de la máxima perfección cristiana. Tuvo confianza en Dios: *“¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”* (Lc 1, 45). Robustecida por la palabra recibida de Dios y conservada en su corazón (cf. Lc 2, 9), venció el egoísmo, derrotó el mal. El amor la preparó para el servicio humilde y concreto hacia el prójimo. A Ella se dirige también hoy la Iglesia, y la invoca incesantemente como ayuda y modelo de caridad generosa. A Ella dirige su mirada la juventud de Cuba para encontrar un ejemplo de defensa y promoción de la vida, de ternura, de fortaleza en el dolor, de pureza en el vivir y de alegría sana. Confíen a María sus corazones, queridos muchachos y muchachas, Ustedes que son el presente y el futuro de estas comunidades cristianas, tan probadas a lo largo de los años. No se separen nunca de María y caminen junto a ella. Así serán santos, porque reflejándose en Ella y confortados por su auxilio, acogerán la palabra de la promesa, la custodiarán



celosamente en su interior y serán los heraldos de una nueva evangelización para una sociedad también nueva, la Cuba de la reconciliación y del amor.

Queridos jóvenes, la Iglesia confía en Ustedes y cuenta con Ustedes. A la luz de la vida de los santos y de otros testigos del Evangelio, y guiados por la atención pastoral de sus Obispos, ayúdense los unos a los otros a fortalecer su fe y a ser los apóstoles del Año 2000, haciendo presente al mundo que Cristo nos invita a ser alegres y que la verdadera felicidad consiste en darse por amor a los hermanos. Que el Señor siga derramando abundantes dones de paz y entusiasmo sobre todos los jóvenes hijos e hijas de la amada Nación cubana. Esto es lo que el Papa les desea con viva esperanza. Los bendigo de corazón.

Camagüey, 23 de enero de 1998.

Ioannes Paulus II



Palabras de Acogida del Emmo. Sr Cardenal Jaime Ortega Alamino, Al Santo Padre En El Aula Magna De La Universidad De La Habana.

Santidad:

Su presencia en nuestro más tradicional e histórico centro de estudios tiene un motivo muy particular: en ésta Aula Magna de la Universidad de La Habana se guardan con reverencia los restos mortales del Siervo de Dios Padre Félix Varela, el sacerdote de vida santa y el patriota ilustre que nos enseñara a los cubanos que ante todo debíamos ejercitar nuestro pensamiento.

El surgimiento y posterior afianzamiento de la cultura está asociada al pensamiento y al magisterio del Padre Varela. Nuestra nacionalidad ya comenzó a fraguar en las aulas del Seminario San Carlos, cuna de patricios de estirpe cubana, en donde enseñó la Filosofía y explicó el Derecho Constitucional nuestro venerado Sacerdote y ardiente patriota.

Cultura cubana y fe cristiana no brotaron ni se manifestaron en sus orígenes y posterior desarrollo como dos realidades distantes o antagónicas, sino bien articuladas entre sí.

Esta singularidad es también merecedora de la presencia de Su Santidad en este lugar, de sus Palabras al mundo de la cultura cubana actual, que se alimenta en esas raíces. Palabras que vienen del Pontífice que ha tenido, como una de sus grandes preocupaciones en la Sede Romana, hacer que fe cristiana y cultura se encuentren o se reencuentren. Dejo ahora la palabra al Sr. Rector de la Universidad de La Habana, que da la bienvenida a Su Santidad a este alto centro docente.



Palabras Del Dr. Juan Vela Valdés, Rector De La Universidad De La Habana.

Aula Magna Universidad De La Habana

Ha sido un verdadero privilegio para la Universidad de La Habana, la selección del lugar donde hoy se realiza el encuentro de su Santidad Juan Pablo II con el mundo de la cultura cubana.

Y es que la Universidad de La Habana ha sido testigo, escenario y protagonista excepcional durante casi tres siglos, de acontecimientos trascendentales para la historia, la cultura y la educación en Cuba.

Porque cuando en 1910 se edificó, en lo más alto de la colina universitaria, el Aula Magna, era éste el único centro de educación superior del país y de un modo u otro, simbolizaba la tradición científica, docente, cultural y patriótica. Por esas mismas razones, un año después, se colocaron en este recinto, los restos del Presbítero Félix Varela y Morales, que representaba y representa el punto de referencia obligado cuando se piensa en el origen de una reflexión propia y en las bases éticas y morales de nuestro pensamiento y de nuestra historia. Hoy son numerosos los centros de educación superior que a lo largo y ancho del país representan el lugar cimero del sistema educacional cubano.

Por la diversidad de fuentes culturales de todos los continentes que la conforman y por la multiplicidad étnica de que se nutre, la cultura cubana es hija del mundo. Lo universal se halla en sus propias raíces humanistas, cuyos atisbos se encuentran ya en la obra de Fray Bartolomé de las Casas. Durante dos siglos, esa cultura adquirió perfiles propios y en el encuentro de los siglos XVIII y XIX, alcanzó expresiones intelectuales autóctonas, vinculadas a un proyecto de desarrollo académico, económico - social, cultural y científico que transfería al mundo de la sensibilidad y de las ideas, la búsqueda de un desarrollo múltiple en el que se integraban la experiencia universal y nuestra propia realidad. En la segunda mitad del siglo XIX, el modelo de la emancipación cubana, de profunda raíz humanista, cuya expresión más auténtica era el anhelo de alcanzar la justicia social, asegura su verdadera dimensión.

La cultura cubana, en ese sentido amplio, devino conjunto de aspiraciones y realizaciones del grupo humano que la creó y la asumió. En su más genuina expresión, en la cultura, la educación y la ciencia, se gestaba un ideario cubano, abierto y flexible, articulado al proyecto de independencia y al establecimiento de una república con todos y para el bien de todos.

Como se sabe, la intervención de una potencia extranjera frustró la República, soñada, independiente, justa y soberana. Pero en los espacios logrados, los cubanos honestos que no renunciaron a la soberanía, enriquecieron las ideas originales y convirtieron a la República dependiente y neocolonial en el crisol donde se continuó forjando la voluntad colectiva de luchar para alcanzar la verdadera y definitiva liberación.

La Revolución cubana fue y es el acontecimiento histórico que resume, articula y pone en práctica un corpus de ideas que tiene como objetivo la plena y auténtica libertad e igualdad del individuo y de la sociedad. Constituyó, en verdad, la integración de los sectores y grupos sociales hasta entonces marginados, al ofrecer dignidad plena a todos. La Revolución hizo realidad el sueño de justicia social de los forjadores de nuestra identidad nacional y de varias generaciones de cubanos que lucharon incansablemente por obtenerla.

El pueblo accedió a la educación y a la cultura; se eliminó el analfabetismo; se estableció la enseñanza gratuita; se amplió la red de escuelas, se favoreció la formación de jóvenes profesores; se crearon centenares de nuevos centros de nivel medio, se instauró el sistema de becas universitarias; se modernizaron las estrategias educativas al combinarse armónicamente la docencia, la investigación, el trabajo y la práctica social; y por su profundo contenido humano, se concedió particular importancia a la educación especial.

Todo ello permitió crear una base cultural y educativa, capaz de desarrollar una sociedad en la que sus individuos podían disfrutar de una enriquecedora vida espiritual.

El pueblo cubano se convirtió así en un pueblo culto e instruido.

Por otra parte, el desarrollo de las ciencias y de las tecnologías, que tenía en Cuba importantes



antecedentes individuales en hombres como Felipe Poey, Tomás Romay y Carlos J. Finlay, convirtió esa tradición en un movimiento masivo que estimuló la creación de centros, grupos y programas de desarrollo.

El hacer asequible la salud a todos, desde la asistencia primaria hasta las más modernas y complejas técnicas, ha permitido desarrollar un sistema nacional de salud que ha salvado innumerables vidas y que exhibe indicadores de calidad y esperanza de vida que son orgullo de la nación.

Es así que el desarrollo de la educación, la ciencia y la tecnología configuraron un pueblo con una particular comprensión y sensibilidad hacia los problemas de su país y de la humanidad. Esos hombres son hoy creadores de una cultura cuyas fronteras se hacen más amplias en la medida en que se hacen también más rigurosas, profundas y humanas. Una cultura imbricada no sólo entre sus diversas manifestaciones, sino también entre sus creadores y los que disfrutan la creación.

Miles de escritores y artistas dan nuevos vuelos al pensamiento y a la imaginación. Nuestra cultura es la unión de Cuba con el mundo. Es también la unión en Cuba y en el extranjero de lo genuinamente cubano. En las cuatro décadas finales de este siglo, este quehacer se extendió y democratizó hasta alcanzar dimensiones insospechadas.

Un principio esencial define los últimos 40 años de creación en la sociedad cubana. La idea de la solidaridad humana, base de una ética nueva; la idea de la equidad, de preferir el bien común al bien individual; la búsqueda de una verdadera y auténtica integración de todos los componentes nacionales que trata de eliminar los prejuicios de cualquier tipo; la idea de un decidido apoyo a «los pobres de la tierra», como fundamento de la permanente recuperación de la memoria histórica del país. Una obra tan hermosa, sin embargo, se ha tenido y se tiene que desarrollar, en las más difíciles condiciones. Se sabe que las crecientes presiones económicas y políticas de la única superpotencia obstruyen cruelmente hasta el simple arribo a nuestro país de la más necesaria de las medicinas.

La praxis social cubana es profundamente martiana porque se fundamenta en la idea de nuestro Apóstol de que «Patria es Humanidad», de que la cultura es el diálogo de un pueblo consigo mismo y con el mundo, de que para ser libres hay que ser cultos, pero también para ser libres hay que ser iguales de hecho y de derecho.

Somos herederos de una intensa y fructífera tradición cultural cuyo componente más significativo ha sido la defensa de la identidad nacional, el empeño de fundar una Cuba cubana y, a la vez, una Cuba universal.

Esa es la patria que los intelectuales cubanos, profesores, investigadores, escritores, artistas, junto a todo nuestro pueblo ayudamos a construir. Con inteligencia, con talento, con altruismo, con esfuerzo y con dedicación. Una patria libre, una patria culta, una patria justa, una patria solidaria, una patria humana.

Y porque Usted, Su Santidad, es, a no dudarlo un hombre consagrado a la defensa de sus convicciones, un hombre extraordinariamente lúcido y culto, un hombre de excepcionales cualidades humanas, la Universidad de La Habana, sus profesores y estudiantes y las personalidades de la cultura, el arte y la ciencia que hoy se encuentran aquí, nos sentimos honrados con su presencia.

Su Santidad, Juan Pablo II, distinguido público, sean mis palabras un modo de acogerles en nuestra Alma Mater y expresar la mayor gratitud por la asistencia a este hermoso encuentro. Estamos seguros de que el día de hoy quedará profunda y definitivamente inscrito en la historia académica, científica y cultural de la Universidad de La Habana y de nuestro país.



Palabras Del Santo Padre En El Aula Magna De La Universidad De La Habana.

Señores Cardenales y Obispos, Autoridades universitarias , Ilustres Señoras y Señores:

1. Es para mí un gozo encontrarme con Ustedes en este venerable recinto de la Universidad de La Habana. A todos dirijo mi afectuoso saludo y, en primer lugar, quiero agradecer las palabras que el Señor Cardenal Jaime Ortega y Alamino ha tenido a bien dirigirme, en nombre de todos, para darme la bienvenida, así como el amable saludo del Señor Rector de ésta Universidad, que me ha acogido en ésta Aula Magna. En ella se conservan los restos del gran sacerdote y patriota, el Siervo de Dios Padre Félix Varela, ante los cuales he rezado. Gracias, señor Rector, por presentarme a esta distinguida asamblea de mujeres y hombres que dedican sus esfuerzos a la promoción de la cultura genuina en esta noble nación cubana.

2. La cultura es aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando el conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que lo definen. Así entendida, la cultura tiene una importancia fundamental para la vida de las naciones y para el cultivo de los valores humanos más auténticos. La Iglesia, que acompaña al hombre en su camino, que se abre a la vida social, que busca los espacios para su acción evangelizadora, se acerca, con su palabra y su acción, a la cultura.

La Iglesia católica no se identifica con ninguna cultura particular, sino que se acerca a todas ellas con espíritu abierto. Ella, al proponer con respeto su propia visión del hombre y de los valores, contribuye a la creciente humanización de la sociedad. En la evangelización de la cultura es Cristo mismo el que actúa a través de su Iglesia, ya que con su Encarnación «entra en la cultura» y «trae para cada cultura histórica el don de la purificación y de la plenitud» (Conclusiones de Santo Domingo, 228).

«Toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana» (Discurso en la ONU, 5 octubre 1995, 9). Respetando y promoviendo la cultura, la Iglesia respeta y promueve al hombre: al hombre que se esfuerza por hacer más humana su vida y por acercarla, aunque sea a tientas, al misterio escondido de Dios. Toda cultura tiene un núcleo íntimo de convicciones religiosas y de valores morales, que constituye como su «alma»; es ahí donde Cristo quiere llegar con la fuerza sanadora de su gracia. La evangelización de la cultura es como una elevación de su «alma religiosa», infundiéndole un dinamismo nuevo y potente, el dinamismo del Espíritu Santo, que la lleva a la máxima actualización de sus potencialidades humanas. En Cristo, toda cultura se siente profundamente respetada, valorada y amada; porque toda cultura está siempre abierta, en lo más auténtico de sí misma, a los tesoros de la Redención.

3. Cuba, por su historia y situación geográfica, tiene una cultura propia en cuya formación ha habido influencias diversas: la hispánica, que trajo el catolicismo; la africana, cuya religiosidad fue permeada por el cristianismo; la de los diferentes grupos de inmigrantes; y la propiamente americana. Es de justicia recordar la influencia que el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, de La Habana, ha tenido en el desarrollo de la cultura nacional bajo el influjo de figuras como José Agustín Caballero, llamado por Martí «padre de los pobres y de nuestra filosofía», y el sacerdote Félix Varela, verdadero padre de la cultura cubana. La superficialidad o el anticlericalismo de algunos sectores en aquella época no son genuinamente representativos de lo que ha sido la verdadera idiosincrasia de este pueblo, que en su historia ha visto la fe católica como fuente de los ricos valores de la cubanía que, junto a las expresiones típicas, canciones populares, controversias campesinas y refranero popular, tiene una honda matriz cristiana, lo cual es hoy una riqueza y una realidad constitutiva de la Nación.

4. Hijo preclaro de esta tierra es el Padre Félix Varela y Morales, considerado por muchos como piedra fundacional de la nacionalidad cubana. Él mismo es, en su persona, la mejor síntesis que podemos encontrar entre fe cristiana y cultura cubana. Sacerdote habanero ejemplar y patriota indiscutible, fue un pensador insigne que renovó en la Cuba del siglo XIX los métodos pedagógicos y los contenidos de la enseñanza filosófica, jurídica, científica y teológica. Maestro de generaciones de cubanos, enseñó que para asumir responsablemente la existencia lo primero que se debe aprender es el difícil arte de pensar correctamente y con cabeza propia. El fue el primero que habló de independencia en estas tierras. Habló también de democracia, considerándola como el proyecto político más armónico con la naturaleza humana, resaltando a la vez las



exigencias que de ella se derivan. Entre estas exigencias destacaba dos: que haya personas educadas para la libertad y la responsabilidad, con un proyecto ético forjado en su interior, que asuman lo mejor de la herencia de la civilización y los perennes valores trascendentes, para ser así capaces de emprender tareas decisivas al servicio de la comunidad; y, en segundo lugar, que las relaciones humanas, así como el estilo de convivencia social, favorezcan los debidos espacios donde cada persona pueda, con el necesario respeto y solidaridad, desempeñar el papel histórico que le corresponde para dinamizar el Estado de Derecho, garantía esencial de toda convivencia humana que quiera considerarse democrática.

El Padre Varela era consciente de que, en su tiempo, la independencia era un ideal todavía inalcanzable; por ello se dedicó a formar personas. hombres de conciencia, que no fueran soberbios con los débiles, ni débiles con los poderosos. Desde su exilio de Nueva York, hizo uso de los medios que tenía a su alcance: la correspondencia personal, la prensa y la que podríamos considerar su obra cimera, las “Cartas a Elpidio” sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad, verdadero monumento de enseñanza moral, que constituye su precioso legado a la juventud cubana. Durante los últimos treinta años de su vida, apartado de su cátedra habanera, continuó enseñando desde lejos, generando de ese modo una escuela de pensamiento, un estilo de convivencia social y una actitud hacia la patria que deben iluminar, también hoy, a todos los cubanos.

Toda la vida del Padre Varela estuvo inspirada en una profunda espiritualidad cristiana. Ésta es su motivación más fuerte, la fuente de sus virtudes, la raíz de su compromiso con la Iglesia y con Cuba: buscar la gloria de Dios en todo. Eso lo llevó a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de las semillas de la verdad, en la conveniencia de que los cambios se dieran con la debida gradualidad hacia las grandes y auténticas reformas. Cuando se encontraba al final de su camino, momentos antes de cerrar los ojos a la luz de este mundo y de abrirlos a la Luz inextinguible, cumplió aquella promesa que siempre había hecho: «Guiado por la antorcha de la fe, camino al sepulcro en cuyo borde espero, con la gracia divina, hacer, con el último suspiro, una protestación de mi firme creencia y un voto fervoroso por la prosperidad de mi patria» (Cartas a Elpidio, tomo I, carta 6, p. 182).

5. Esta es la herencia que el Padre Varela dejó. El bien de su patria sigue necesitando de la paz sin ocaso, que es Cristo. Cristo es la vía que guía al hombre a la plenitud de sus dimensiones, el camino que conduce hacia una sociedad más justa, más libre, más humana y más solidaria. El amor a Cristo y a Cuba, que iluminó la vida del Padre Varela, está en la raíz más honda de la cultura cubana. Recuerden la antorcha que aparece en el escudo de esta Casa de estudios: no es sólo memoria, sino también proyecto. Los propósitos y los orígenes de esta Universidad, su trayectoria y su herencia, marcan su vocación de ser madre de sabiduría y de libertad, inspiradora de fe y de justicia, crisol donde se funden ciencia y conciencia, maestra de universalidad y de cubanía.

La antorcha que, encendida por el Padre Varela, había de iluminar la historia del pueblo cubano, fue recogida, poco después de su muerte, por esa personalidad relevante de la nación que es José Martí: escritor y maestro en el sentido más pleno de la palabra, profundamente democrático e independentista, patriota, amigo leal aún de aquellos que no compartían su programa político. Él fue, sobre todo, un hombre de luz, coherente con sus valores éticos y animado por una espiritualidad de raíz eminentemente cristiana. Es considerado como un continuador del pensamiento del Padre Varela, a quien llamó «el santo cubano».

6. En esta Universidad se conservan los restos del Padre Varela como uno de sus tesoros más preciosos. Por doquier, en Cuba, se ven también los monumentos que la veneración de los cubanos ha levantado a José Martí. Y estoy convencido de que este pueblo ha heredado las virtudes humanas, de matriz cristiana, de ambos hombres, pues todos los cubanos participan solidariamente de su impronta cultural. En Cuba se puede hablar de un diálogo cultural fecundo, que es garantía de un crecimiento más armónico y de un incremento de iniciativas y de creatividad de la sociedad civil. En este país, la mayor parte de los artífices de la cultura - católicos y no católicos, creyentes y no creyentes - son hombres de diálogo, capaces de proponer y de escuchar. Los animo a proseguir en sus esfuerzos por encontrar una síntesis con la que todos los cubanos puedan identificarse; a buscar el modo de consolidar una identidad cubana armónica que pueda integrar en su seno sus múltiples tradiciones nacionales. La cultura cubana, si está abierta a la Verdad, afianzará su identidad nacional y la hará crecer en humanidad.



La Iglesia y las instituciones culturales de la Nación deben encontrarse en el dialogo y cooperar así al desarrollo de la cultura cubana. Ambas tienen un camino y una finalidad común: servir al hombre, cultivar todas las dimensiones de su espíritu y fecundar desde dentro todas sus relaciones comunitarias y sociales. Las iniciativas que ya existen en este sentido deben encontrar apoyo y continuidad en una pastoral para la cultura, en diálogo permanente con personas e instituciones del ámbito intelectual.

Peregrino en una Nación como la suya, con la riqueza de una herencia mestiza y cristiana, confío que en el porvenir los cubanos alcancen una civilización de la justicia y de la solidaridad, de la libertad y de la verdad, una civilización del amor y de la paz que, como decía el Padre Varela, «sea la base del gran edificio de nuestra felicidad». Para ello me permito poner de nuevo en las manos de la juventud cubana aquel legado, siempre necesario y siempre actual, del Padre de la cultura cubana; aquella misión que el Padre Varela encomendó a sus discípulos: «Diles que ellos son la dulce esperanza de la patria y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad».



Palabras De Bienvenida Al Santo Padre, Pronunciadas Por Mons. Pedro Meurice, Arzobispo De Santiago De Cuba, En La Plaza «Antonio Maceo»

Santísimo Padre: En nombre de la Arquidiócesis de Santiago de Cuba y de todos los hombres de buena voluntad de estas provincias orientales le doy la más cordial bienvenida.

Esta es una tierra indómita y hospitalaria, cuna de libertad y hogar de corazón abierto.

Lo recibimos como a un Padre en esta tierra que custodia, con entrañas de dignidad y raíces de cubanía, la campana de la Demajagua y la bendita imagen de la Virgen de la Caridad de El Cobre.

El calor de Oriente, el alma indomable de Santiago y el amor filial de los católicos de esta diócesis primada proclaman: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Quiero presentarle, Santo Padre, a éste pueblo que me ha sido confiado. Quiero que Su Santidad conozca nuestros logros en educación, salud, deportes..., nuestras grandes potencialidades y virtudes..., los anhelos y las angustias de esta porción del pueblo cubano.

Santidad este es un pueblo noble y es también un pueblo que sufre.

Éste es un pueblo que tiene la riqueza de la alegría y la pobreza material que lo entristece y agobia casi hasta no dejarlo ver más allá de la inmediata subsistencia.

Este es un pueblo que tiene vocación de universalidad y es hacedor de puentes de vecindad y afecto, pero cada vez está más bloqueado por intereses foráneos y padece una cultura del egoísmo debido a la dura crisis económica y moral que sufrimos

Nuestro pueblo es respetuoso de la autoridad y le gusta el orden pero necesita aprender a desmitificar los falsos mesianismos.

Este es un pueblo que ha luchado largos siglos por la justicia social y ahora se encuentra, al final de una de esas etapas, buscando otra vez como superar las desigualdades y la falta de participación.

Santo Padre: Cuba es un pueblo que tiene una entrañable vocación a la solidaridad, pero a lo largo de su historia, ha visto desarticulado o encallados los espacios de asociación y participación de la sociedad civil, de modo que le presento el alma de una nación que anhela reconstruir la fraternidad a base de libertad y solidaridad.

Quiero que sepa, Beatísimo Padre, que toda Cuba ha aprendido a mirar en la pequeñez de la imagen de esta Virgen Bendita, que será coronada hoy por su Santidad, que la grandeza no está en las dimensiones de las cosas y las estructuras sino en la estatura moral del espíritu humano.

Deseo presentar en esta Eucaristía a todos aquellos cubanos y santiagueros que no encuentran sentido a sus vidas, que no han podido optar y desarrollar un proyecto de vida por causa de un camino de despersonalización que es fruto del paternalismo.

Le presento además, a un número creciente de cubanos que han confundido la Patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido en las últimas década y la cultura con una ideología. Son cubanos que al rechazar todo de una vez sin discernir, se sienten desarraigados, rechazan lo de aquí y sobrevaloran todo lo extranjero. Algunos consideran esta como una de las causas más profundas del exilio interno y externo.

Santo Padre: Durante años este pueblo ha defendido la soberanía de sus fronteras geográficas con verdadera dignidad, pero hemos olvidado un tanto que esa independencia debe brotar de una soberanía de la persona humana que sostiene desde abajo todo proyecto como nación.

Le presentamos la época gloriosa del P. Varela, del Seminario San Carlos en La Habana y de San Antonio





María Claret en Santiago, pero también los años oscuros en que, por el desgobierno del patronato la Iglesia fue diezmada a principios del siglo XIX y así atravesó el umbral de ésta centuria tratando de recuperarse hasta que, en la década del 50, encontró su máximo esplendor y cubanía. Luego, fruto de la confrontación ideológica con el marxismo-leninismo, estatalmente inducido, volvió a ser empobrecida de medios y agentes de pastoral pero no de mociones del Espíritu como fue el Encuentro Nacional Eclesial Cubano.

Su Santidad encuentra a ésta Iglesia en una etapa de franco crecimiento y de sufrida credibilidad que brota de la cruz vivida y compartida. Algunos quizás puedan confundir este despertar religioso con un culto pietista o con una falsa paz interior que escapa del compromiso.

Hay otra realidad que debo presentarle: la nación vive aquí y vive en la diáspora. El cubano sufre, vive y espera aquí y también sufre, vive y espera allá fuera. Somos un único pueblo que, navegando a trancos sobre todos los mares, seguimos buscando la unidad que no será nunca fruto de la uniformidad sino de un alma común y compartida a partir de la diversidad.

Por esos mares vino también esta Virgen, mestiza como nuestro pueblo. Ella es la esperanza de todos los cubanos. Ella es la Madre cuyo manto tiene cobija para todos los cubanos sin distinción de raza, credo, opción política o lugar donde viva.

La Iglesia en América Latina hizo en Puebla la opción por los pobres, y los más pobres entre nosotros son aquellos que no tienen el don preciado de la libertad.

Ore, Santidad, por los enfermos, por los presos, por los ancianos y por los niños.

Santo Padre: Los cubanos suplicamos humildemente a su Santidad que ofrezca sobre el altar, junto al Corde-ro Inmaculado que se hace para nosotros Pan de Vida, todas éstas luchas y azares del pueblo cubano, tejiendo sobre la frente de la Madre del Cielo, ésta diadema de realidades, sufrimientos, alegrías y esperanzas, de modo que, al coronar con ella ésta imagen de Santa María, la Virgen Madre de nuestro Señor Jesu-cristo, que en Cuba llamamos bajo el incomparable título de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, la declare como Reina de la República de Cuba.

Así todas las generaciones de cubanos podremos continuar dirigiéndonos a Ella, pero con mayor audacia apostólica y serenidad de espíritu, con las bellas estrofas de su himno:

“Y tu Nombre será nuestro escudo,
nuestro amparo tus gracias serán”.

Amén.



Homilía Del Santo Padre En La Misa Celebrada En La Plaza «Antonio Maceo» De Santiago De Cuba

1. «*Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor*» (Sal 32, 12). Hemos cantado con el salmista que la dicha acompaña al pueblo que tiene a Dios como su Señor. Hace más de quinientos años, cuando llegó la cruz de Cristo a esta Isla, y con ella su mensaje salvífico, comenzó un proceso que, alimentado por la fe cristiana, ha ido forjando los rasgos característicos de esta Nación. En la serie de sus hombres ilustres están: aquel soldado que fue el primer catequista y misionero de Macaca; también el primer maestro cubano que fue el P. Miguel de Velázquez; el sacerdote Esteban Salas, padre de la música cubana; el insigne bayamés Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, el cual, postrado a los pies de la Virgen de la Caridad, inició su lucha por la libertad y la independencia de Cuba; Antonio de la Caridad Maceo y Grajales, cuya estatua preside la plaza que hoy acoge nuestra celebración, al cual su madre pidió delante del crucifijo que se entregara hasta el extremo por la libertad de Cuba. Además de estos, hay muchos hombres y mujeres ilustres que, movidos por su inquebrantable fe en Dios, eligieron la vía de la libertad y la justicia como bases de la dignidad de su pueblo.

2. Me complace encontrarme hoy en esta Arquidiócesis tan insigne, que ha contado entre sus Pastores a San Antonio María Claret. Ante todo, dirijo mi cordial saludo a Mons. Pedro Meurice Estiú, Arzobispo de Santiago de Cuba y Primado de esta Nación, así como a los demás Obispos, sacerdotes y diáconos, comprometidos en la extensión del Reino de Dios en esta tierra. Saludo asimismo a los religiosos y religiosas y a todo el pueblo fiel aquí presente. Deseo dirigir también un deferente saludo a las autoridades civiles que han querido participar en esta Santa Misa y les agradezco la cooperación prestada para su organización.

3. En ésta celebración vamos a coronar la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Desde su santuario, no lejos de aquí, la Reina y Madre de todos los cubanos - sin distinción de razas, opciones políticas o ideologías -, guía y sostiene, como en el pasado, los pasos de sus hijos hacia la Patria celeste y los alienta a vivir de tal modo que en la sociedad reinen siempre los auténticos valores morales, que constituyen el rico patrimonio espiritual heredado de los mayores. A Ella, como hizo su prima Isabel, nos dirigimos agradecidos para decirle: «*Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá*» (Lc 1, 45). En estas palabras está el secreto de la verdadera felicidad de las personas y de los pueblos: creer y proclamar que el Señor ha hecho maravillas para nosotros y que su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Este convencimiento es la fuerza que anima a los hombres y mujeres que, aún a costa de sacrificios, se entregan desinteresadamente al servicio de los demás.

El ejemplo de disponibilidad de María nos señala el camino a recorrer. Con Ella la Iglesia lleva a cabo su vocación y su misión, anunciando a Jesucristo y exhortando a hacer lo que Él nos dice; construyendo también la fraternidad universal en la que cada hombre pueda llamar Padre a Dios.

4. Como la Virgen María, la Iglesia es Madre y Maestra en el seguimiento de Cristo, luz para los pueblos, y dispensadora de la misericordia divina. Como comunidad de todos los bautizados, es asimismo recinto de perdón, de paz y reconciliación, que abre sus brazos a todos los hombres para anunciarles al Dios verdadero.

Con el servicio a la fe de los hombres y mujeres de este amado pueblo, la Iglesia los ayuda a progresar por el camino del bien. Las obras de evangelización que van teniendo lugar en diversos ambientes, como por ejemplo las misiones en barrios y pueblos sin iglesias, deben ser cuidadas y fomentadas para que puedan desarrollarse y servir no sólo a los católicos, sino a todo el pueblo cubano para que conozca a Jesucristo y lo ame. La historia enseña que sin fe desaparece la virtud, los valores morales se oscurecen, no resplandece la verdad, la vida pierde su sentido trascendente y aún el servicio a la nación puede dejar de ser alentado por las motivaciones más profundas. A este respecto, Antonio Maceo, el gran patriota oriental, decía: «Quien no ama a Dios, no ama a la Patria».

La Iglesia llama a todos a encarnar la fe en la propia vida, como el mejor camino para el desarrollo integral del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, y para alcanzar la verdadera libertad, que incluye el reconocimiento de los derechos humanos y la justicia social. A este respecto, los laicos católicos, salvaguardando su propia identidad para poder ser «sal y fermento» en medio de la sociedad de la que forman parte, tienen el deber y el derecho de participar en el debate público en igualdad de oportunidades y en actitud de diálogo y reconciliación. Asimismo, el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios





ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales. De este modo cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil y de la adecuada libertad de asociación, podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común.

La Iglesia, inmersa en la sociedad, no busca ninguna forma de poder político para desarrollar su misión, sino que quiere ser gérmen fecundo de bien común al hacerse presente en las estructuras sociales. Mira en primer lugar a la persona humana y a la comunidad en la que vive, sabiendo que su primer camino es el hombre concreto en medio de sus necesidades y aspiraciones. Todo lo que la Iglesia reclama para sí lo pone al servicio del hombre y de la sociedad. En efecto, Cristo le encargó llevar su mensaje a todos los pueblos, para lo cual necesita un espacio de libertad y los medios suficientes. Defendiendo su propia libertad, la Iglesia defiende la de cada persona, la de las familias, la de las diversas organizaciones sociales, realidades vivas, que tienen derecho a un ámbito propio de autonomía y soberanía (cf. Centesimus annus, 45). En este sentido, «el cristiano y las comunidades cristianas viven profundamente insertados en la vida de sus pueblos respectivos y son signo del Evangelio incluso por la fidelidad a su patria, a su pueblo, a la cultura nacional, pero siempre con la libertad que Cristo ha traído... La Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político o económico; no buscando la gloria o los bienes materiales; usando sus bienes para el servicio de los más pobres e imitando la sencillez de la vida de Cristo» (Redemptoris missio, 43).

5. Al recordar éstos aspectos de la misión de la Iglesia, demos gracias a Dios, que nos ha llamado a formar parte de la misma. En ella, la Virgen María ocupa un lugar singular. Expresión de esto es la coronación de la venerada imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. La historia cubana está jalonada de maravillosas muestras de amor a su Patrona, a cuyos pies las figuras de los humildes nativos, dos indios y un moreno, simbolizan la rica pluralidad de este pueblo. El Cobre, donde está su Santuario, fue el primer lugar de Cuba donde se conquistó la libertad para los esclavos.

Amados fieles, no olviden nunca los grandes acontecimientos relacionados con su Reina y Madre. Con el dosel del altar familiar, Céspedes confeccionó la bandera cubana y fue a postrarse a los pies de la Virgen antes de iniciar la lucha por la libertad. Los valientes soldados cubanos, los mambises, llevaban sobre su pecho la medalla y la «medida» de su bendita imagen. El primer acto de Cuba libre tuvo lugar cuando en 1898 las tropas del General Calixto García se postraron a los pies de la Virgen de la Caridad en una solemne misa para la «Declaración mambisa de la Independencia del pueblo cubano». Las diversas peregrinaciones que la imagen ha hecho por los pueblos de la Isla, acogiendo los anhelos y esperanzas, los gozos y las penas de todos sus hijos, han sido siempre grandes manifestaciones de fe y de amor.

Desde aquí quiero enviar también mi saludo a los hijos de Cuba que en cualquier parte del mundo veneran a la Virgen de la Caridad; junto con todos sus hermanos que viven en esta hermosa tierra, los pongo bajo su maternal protección, pidiéndole a Ella, Madre amorosa de todos, que reúna a sus hijos por medio de la reconciliación y la fraternidad.

6. Hoy, siguiendo con esa gloriosa tradición de amor a la Madre común, antes de proceder a su coronación quiero dirigirme a Ella e invocarla con todos Ustedes:

¡Virgen de la Caridad del Cobre,
Patrona de Cuba!
¡Dios te salve, María, llena de gracia!
Tu eres la Hija amada del Padre,
la Madre de Cristo, nuestro Dios,
el Templo vivo del Espíritu Santo.
Llevas en tu nombre, Virgen de la Caridad,
la memoria del Dios que es Amor,
el recuerdo del mandamiento nuevo de Jesús,
la evocación del Espíritu Santo:
amor derramado en nuestros corazones,
fuego de caridad enviado en Pentecostés sobre la Iglesia,
don de la plena libertad de los hijos de Dios.
¡Bendita tú entre las mujeres



y bendito el fruto de tu vientre, Jesús!
Has venido a visitar nuestro pueblo
y has querido quedarte con nosotros
como Madre y Señora de Cuba,
a lo largo de su peregrinar
por los caminos de la historia.
Tu nombre y tu imagen están esculpidos
en la mente y en el corazón de todos los cubanos,
dentro y fuera de la Patria,
como signo de esperanza y centro de comunión fraterna.
¡Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra!
Ruega por nosotros ante tu Hijo Jesucristo,
intercede por nosotros con tu corazón maternal,
inundado de la caridad del Espíritu.
Acrecienta nuestra fe, aviva la esperanza,
aumenta y fortalece en nosotros el amor.
Ampara nuestras familias,
protege a los jóvenes y a los niños,
consuela a los que sufren.
Se Madre de los fieles y de los pastores de la Iglesia,
modelo y estrella de la nueva evangelización.
¡Madre de la reconciliación!
Reúne a tu pueblo disperso por el mundo.
Haz de la nación cubana un hogar de hermanos y hermanas
para que este pueblo abra de par en par
su mente, su corazón y su vida a Cristo,
único Salvador y Redentor,
que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos. Amén.



Palabras De Bienvenida Del Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Y Alamino, Al Santo Padre En La Celebracion Del Mundo Del Dolor En El Santuario Del Rincón, La Habana.

Santo Padre:

«¡BENDITO EL QUE VIENE EN NOMBRE DEL SEÑOR!»

Con estas palabras del Evangelio queremos saludarle y agradecer a Dios, consuelo y fortaleza de los que sufren, su apreciada visita a los enfermos aquí congregados.

Ellos manifiestan el mundo del dolor, esa realidad múltiple y frecuentemente misteriosa del sufrimiento. Ellos son representantes de muchos otros hermanos que sufren a consecuencia de las enfermedades, de las carencias materiales y espirituales que hacen a menudo tan difícil la vida de los seres humanos. No olvidamos ahora a los que padecen privación de libertad, falta de vivienda, incomprensiones en la familia o en la sociedad.

Sabemos cuan cercano, en el afecto y en la comprensión, se encuentra Su Santidad de todas estas personas. Usted mismo, Santo Padre que, por designios indescifrables, a través de su vida, ha sido probado por los efectos de la violencia y la enfermedad.

Su ministerio apostólico, Santidad, lo ha llevado por los caminos del mundo como el buen samaritano de los tiempos modernos, aliviando pesares y alentando esperanzas.

La Providencia de Dios le ha traído hoy a este Santuario, que atrae una extendida y arraigada devoción de los cubanos. Con el corazón abierto a su bondad de Pastor Universal de la Iglesia, en nombre de los enfermos, las religiosas que sirven a esta institución, las autoridades y empleados de la salud, los devotos de San Lázaro, en nombre de todo nuestro pueblo, le doy la más entrañable bienvenida y todos quedamos pendientes de su palabra.



Palabras Del Santo Padre En El Santuario De «El Rincón»

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. En mi visita a esta noble tierra no podía faltar un encuentro con el mundo del dolor, porque Cristo está muy cerca de todos los que sufren. Los saludo con todo afecto, queridos enfermos acogidos en el cercano Hospital Doctor Guillermo Fernández Hernández-Baquero, que hoy llenan este Santuario de San Lázaro, el amigo del Señor. En Ustedes quiero saludar también a los demás enfermos de Cuba, a los ancianos que están solos, a cuantos padecen en su cuerpo o en su espíritu. Con mi palabra y afecto quiero llegar a todos siguiendo la exhortación del Señor: «*Estuve enfermo y me visitaron*» (Mt 25, 36). Los acompaña también el cariño del Papa, la solidaridad de la Iglesia, el calor fraterno de los hombres y mujeres de buena voluntad.

Saludo a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que trabajan en este Centro, y en ellas a las demás personas consagradas pertenecientes a diversos Institutos religiosos, que trabajan con amor en otros lugares de esta hermosa Isla para aliviar los sufrimientos de cada persona necesitada. La comunidad eclesial les está muy agradecida, pues contribuyen así a su misión desde su carisma particular, ya que «el Evangelio se hace operante mediante la caridad, que es gloria de la Iglesia y signo de su fidelidad al Señor» (Vita consecrate, 82).

Quiero saludar también a los médicos, enfermeros y personal auxiliar, que con competencia y dedicación utilizan los recursos de la ciencia para aliviar el sufrimiento y el dolor. La Iglesia estima su labor pues, animada por el espíritu de servicio y solidaridad con el prójimo, recuerda la obra de Jesús que curaba a los enfermos (cf. Mt 8,16). Conozco los grandes esfuerzos que se hacen en Cuba en el campo de la salud, a pesar de las limitaciones económicas que sufre el País.

2. Vengo como peregrino de la verdad y la esperanza a este Santuario de San Lázaro, como testigo, en la propia carne, del significado y el valor que tiene el sufrimiento cuando se acoge acercándose con confianza a Dios, «rico en misericordia». Este lugar es sagrado para los cubanos, porque aquí experimentan la gracia quienes se dirigen con fe a Cristo con la misma certeza de San Pablo: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*» (Flp 4,13). Aquí podemos repetir las palabras con las que Marta, hermana de Lázaro, expresó a Jesucristo su confianza, arrancándole así el milagro de la resurrección de su hermano: «*Sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá*» (Jn 11,22); y las palabras con las que le confesó a continuación: «*Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, el que tenía que venir al mundo*» (Jn 11,27)

3. Queridos hermanos, todo ser humano experimenta, de una forma u otra, el dolor y el sufrimiento en la propia vida y no puede dejar de interrogarse sobre su significado. El dolor es un misterio, muchas veces inescrutable para la razón. Forma parte del misterio de la persona humana, que sólo se esclarece en Jesucristo, que es quien revela al hombre su propia identidad. Sólo desde Él podremos encontrar el sentido a todo lo humano.

«El sufrimiento - como he escrito en la Carta Apostólica Salvifici doloris- no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior sino interior... Pero este proceso interior no se desarrolla siempre de igual manera ... Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que el mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta que llega mediante esta participación es... una llamada: «Sígueme», «Ven», toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz» (n. 26).

Este es el verdadero sentido y el valor del sufrimiento, de los dolores corporales, morales y espirituales. Esta es la Buena Noticia que les quiero comunicar. A la pregunta humana, el Señor responde con un llamado, con una vocación especial que, como tal, tiene su base en el amor. Cristo no llega hasta nosotros con explicaciones y razones para tranquilizarnos o para alienarnos. Más bien viene a decirnos: Vengan conmigo. Sígueme en el camino de la cruz. «*Todo el que quiera seguirme, niéguese a si mismo, cargue con su cruz y sígame*» (Lc 9, 23). Jesucristo ha tomado la delantera en el camino de la cruz; Él ha sufrido primero. No nos empuja al sufrimiento, sino que lo comparte con nosotros y quiere que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,10).





El sufrimiento se transforma cuando experimentamos en nosotros la cercanía y la solidaridad del Dios vivo: «Yo sé que mi redentor vive, y al fin... yo veré a Dios» (Jb 19, 25.26). Con esa certeza se adquiere la paz interior. De la alegría espiritual, sosegada y profunda que brota del «Evangelio del sufrimiento» se adquiere la conciencia de la grandeza y dignidad del hombre que sufre generosamente y ofrece su dolor «como hostia viva, consagrada y agradable a Dios» (Rm 12,1). Así, el que sufre ya no es una carga para los otros, sino que contribuye a la salvación de los demás con su sufrimiento.

El sufrimiento no es sólo de carácter físico, como puede ser la enfermedad. Existe también el sufrimiento del alma, como el que padecen los segregados, los perseguidos, los encarcelados por diversos delitos o por razones de conciencia, por ideas pacíficas aunque discordantes. Estos últimos sufren un aislamiento y una pena por la que su conciencia no los condena, mientras desean incorporarse a la vida activa en espacios donde puedan expresar y proponer sus opiniones con respeto y tolerancia. Aliento a promover esfuerzos en vista de la reinserción social de la población penitenciaria. Esto es un gesto de alta humanidad y es una semilla de reconciliación, que honra a la autoridad que la promueve y fortalece también la convivencia pacífica en el País. A todos los presos, y a sus familias que sufren la separación y anhelan su reencuentro, les mando mi cordial saludo, animándolos a no dejarse vencer por el pesimismo o el desaliento.

Queridos hermanos: los cubanos necesitan de la fuerza interior, de la paz profunda y de la alegría que brota del «Evangelio del sufrimiento». Ofrézcanlo de modo generoso para que Cuba «vea a Dios cara a cara», es decir, para que camine a la luz de su Rostro hacia el Reino eterno y universal y cada cubano, desde lo más profundo de su ser, pueda decir: «Yo sé que mi Redentor vive» (Jb19, 25). Ese Redentor no es otro que Jesucristo, Nuestro Señor.

4. La dimensión cristiana del sufrimiento no se reduce sólo a su significado profundo y a su carácter redentor. El dolor llama al amor, es decir, ha de generar solidaridad, entrega, generosidad en los que sufren y en los que se sienten llamados a acompañarlos y ayudarlos en sus penas. La parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29ss), que nos presenta el Evangelio de la solidaridad con el prójimo que sufre, «se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la cultura moral y de la civilización universalmente humana» (Salvifici doloris, 29). En efecto, en esta parábola Jesús nos enseña que el prójimo es todo aquel que encontramos en nuestro camino, herido y necesitado de socorro, al que se ha de ayudar en los males que le afligen, con los medios adecuados, haciéndose cargo de él hasta su completo restablecimiento. La familia, la escuela, las demás instituciones educativas, aunque sólo sea por motivos humanitarios, deben trabajar con perseverancia para despertar y afinar esa sensibilidad hacia el prójimo y su sufrimiento, de la que es símbolo la foguea del samaritano. La elocuencia de la parábola del Buen Samaritano, como también la de todo el Evangelio, es concretamente esta: el hombre debe sentirse llamado personalmente a testimoniar el amor en el sufrimiento. Las instituciones son muy importantes e indispensables; sin embargo, ninguna institución puede de suyo sustituir al corazón humano, la compasión humana, el amor humano, la iniciativa humana, cuando se trata de salir al encuentro del sufrimiento ajeno» (Ibíd. 29).

Esto se refiere a los sufrimientos físicos, pero vale todavía más si se trata de los múltiples sufrimientos morales y del alma. Por eso cuando sufre una persona en su alma, o cuando sufre el alma de una nación, ese dolor debe convocar a la solidaridad, a la justicia, a la construcción de la civilización de la verdad y del amor. Un signo elocuente de esa voluntad de amor ante el dolor y la muerte, ante la cárcel o la soledad, ante las divisiones familiares forzadas o la emigración que separa a las familias, debe ser que cada organismo social cada institución pública, así como todas las personas que tienen responsabilidades en este campo de la salud de la atención a los necesitados y de la reeducación de los presos, respete y haga respetar los derechos de enfermos, los marginados, los detenidos y sus familiares, en definitiva, los derechos de todo hombre que sufre. En este sentido, la Pastoral sanitaria y la penitenciaria deben encontrar los espacios necesarios para realizar su misión al servicio de los enfermos, de los presos y de sus familias.

La indiferencia ante el sufrimiento humano, la pasividad ante las causas que provocan las penas del mundo, los remedios coyunturales que no conducen a sanar en profundidad las heridas de las personas y de pueblos, son faltas graves de omisión, ante las cuales todo hombre de buena voluntad debe convertirse y escuchar el grito de los que sufren.

5. Amados hermanos y hermanas: en los momentos duros de nuestra vida personal, familiar o social, pala-



bras de Jesús nos ayudan en la prueba: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; sin embargo no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú» (Mt 26,39). El pobre que sufre encuentra en la fe la fuerza de Cristo que le dice por boca de Pablo: «Te basta mi gracia» (2Co 12, 9). No se pierde ningún sufrimiento, ningún dolor cae en saco roto: Dios los recibe todos, como acogió el sacrificio de su Hijo, Jesucristo.

Al pie de la Cruz, con los brazos abiertos y el corazón traspasado, está nuestra Madre, la Virgen María, Nuestra Señora de los Dolores y de la Esperanza, que nos recibe en su regazo maternal henchido de gracia, de piedad. Ella es camino seguro hacia Cristo, nuestra paz, nuestra vida, nuestra resurrección. María, Madre del que sufre, piedad del que muere, cálido consuelo para el desalentado: ¡mira a tus hijos cubanos que pasan por la dura prueba del dolor y muéstrales a Jesús, fruto bendito de tu vientre! Amén.



Mensaje Del Santo Padre En El Encuentro Ecuménico. Nunciatura Apostólica

1. En este señalado día, me es muy grato recibirlos a Ustedes, representantes del Consejo de Iglesias de Cuba y de diversas confesiones cristianas, acompañados de algunos exponentes de la comunidad judía, que participa en el mismo Consejo como observadora. Los saludo a todos con gran afecto y les aseguro la alegría que me produce este encuentro con quienes compartimos la fe en el Dios vivo y verdadero. El ambiente propicio nos hace decir desde el principio: «*Oh, qué bueno, que dulce habitar los hermanos todos juntos*» (Sal 132,1).

He venido a este País como mensajero de la esperanza y de la verdad, para dar aliento y confirmar en la fe a los Pastores y fieles de las diversas diócesis de esta Nación (cf. Lc 22,32), pero he deseado también que mi saludo llegara a todos los cubanos, como signo concreto del amor infinito de Dios para con todos los hombres. En esta visita a Cuba - como acostumbro a hacer en mis viajes apostólicos- no podía faltar este encuentro con Ustedes, para compartir los afanes por la restauración de la unidad entre todos los cristianos y estrechar la colaboración para el progreso integral del pueblo cubano teniendo en cuenta los valores espirituales y trascendentes de la fe. Esto es posible gracias a la común esperanza en las promesas de salvación que Dios nos ha hecho y manifestado en Cristo Jesús, Salvador del género humano.

2. Hoy, fiesta de la conversión de San Pablo, el Apóstol «*alcanzado por Cristo Jesús*» (Flp 3,12), que dedicó desde entonces sus energías a predicar el Evangelio a todas las naciones, termina la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que este año hemos celebrado bajo el lema «El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8, 26). Con esta iniciativa, que comenzó hace ya muchos años y que ha adquirido una creciente importancia, no sólo se pretende llamar la atención de todos los cristianos sobre el valor del movimiento ecuménico, sino también subrayar de manera práctica e inequívoca los pilares sobre los que han de fundarse todas sus actividades.

Esta circunstancia me ofrece la oportunidad de reafirmar, en esta tierra sellada por la fe cristiana, el irrevocable compromiso de la Iglesia de no cejar en su aspiración a la plena unidad de los discípulos de Cristo, repitiendo constantemente con Él: «*Padre: que todos sean uno*» (Jn 17,21), y obedeciendo así a su voluntad. Esto no debe faltar en ningún rincón de la Iglesia, cualquiera que sea la situación sociológica en la que se encuentre. Es verdad que cada nación cuenta con su propia cultura e historia religiosa y que las actividades ecuménicas tienen, por eso, en los diversos lugares, características distintas y peculiares, pero por encima de todo es muy importante que las relaciones entre todos los que comparten su fe en Dios sean siempre fraternal. Ninguna contingencia histórica, ni condicionamiento ideológico o cultural deberían entorpecer esas relaciones, cuyo centro y fin ha de ser únicamente el servicio a la unidad querida por Jesucristo.

Somos conscientes de que el retorno a una comunión plena existe amor, valentía y esperanza, las cuales surgen de la oración perseverante, que es la fuente de todo compromiso verdaderamente inspirado por el Señor. Por medio de la oración se favorece la purificación de los corazones y la conversión interior, necesarias para reconocer la acción del Espíritu Santo como guía de las personas, de la Iglesia y de la historia, a la vez que se fomenta la concordia que transforma nuestras voluntades y las hace difíciles a sus inspiraciones. De este modo se cultiva también una fe cada vez más viva. Es el Espíritu quien ha guiado el movimiento ecuménico y al mismo Espíritu han de atribuirse los notables progresos alcanzados, superando aquellos tiempos en que las relaciones entre las comunidades estaban marcadas por una indiferencia mutua, que en algunos lugares derivaba incluso en abierta hostilidad.

3. La intensa dedicación a la causa de la unidad de todos los cristianos es uno de los signos de esperanza presentes en este final de siglo (cf. Tertio millennio adveniente, 46). Ello es aplicable también a los cristianos de Cuba, llamados no sólo a proseguir el diálogo con espíritu de respeto, sino a colaborar de mutuo acuerdo en proyectos comunes que ayuden a toda la población a progresar en la paz y crecer en los valores esenciales del Evangelio, que dignifican la persona humana y hacen más justa y solidaria la convivencia. Todos estamos llamados a mantener un cotidiano diálogo de la caridad que fructificará en el diálogo de la verdad, ofreciendo a la sociedad cubana la imagen auténtica de Cristo, y favoreciendo el conocimiento de su misión redentora por la salvación de todos los hombres.

4. Quiero dirigir también un saludo particular a la Comunidad judía aquí representada. Su presencia es prueba



elocuente del diálogo fraterno orientado a un mejor conocimiento entre judíos y cristianos, que por parte de los católicos ha sido promovido por el Concilio Vaticano II y continúa difundándose cada vez más. Con Ustedes compartimos un patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las Sagradas Escrituras. Que Dios, Creador y Salvador, sostenga los esfuerzos que se emprenden para caminar juntos. Que alentados por la Palabra divina progreseemos en el culto y en el amor ferviente a Él, y que ello se prolongue en una acción eficaz en favor de cada hombre.

5. Para concluir, quiero agradecerles su presencia en este encuentro, a la vez que pido a Dios que bendiga a cada uno de Ustedes y a sus Comunidades; que los guarde en sus caminos para anunciar su Nombre a los hermanos; les haga ver su rostro en medio de la sociedad a la cual sirven y les conceda la paz en todas sus actividades.

La Habana, 25 de enero de 1998, Fiesta de la Conversión de San Pablo.

Ioannes Paulus II



Palabras De Bienvenida De S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino Al Santo Padre En La Misa De La Ciudad De La Habana

Querido Santo Padre:

De nuevo el pueblo de La Habana y de las provincia vecinas, como lo hiciera hace pocos días la darle su bienvenida a Cuba, se congrega en torno al Sucesor de Pedro. En esta ocasión para participar en una Eucaristía de Domingo que será inolvidable, porque está hoy con nosotros y preside la celebración quien hace presente a Cristo el Buen Pastor ante la Iglesia Universal: el Papa Juan Pablo II. Es grande el privilegio de acoger la Palabra de Dios que su Santidad ha venido a anunciar a los pobres , a los que sufren, trayendo a los corazones angustiados la liberación que sólo Cristo puede ofrecer.

Es conmovedor que aquí, en esta plaza, testigo excepcional de nuestra historia más reciente, sea elevado en sus manos, entre cielo y tierra, ofrecido por nuestra nación y por cada uno de quienes la integran, el Cristo de la Cruz , con su cuerpo entregado por nosotros y su sangre derramada por nosotros y por la multitud. Es la misma Misa de todos los días, es en verdad el día el que es excepcional.

Desde ahora sentimos que será imposible a los que estamos aquí no amarnos como hermanos, no perdonar nuestras ofensas recíprocas, no olvidar agravios, no abrimos a la verdad dicha con sinceridad, no poner por obra todo lo justo, bueno y noble que pueda traer la reconciliación entre todos los cubanos y la paz y la felicidad a nuestro pueblo.

Beatísimo Padre, esta es la disponibilidad de nuestros corazones para acoger el mensaje que su Santidad nos trae. Tenga la seguridad que es este el sentir del Obispo de esta Arquidiócesis, de los Obispos auxiliares, de las personas consagradas a Dios en el Sacerdocio y en la vida religiosa, de los diáconos, del pueblo fiel y estoy seguro que de cuantos se han congregado hoy aquí, pues todos saben que su largo viaje hasta Cuba, su presencia entre nosotros, su vitalidad incansable en estos días, son fruto de ese amor a los cubanos, que lleva Su Santidad en su corazón de Padre y Pastor. Y nadie acude a una cita dictada por el amor con ningún otro sentimiento que no sea al menos, el de la benevolencia y de la docilidad. Nuestros corazones están dispuestos, nuestros sentidos atentos.

Enséñanos, Padre, el camino de la Verdad, descúbrenos nuestros errores, aviva nuestra fe, alienta la esperanza de este pueblo de la Arquidiócesis de la Habana y de su Diócesis sufragáneas de Pinar del Río y Matanzas.

Como en la lectura Evangélica de este día, todos los ojos están fijos en ti, pero son los ojos del alma los que aguardan ver la Salvación de Dios que hoy le será anunciada por el Obispo de Roma que visita esta porción de la Iglesia que vive en Cuba, como mensajero de verdad y de esperanza. Recibe, querido Padre y Pastor, el homenaje del amor filial de este pueblo que tanto te ha esperado y te acoge con devoción.



Homilía Del Santo Padre En La Misa Celebrada En La Plaza «José Martí De Ciudad De La Habana

1. «Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: *No hagan duelo ni lloren*» (Nu, 8,9). Con gran gozo presido la Santa Misa en esta Plaza de «José Martí», en el domingo. día del Señor, que debe ser dedicado al descanso, a la oración y a la convivencia familiar. La Palabra de Dios nos convoca para crecer en la fe y celebrar la presencia del Resucitado en medio de nosotros, que «hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1Co 2,13), el Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. Jesucristo une a todos los bautizados. De Él fluye el amor fraterno tanto entre los católicos cubanos como entre los que viven en cualquier otra parte, porque son «Cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro» (ICo 12, 27). La Iglesia en Cuba, pues, no está sola ni aislada, sino que forma parte de la Iglesia universal extendida por el mundo entero.

2. Saludo con afecto al Cardenal Jaime Ortega, Pastor de esta Arquidiócesis, y le agradezco las amables palabras con las que, al inicio de esta celebración, me ha presentado las realidades y las aspiraciones que marcan la vida de esta comunidad eclesial. Saludo asimismo a los Señores Cardenales aquí presentes, venidos desde distintos lugares, así como a todos mis hermanos Obispos de Cuba y de otros Países que han querido participar en esta solemne celebración. Saludo cordialmente a los sacerdotes, religiosos y religiosas, y a los fieles reunidos en tan gran número. A cada uno le aseguro mi afecto y cercanía en el Señor.

Agradezco también la presencia de las autoridades civiles que han querido estar hoy aquí y les quedo reconocido por la cooperación prestada.

3. «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio*» (Lc 4,18). Todo ministro de Dios tiene que hacer suyas en su vida estas palabras que pronunció Jesús en Nazaret. Por eso, al estar entre Ustedes quiero darles la buena noticia de la esperanza en Dios. Como servidor del Evangelio les traigo este mensaje de amor y solidaridad que Jesucristo, con su venida, ofrece a los hombres de todos los tiempos. No se trata en absoluto de una ideología ni de un sistema económico o político nuevo, sino de un camino de paz, justicia y libertad verdaderas.

4. Los sistemas ideológicos y económicos que se han ido sucediendo en los dos últimos siglos con frecuencia han potenciado el enfrentamiento como método, ya que contenían en sus programas los gérmenes de la oposición y de la desunión. Esto condicionó profundamente su concepción del hombre y sus relaciones con los demás. Algunos de esos sistemas han pretendido también reducir la religión a la esfera meramente individual, despojándola de todo influjo o relevancia social. En este sentido, cabe recordar que un Estado moderno no puede hacer del ateísmo o de la religión uno de sus ordenamientos políticos. El Estado, lejos de todo fanatismo o secularismo extremo, debe promover un sereno clima social y una legislación adecuada que permita a cada persona y a cada confesión religiosa vivir libremente su fe, expresarla en los ámbitos de la vida pública y contar con los medios y espacios suficientes para aportar a la vida nacional sus riquezas espirituales, morales y cívicas.

Por otro lado, resurge en varios lugares una forma de neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insostenibles. Así, en ocasiones, se imponen a las naciones, como condiciones para recibir nuevas ayudas, programas económicos insostenibles. De este modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos POCOS a costa del empobrecimiento creciente de muchos, de forma que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

5. Queridos hermanos: la Iglesia es maestra en humanidad. Por eso, frente a estos sistemas, presenta la cultura del amor y de la vida, devolviendo a la humanidad la esperanza en el poder transformador del amor vivido en la unidad querida por Cristo. Para ello hay que recorrer un camino de reconciliación, de diálogo y de acogida fraterna del prójimo, de todo prójimo.

La Iglesia, al llevar a cabo su misión, propone al mundo una justicia nueva, la justicia del Reino de Dios (cf. Mt 6, 33). En diversas ocasiones me he referido a los temas sociales. Es preciso continuar hablando de ello



mientras en el mundo haya una injusticia, por pequeña que sea, pues de lo contrario la Iglesia no sería fiel a la misión confiada por Jesucristo. Está en juego el hombre, la persona concreta. Aunque los tiempos y las circunstancias cambien, siempre hay quienes necesitan de la voz de la Iglesia para que sean reconocidas sus angustias, sus dolores y sus miserias. Los que se encuentren en estas circunstancias pueden estar seguros de que no quedarán defraudados, pues la Iglesia está con ellos y el Papa abraza con el corazón y con su palabra de aliento a todo aquel que sufre la injusticia.

Las enseñanzas de Jesús conservan íntegro su vigor a las puertas del año 2000. Son válidas para todos Ustedes, mis queridos hermanos. En la búsqueda de la justicia del Reino no podemos detenernos ante dificultades e incomprensiones. Si la invitación del Maestro a la justicia, al servicio y al amor es acogida como Buena Nueva, entonces el corazón se ensancha, se transforman los criterios y nace la cultura del amor y de la vida. Este es el gran cambio que la sociedad necesita y espera, y sólo podrá alcanzarse si primero no se produce la conversión del corazón de cada uno, como condición para los necesarios cambios en las estructuras de la sociedad.

6. «El Espíritu del Señor me ha enviado para anunciar a los cautivos la libertad... para dar libertad a los oprimidos» (Lc.4, 18). La buena noticia de Jesús va acompañada de un anuncio de libertad, apoyada sobre el sólido fundamento de la verdad: «Si se mantienen en mi Palabra, serán verdaderamente mis discípulos, y conocerán la verdad y la verdad los hará libres» (Jn. 8, 31-32). La verdad a la que se refiere Jesús no es sólo la comprensión intelectual de la realidad, sino la verdad sobre el hombre y su condición trascendente, sobre sus derechos y deberes, sobre su grandeza y sus límites. Es la misma verdad que Jesús proclamó con su vida, reafirmó ante Pilato y, con su silencio, ante Herodes; es la misma que lo llevó a la cruz salvadora y a su resurrección gloriosa.

La libertad que no se funda en la verdad condiciona de tal forma al hombre que algunas veces lo hace objeto y no sujeto de su entorno social, cultural, económico y político, dejándolo casi sin ninguna iniciativa para su desarrollo personal. Otras veces esa libertad es de talante individualista y, al no tener en cuenta la libertad de los demás, encierra al hombre en su egoísmo. La conquista de la libertad en la responsabilidad es una tarea imprescindible para toda persona. Para los cristianos, la libertad de los hijos de Dios no es solamente un don y una tarea, sino que alcanzarla supone un inapreciable testimonio y un genuino aporte en el camino de la liberación de todo el género humano. Esta liberación no se reduce a los aspectos sociales y políticos, sino que encuentra su plenitud en el ejercicio de la libertad de conciencia, base y fundamento de los otros derechos humanos.

Para muchos de los sistemas políticos y económicos hoy vigentes el mayor desafío sigue siendo el conjugación libertad y justicia social, libertad y solidaridad, sin que ninguna quede relegada a un plano inferior. En este sentido, la Doctrina Social de la Iglesia es un esfuerzo de reflexión y propuesta que trata de iluminar y conciliar las relaciones entre los derechos inalienables de cada hombre y las exigencias sociales, de modo que la persona alcance sus aspiraciones más profundas y su realización integral, según su condición de hijo de Dios y de ciudadano. Por lo cual, el laicado católico debe contribuir a esta realización mediante la aplicación de las enseñanzas sociales de la Iglesia en los diversos ambientes, abiertos a todos los hombres de buena voluntad.

7. En el evangelio proclamado hoy aparece la justicia íntimamente ligada a la verdad. Así se ve también en el pensamiento lúcido de los padres de la Patria. El Siervo de Dios Padre Félix Varela, animado por su fe cristiana y su fidelidad al ministerio sacerdotal, sembró en el corazón del pueblo cubano las semillas de la justicia y la libertad que él soñaba ver florecer en una Cuba libre e independiente.

La doctrina de José Martí sobre el amor entre todos los hombres tiene raíces hondamente evangélicas, superando así el falso conflicto entre la fe en Dios y el amor y servicio a la Patria. Escribe este prócer: «Pura, desinteresada, perseguida, martirizada, poética y sencilla, la religión del Nazareno sedujo a todos los hombres honrados... Todo pueblo necesita ser religioso. No sólo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo... Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud. Las injusticias humanas disgustan de ella; es necesario que la justicia celeste la garantice».

Como saben, Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal. Llamada a vencer el aislamiento, ha de abrirse al mundo y el mundo debe acercarse a Cuba, a su pueblo, a sus hijos, que



son sin duda su mayor riqueza. ¡Esta es la hora de emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos de renovación que vivimos, al acercarse el Tercer milenio de la era cristiana!

8. Queridos hermanos: Dios ha bendecidos a este pueblo con verdaderos formadores de la conciencia nacional, claros y firmes exponentes de la fe cristiana, como el más valioso sostén de la virtud y del amor. Hoy los Obispos, con los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, se esfuerzan en tender puentes para acercar las mentes y los corazones, propiciando y consolidando la paz, preparando la civilización del amor y de la Justicia. Estoy en medio de Ustedes como mensajero de la verdad y la esperanza. Por eso quiero repetir mi llamado a dejarse iluminar por Jesucristo, a aceptar sin reservas el esplendor de su verdad, para que todos puedan emprender el camino de la unidad por medio del amor y la solidaridad, evitando la exclusión, el aislamiento y el enfrentamiento, que son contrarios a la voluntad del Dios- Amor.

Que el Espíritu Santo ilumine con sus dones a quienes tienen diversas responsabilidades sobre este pueblo, que llevo en el corazón. Y que la Virgen de la Caridad del Cobre, Reina de Cuba, obtenga para sus hijos los dones de la paz, del progreso y de la felicidad.



Angelus Domini

Queridos hermanos y hermanas:

1. Después de haber celebrado la Santa Misa en esta plaza, testigo de los grandes acontecimientos de la historia cubana y de la vida cotidiana de las gentes de esta hermosa ciudad de La Habana, que ha merecido el nombre de Llave del Nuevo Mundo, dirijo a todos mi más cordial y afectuoso saludo, cuando nos disponemos a rezar el Angelus, la plegaria en honor de Nuestra Señora.

2. Hoy se concluye la Semana de oración por la unidad de los cristianos. El deseo de alcanzar la plena comunión entre todos los creyentes en Cristo acompaña constantemente el camino de la Iglesia y se hace aún más urgente en este año dedicado al Espíritu Santo como preparación al Gran Jubileo del 2000. La concordia y la unidad, objeto de la esperanza de la Iglesia y también de la humanidad, están aun lejanas; sin embargo, constituyen un don del Espíritu Santo que hay que pedir incansablemente.

3. La Virgen de la Caridad del Cobre, Madre y Reina de Cuba, acompaña a cada uno de sus hijos de esta tierra con su presencia materna. A Ella que ha visitado a todas las diócesis y parroquias, le confío los anhelos y esperanzas de este noble pueblo. Que anime y proteja la labor de la nueva evangelización en esta Isla, pare que los cristianos vivan su fe con coherencia y fervor, y la recobren quienes la han perdido.

¡ Virgen María, Madre de los hombres y de los pueblos! al regresar a Roma, junto al sepulcro de san Pedro, te encomiendo de nuevo a tus hijos e hijas de Cuba! ¡Marcho confiado sabiendo que quedan en tus regazo maternal! Con el mismo amor y solicitud con que visitaste a santa Isabel (cf. Mt 1,39-41), te pido que les muestres a «Jesús, fruto bendito de tu vientre». Míralos constantemente con tus ojos misericordiosos y, por tu intercesión ante el divino Redentor, cúralos de sus sufrimientos, líbralos de todo mal y llénalos de tu amor.



Encuentro Con Los Miembros De La Conferencia De Obispos Católicos De Cuba En El Arzobispado De La Habana

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Siento una gran alegría al poder estar con Ustedes, Obispos de la Iglesia Católica en Cuba, en estos momentos de serena reflexión y encuentro fraterno, compartiendo los gozos y esperanzas, los anhelos y aspiraciones de esta porción del Pueblo de Dios que peregrina en estas tierras. He podido visitar cuatro de las diócesis del País, aunque de corazón he estado en todas ellas. En estos días he comprobado la vitalidad de las comunidades eclesiales, su capacidad de convocatoria, fruto también de la credibilidad que ha alcanzado la Iglesia con su testimonio perseverante y su palabra oportuna. Las limitaciones de años pasados la empobrecieron en medios y agentes de pastoral, pero esas mismas pruebas la han enriquecido, impulsándola a la creatividad y al sacrificio en el desempeño de su servicio.

Doy gracias a Dios porque la cruz ha sido fecunda en esta tierra, pues de la Cruz de Cristo brota la esperanza que no defrauda, sino que da fruto abundante. Durante mucho tiempo la fe en Cuba ha estado sometida a diversas pruebas, que han sido sobrellevadas con ánimo firme y solícita caridad, sabiendo que con esfuerzo y entrega se recorre el camino de la cruz, siguiendo las huellas de Cristo, que nunca olvida a su pueblo. En esta hora de la historia nos alegramos, no porque la cosecha esté concluida, sino porque, alzando los ojos, podemos contemplar los frutos de evangelización que crecen en Cuba.

2. Hace poco más de cinco siglos la Cruz de Cristo fue plantada en estas bellas y féculas tierras, de modo que su luz, que brilla en medio de las tinieblas, hizo posible que la fe católica y apostólica arraigara en ellas. En efecto, esta fe forma realmente parte de la identidad y cultura cubanas. Ello impulsa a muchos ciudadanos a reconocer a la Iglesia como a su Madre, la cual, desde su misión espiritual y mediante el mensaje evangélico y su doctrina social, promueve el desarrollo integral de las personas y la convivencia humana, basada en los principios éticos y en los auténticos valores morales. Las circunstancias para la acción de la Iglesia han ido cambiando progresivamente, y esto inspira esperanza creciente para el futuro. Hay, sin embargo, algunas concepciones reduccionistas, que intentan situar a la Iglesia católica al mismo nivel de ciertas manifestaciones culturales de religiosidad, al modo de los cultos sincretistas que, aunque merecedores de respeto, no pueden ser considerados como una religión propiamente dicha sino como un conjunto de tradiciones y creencias.

Muchas son las expectativas y grande es la confianza que el pueblo cubano ha depositado en la Iglesia, como he podido comprobar durante estos días. Es verdad que algunas de estas expectativas sobrepasan la misión misma de la Iglesia, pero es también cierto que todas deben ser escuchadas, en la medida de lo posible, por la comunidad eclesial. Ustedes, queridos Hermanos, permaneciendo al lado de todos, son testigos privilegiados de esa esperanza del pueblo, muchos de cuyos miembros creen verdaderamente en Cristo, Hijo de Dios, y creen en su Iglesia, que ha permanecido fiel aun en medio de no pocas dificultades.

3. Como Pastores sé cuánto les preocupa que la Iglesia en Cuba se vea cada vez más desbordada y apremiada por quienes, en número creciente, solicitan sus más variados servicios. Sé que Ustedes no pueden dejar de responder a esos apremios ni dejar de buscar los medios que les permitan hacerlo con eficacia y solícita caridad. Ello no los mueve a exigir para la Iglesia una posición hegemónica o excluyente, sino a reclamar el lugar que por derecho le corresponde en el entramado social donde se desarrolla la vida del pueblo, contando con los espacios necesarios y suficientes para servir a sus hermanos. Busquen estos espacios de forma insistente, no con el fin de alcanzar un poder - lo cual es ajeno a su misión -, sino para acrecentar su capacidad de servicio. Y en este empeño, con espíritu ecuménico, procurar la sana cooperación de las demás confesiones cristianas, y mantengan, tratando de incrementar su extensión y profundidad, un diálogo franco con las instituciones del Estado y las organizaciones autónomas de la sociedad civil.

La Iglesia recibió de su divino Fundador la misión de conducir a los hombres a dar culto al Dios vivo y verdadero, cantando sus alabanzas y proclamando sus maravillas, confesando que hay *“un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos”* (Ef 4,5). Pero el sacrificio agradable a Dios es - cómo dice el profeta Isaías - *“abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar*





libres a los oprimidos... partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo... Entonces nacerá una luz como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente; delante de ti te abrirá camino la justicia y detrás irá la gloria de Dios" (58, 7-8). En efecto, la misión cultural, profética y caritativa de la Iglesia están estrechamente unidas, pues la palabra profética en defensa del oprimido y el servicio caritativo dan autenticidad y coherencia al culto.

El respeto de la libertad religiosa debe garantizar los espacios, obras y medios para llevar a cabo estas tres dimensiones de la misión de la Iglesia, de modo que, además del culto, la Iglesia pueda dedicarse al anuncio del Evangelio, a la defensa de la justicia y de la paz, al mismo tiempo que promueve el desarrollo integral de las personas. Ninguna de estas dimensiones debe verse restringida, pues ninguna es excluyente de las demás ni debe ser privilegiada a costa de las otras.

Cuando la Iglesia reclama la libertad religiosa no solicita una dádiva, un privilegio, una licencia que dependa de situaciones contingentes, de estrategias políticas o de la voluntad de las autoridades, sino que está pidiendo el reconocimiento efectivo de un derecho inalienable. Este derecho no puede estar condicionado por el comportamiento de Pastores y fieles, ni por la renuncia al ejercicio de alguna de las dimensiones de su misión, ni menos aún, por razones ideológicas o económicas: no se trata sólo de un derecho de la Iglesia como institución, se trata además de un derecho de cada persona y de cada pueblo. Todos los hombres y todos los pueblos se verán enriquecidos en su dimensión espiritual en la medida en que la libertad religiosa sea reconocida y practicada.

Además, como ya tuve ocasión de afirmar: "La libertad religiosa es un factor importante para reforzar la cohesión moral de un pueblo. La sociedad civil puede contar con los creyentes que, por sus profundas convicciones, no sólo no se dejarán dominar fácilmente por ideologías o corrientes totalizadoras, sino que se esforzarán por actuar de acuerdo con sus aspiraciones hacia todo lo que es verdadero y justo" (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1988, 3).

4. Por eso, queridos Hermanos, pongan todo su empeño en promover cuanto pueda favorecer la dignidad y el progresivo perfeccionamiento del ser humano, que es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión (cf. Redemptor hominis, 14). Ustedes, queridos Obispos de Cuba, han predicado la verdad sobre el hombre, que pertenece al núcleo fundamental de la fe cristiana y está indisolublemente unida a la verdad sobre Cristo y sobre la Iglesia. De muchas maneras han sabido dar un testimonio coherente de Cristo. Cada vez que han sostenido que la dignidad del hombre está por encima de toda estructura social, económica o política, han anunciado una verdad moral que eleva al hombre y lo conduce, por los inescrutables caminos de Dios, al encuentro con Jesucristo Salvador. Es al hombre a quien debemos servir con libertad en nombre de Cristo, sin que este servicio se vea obstaculizado por las coyunturas históricas o incluso, en ciertas ocasiones, por la arbitrariedad o el desorden.

Cuando se invierte la escala de valores y la política, la economía y toda la acción social, en vez de ponerse al servicio de la persona, la consideran como un medio en lugar de respetarla como centro y fin de todo quehacer, se causa un daño en su existencia y en su dimensión trascendente. El ser humano pasa a ser entonces un simple consumidor, con un sentido de la libertad muy individualista y reductivo, o un simple productor con muy poco espacio para sus libertades civiles y políticas. Ninguno de estos modelos socio-políticos favorece un clima de apertura a la trascendencia de la persona que busca libremente a Dios.

Los animo, pues, a continuar en su servicio de defensa y promoción de la dignidad humana, predicando con perseverante empeño que "realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación" (Gaudium et spes, 22). Esto forma parte de la misión de la Iglesia, que "no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza" (Redemptor hominis, 14).

5. Conozco bien su sensibilidad de Pastores, que los impulse a afrontar con caridad pastoral las situaciones en las que se ve amenazada la vida humana y su dignidad. Luchen siempre por crear entre sus fieles y en todo el pueblo cubano el aprecio por la vida desde el seno materno, que excluye siempre el



recurso al aborto, acto criminal. Trabajen por la promoción y defensa de la familia, proclamando la santidad e indisolubilidad del matrimonio cristiano frente a los males del divorcio y la separación, que son fuente de tantos sufrimientos. Sostengan con caridad pastoral a los jóvenes, que anhelan mejores condiciones para desarrollar su proyecto de vida personal y social basado en los auténticos valores. A este sector de la población hay que cuidarlo con esmero, facilitándole una adecuada formación catequética, moral y cívica que complete en los jóvenes el necesario “suplemento del alma” que les permita remediar la pérdida de valores y de sentido en sus vidas con una sólida educación humana y cristiana.

Con los sacerdotes - sus primeros y predilectos colaboradores - y los religiosos y religiosas que trabajan en Cuba, sigan desarrollando la misión de llevar la Buena Nueva de Jesucristo a los que experimentan sed de amor, de verdad y de justicia. A los seminaristas acójalos con confianza, ayudándolos a adquirir una sólida formación intelectual, humana y espiritual, que les permita configurarse con Cristo, Buen Pastor, y a amar a la Iglesia y al pueblo, al que deberán servir como ministros con generosidad y entusiasmo el día de mañana; que sean ellos los primeros en beneficiarse de este espíritu misionero.

Animen a los fieles laicos a vivir su vocación con valentía y perseverancia, estando presentes en todos los sectores de la vida social, dando testimonio de la verdad sobre Cristo y sobre el hombre; buscando, en unión con las demás personas de buena voluntad, soluciones a los diversos problemas morales, sociales, políticos, económicos, culturales y espirituales que debe afrontar la sociedad; participando con eficacia y humildad en los esfuerzos para superar las situaciones a veces críticas que conciernen a todos, a fin de que la Nación alcance condiciones de vida cada vez más humanas. Los fieles católicos, al igual que los demás ciudadanos, tienen el deber y el derecho de contribuir al progreso del País. El diálogo cívico y la participación responsable pueden abrir nuevos cauces a la acción del laicado y es de desear que los laicos comprometidos continúen preparándose con el estudio y la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia para iluminar con ella todos los ambientes.

Sé que su atención pastoral no ha descuidado a quienes, por diversas circunstancias, han salido de la Patria pero se sienten hijos de Cuba. En la medida en que se consideran cubanos, estos deben colaborar también, con serenidad y espíritu constructivo y respetuoso, al progreso de la Nación, evitando confrontaciones inútiles y fomentando un clima de positivo diálogo y recíproco entendimiento. Ayúdenles, desde la predicación de los altos valores del espíritu, con la colaboración de otros Episcopados, a ser promotores de paz y concordia, de reconciliación y esperanza, a hacer efectiva la solidaridad generosa con sus hermanos cubanos más necesitados, demostrando también así una profunda vinculación con su tierra de origen.

Espero que en su acción pastoral los Obispos Católicos de Cuba lleguen a alcanzar un acceso progresivo a los medios modernos adecuados para llevar a cabo su misión evangelizadora y educadora. Un estado laico no debe temer, sino más bien apreciar, el aporte moral y formativo de la Iglesia. En este contexto es normal que la Iglesia tenga acceso a los medios de comunicación social: radio, prensa y televisión, y que pueda contar con sus propios recursos en estos campos para realizar el anuncio del Dios vivo y verdadero a todos los hombres. En esta labor evangelizadora deben ser consolidadas y enriquecidas las publicaciones católicas que puedan servir más eficazmente al anuncio de la verdad, no sólo a los hijos de la Iglesia sino también a todo el pueblo cubano.

6. Mi visita pastoral tiene lugar en un momento muy especial para la vida de toda la Iglesia, como es la preparación al Gran Jubileo del Año 2000. Como Pastores de esta porción del Pueblo de Dios que peregrina en Cuba, Ustedes participan de este espíritu y mediante el Plan de Pastoral Global alientan a todas las comunidades a vivir “la nueva primavera de vida cristiana que deberá manifestar el Gran Jubileo, si los cristianos son dóciles a la acción del Espíritu Santo” (Tertio millennio adveniente, 18). Que este mismo Plan dé continuidad a los contenidos de mi visita y a la experiencia de Iglesia encarnada, participativa y profética que quiere ponerse al servicio de la promoción integral del hombre cubano. Esto requiere una adecuada formación que - cómo Ustedes han asegurado - “restaure al hombre como persona en sus valores humanos, éticos, cívicos y religiosos y lo capacite para realizar su misión en la Iglesia y en la sociedad” (II ENEC, Memoria, p. 38), para lo cual es necesaria “la creación y renovación de las diócesis, parroquias y pequeñas comunidades que propicien la participación y corresponsabilidad y vivan, en la solidaridad y el servicio, su misión evangelizadora” (Ibíd.).



7. Queridos Hermanos, al final de estas reflexiones quiero asegurarles que regreso a Roma con mucha esperanza en el futuro, viendo la vitalidad de esta Iglesia local. Soy consciente de la magnitud de los desafíos que tienen por delante, pero también del buen espíritu que les anima y de su capacidad para afrontarlos. Confiado en ello, les aliento a seguir siendo “*ministros de la reconciliación*” (2Co 5, 18), para que el pueblo que les ha sido encomendado, superando las dificultades del pasado, avance por los caminos de la reconciliación entre todos los cubanos sin excepción. Ustedes saben bien que el perdón no es incompatible con la justicia y que el futuro del País se debe construir en la paz, que es fruto de la misma justicia y del perdón ofrecido y recibido.

Prosigan como “mensajeros que anuncian la paz” (Is 52,7) para que se consolide una convivencia justa y digna, en la que todos encuentren un clima de tolerancia y respeto recíproco. Como colaboradores del Señor, Ustedes son el campo de Dios, la edificación de Dios (cf. ICo 3,9) para que los fieles encuentren en Ustedes auténticos maestros de la verdad y guías solícitos de su pueblo, empeñados en alcanzar su bien material, moral y espiritual, teniendo en cuenta la exhortación del Apóstol San Pablo: “*¡Mire cada cual como construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo*” (ICo 3, 10-11).

Con la mirada fija, pues, en nuestro Salvador, que “*es el mismo ayer, hoy y siempre*” (Hb 13, 8), y poniendo todos los anhelos y esperanzas en la Madre de Cristo y de la Iglesia, aquí venerada con el dulcísimo título de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, como prueba de afecto y signo de la gracia que les acompaña en su ministerio, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

La Habana, 25 de enero de 1998.

Ioannes Paulus II



Encuentro Con El Clero, Religiosos, Religiosas, Seminaristas Y Laicos En La Catedral De La Habana

Amados Hermanos en el Episcopado y en el sacerdocio, amadísimos religiosos y religiosas, seminaristas y fieles:

1. Cuando faltan pocas horas para concluir esta Visita pastoral, me llena de alegría tener este encuentro con todos Ustedes, que representan a quienes, con gozo y esperanza, con cruces y sacrificios, tienen la apasionante tarea de la evangelización en esta tierra, caracterizada por una historia tan singular.

Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana, haciéndose portavoz de los sentimientos de afecto y estima que nutren Ustedes hacia el Sucesor del Apóstol Pedro, y quiero corresponder a ello renovándoles mi gran aprecio en el Señor, que extendiendo a todos los hijos e hijas de esta Isla.

2. Nos congregamos en esta Catedral Metropolitana, dedicada a la Inmaculada Concepción, en el día en que la liturgia celebra la Conversión de San Pablo, quien, camino de Damasco, recibió la visita del Señor Resucitado y se convirtió de perseguidor de los cristianos en intrépido e infatigable apóstol de Jesucristo. Su ejemplo luminoso y sus enseñanzas deben servirles como guía para afrontar y vencer cada día los múltiples obstáculos en el desempeño de su misión, a fin de que no se debiliten las energías ni el entusiasmo por la extensión del Reino de Dios.

En la historia nacional son numerosos los pastores que, desde la inquebrantable fidelidad a Cristo y a su Iglesia, han acompañado al pueblo en todas las vicisitudes. El testimonio de su entrega generosa, sus palabras en el anuncio del Evangelio y la defensa de la dignidad y los derechos inalienables de las personas, así como la promoción del bien integral de la Nación, son un precioso patrimonio espiritual digno de ser conservado y enriquecido. Entre ellos, me he referido en estos días al Siervo de Dios Padre Félix Varela, fiel a su sacerdocio y activo promotor del bien común de todo el pueblo cubano. Recuerdo también al Siervo de Dios José Olallo, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, testigo de la misericordia, cuya vida ejemplar en el servicio a los más necesitados es un fecundo ejemplo de vida consagrada al Señor. Esperamos que sus procesos de canonización se concluyan pronto y puedan ser invocados por los fieles. Otros muchos cubanos, hombres y mujeres, han dado asimismo muestras de fe, de perseverancia en su misión, de consagración a la causa del Evangelio desde su condición sacerdotal, religiosa o laical.

3. Queridos sacerdotes: el Señor bendice abundantemente su entrega diaria al servicio de la Iglesia y del pueblo, incluso cuando surgen obstáculos y sinsabores. Por eso aprecio y agradezco su correspondencia a la gracia divina, que les llamó a ser pescadores de hombres (cf. Mc 1,17), sin dejarse vencer por el cansancio o el desánimo producidos por el vasto campo de trabajo apostólico, debido al reducido número de sacerdotes y a las muchas necesidades pastorales de los fieles que abren su corazón al Evangelio, como se ha visto en la reciente misión preparatoria de mi Visita.

No pierdan la esperanza ante la falta de medios materiales para la misión, ni por la escasez de recursos, que hace sufrir a gran parte de este pueblo. Prosigan acogiendo la invitación del Señor a trabajar por el Reino de Dios y su justicia, que lo demás vendrá por añadidura (cf. Lc 12, 31). En cuanto depende de Ustedes, en estrecha unión con sus Obispos y como expresión de la viva comunión eclesial que ha caracterizado a esta Iglesia, continúen iluminando las conciencias en el desarrollo de los valores humanos, éticos y religiosos, cuya ausencia afecta a amplios sectores de la sociedad, especialmente a los jóvenes, que por eso son más vulnerables.

Los esperanzadores datos sobre el aumento de vocaciones sacerdotales y el ingreso en el País de nuevos misioneros, que deseamos ardientemente que se facilite, harán que la labor apostólica pueda ser más capilar, con el consiguiente beneficio para todos. Conscientes de que «el auxilio nos viene del Señor» (Sal 120, 2), de que Sólo Él es nuestro sostén y ayuda, los aliento a no dejar nunca la oración personal diaria y prolongada, configurándose cada vez más con Cristo, Buen Pastor, pues en Él se encuentran la fuerza principal y el verdadero descanso (cf. Mt 11,30). Así podrán afrontar con alegría el peso del «día del calor» (cf. Mt 20,12),



y ofrecer el mejor testimonio para la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, que son tan necesarias.

El ministerio sacerdotal, además de la predicación de la Palabra de Dios y la celebración de los Sacramentos, que constituyen su misión profética y cultural, se extiende asimismo al servicio caritativo, de asistencia y promoción humana. Para ello cuenta también con el ministerio de los diáconos y la ayuda de los miembros de diversos institutos religiosos y asociaciones eclesiales. Quiera el Señor que puedan siempre recibir y distribuir con facilidad los recursos que tantas Iglesias hermanas desean compartir con Ustedes, así como encontrar los modos más apropiados para aliviar las necesidades de los hermanos, y que esta labor sea cada vez más comprendida y valorada.

4. Agradezco la presencia en esta tierra de personas consagradas de diversos institutos. Desde hace varias décadas han tenido que vivir la propia vocación en situaciones muy particulares y, sin renunciar a lo específico de su carisma, han debido adaptarse a las circunstancias reinantes y responder a las necesidades pastorales de las diócesis. Les estoy agradecido también por el meritorio y reconocido trabajo pastoral y por el servicio prestado a Cristo en los pobres, los enfermos y los ancianos. Es de desear que en un futuro no lejano la Iglesia pueda asumir su papel en la enseñanza, tarea que los Institutos religiosos llevan a cabo en muchas partes del mundo con tanto empeño y con gran beneficio también para la sociedad civil.

De todos Ustedes la Iglesia espera el testimonio de una existencia transfigurada por la profesión de los consejos evangélicos (cf. Vita consecrate, 20) siendo testigos del amor a través de la castidad que agranda el corazón, de la pobreza que elimina las barreras y de la obediencia que construye comunión en la comunidad, en la Iglesia y en el mundo.

La fe del pueblo cubano, al que Ustedes sirven, ha sido fuente y savia de la cultura de esta Nación. Como consagrados, busquen y promuevan un genuino proceso de inculturación de la fe que facilite a todos el anuncio, acogida y vivencia del Evangelio.

5. Queridos seminaristas, novicios y novicias: anhelan una sólida formación humana y cristiana, en la que la vida espiritual ocupe un lugar preferencial. Así se prepararan mejor para desempeñar el apostolado que más adelante se les confíe. Miren con esperanza el futuro en el que tendrán especiales responsabilidades. Para ello, afiancen la fidelidad a Cristo y a su Evangelio, el amor a la Iglesia, la dedicación a su pueblo.

Los dos Seminarios, que ya van siendo insuficientes en su capacidad, han contribuido notablemente a la conciencia de la nacionalidad cubana. Que en estos insignes claustros se continúe fomentando la fecunda síntesis entre piedad y virtud, entre fe y cultura, entre amor a Cristo y a su Iglesia y amor al pueblo.

6. A los laicos aquí presentes, que representan a tantos otros, les agradezco su fidelidad cotidiana por mantener la llama de la fe en el seno de sus familias, venciendo así los obstáculos y trabajando con valor para encarnar el espíritu evangélico en la sociedad. Los invito a alimentar la fe mediante una formación continua, bíblica y catequética, lo cual los ayudara a perseverar en el testimonio de Cristo, perdonando las ofensas, ejerciendo el derecho a servir al pueblo desde su condición de creyentes católicos en todos los ámbitos ya abiertos, y esforzándose por lograr el acceso a los que todavía están cerrados. La tarea de un laicado católico comprometido es precisamente abrir los ambientes de la cultura, la economía, la política y los medios de comunicación social para transmitir, a través de los mismos, la verdad y la esperanza sobre Cristo y el hombre. En este sentido, es de desear que las publicaciones católicas y otras iniciativas puedan disponer de los medios necesarios para servir mejor a toda la sociedad cubana. Los animo a proseguir en este camino, que es expresión de la vitalidad de los fieles y de su genuina vocación cristiana al servicio de la verdad y de Cuba.

7. Queridos hermanos: el pueblo cubano los necesita porque necesita a Dios, que es la razón fundamental de sus vidas. Formando parte de este pueblo, maniéstensele que sólo Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida, que sólo Él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68 - 69). El Papa esta cerca de Ustedes, los acompaña con su oración y su afecto, y los encomienda a la protección maternal de la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre, Madre de todos los cubanos. A Ella, Estrella de la nueva Evangelización, le confío el trabajo de todos Ustedes y el bienestar de esta querida Nación.



Discurso Pronunciado Por El Dr. Fidel Castro Ruz, Presidente De La Republica De Cuba, En La Ceremonia De Despedida A Su Santidad Juan Pablo II.

La Habana, 25 De Enero De 1998

Santidad:

Creo que hemos dado un buen ejemplo al mundo: usted, visitando lo que algunos dieron en llamar el último bastión del comunismo; nosotros, recibiendo al jefe religioso a quien quisieron atribuir la responsabilidad de haber destruido el socialismo en Europa. No faltaron los que presagiaban acontecimientos apocalípticos. Algunos, incluso, lo soñaron.

Era cruelmente injusto que su viaje pastoral fuese asociado a la mezquina esperanza de destruir los nobles objetivos y la independencia de un pequeño país bloqueado y sometido a una verdadera guerra económica hace ya casi 40 años. Cuba, Santidad, se enfrenta hoy a la más poderosa potencia de la historia, como un nuevo David, mil veces más pequeño, que con la misma honda de los tiempos bíblicos, lucha para sobrevivir contra un gigantesco Goliat de la era nuclear que trata de impedir nuestro desarrollo y rendirnos por enfermedad y por hambre. Si no se hubiese escrito entonces aquella historia, habría tenido que escribirse hoy. Este crimen monstruoso no se puede pasar por alto ni admite excusas.

Santidad :

Cuantas veces escucho o leo las calumnias contra mi patria y mi pueblo, urdidas por aquellos que no adoran otro Dios que el oro, recuerdo siempre a los cristianos de la antigua Roma, tan atrocemente calumniados, como ya expresé el día de su llegada, y que la calumnia ha sido muchas veces en la historia la gran justificadora de los peores crímenes contra los pueblos. Recuerdo también a los judíos exterminados por los nazis, o a los 4 millones de vietnamitas que murieron bajo el napalm, las armas químicas y los explosivos. Ser cristiano, ser judío o ser comunista no les daba el derecho a nadie a exterminarlos.

Miles de periodistas transmitieron a miles de millones de personas en el mundo cada detalle de su visita y cada palabra pronunciada. Infinidad de nacionales y extranjeros fueron entrevistados en todo el país. Nuestras cadenas nacionales de televisión transmitieron a nuestro pueblo, en vivo y directo, todas las Misas, homilías y discursos. Nunca, tal vez, tantas opiniones y noticias sobre una nación tan pequeña pudieron ser escuchadas, en tan breve tiempo, por tantas personas, en nuestro planeta.

Cuba no conoce el miedo; desprecia la mentira; escucha con respeto; cree en sus ideas; defiende inmovible sus principios y no tiene nada que ocultar al mundo.

Me conmueve el esfuerzo que Su Santidad realiza por un mundo más justo. Los estados desaparecerán; los pueblos llegarán a constituir una sola familia humana. Si la globalización de la solidaridad que usted proclama se extiende por toda la tierra y los abundantes bienes que el hombre puede producir con su talento y su trabajo se reparten equitativamente entre todos los seres humanos que hoy habitan el planeta, podría crearse realmente un mundo para ellos, sin hambre ni pobreza; sin opresión ni explotación; sin humillaciones ni desprecios; sin injusticias ni desigualdades, donde vivir con plena dignidad moral y material, en verdadera libertad, ese sería el mundo más justo!. Sus ideas sobre la Evangelización y el Ecumenismo no estarían en contradicción con él.

Por el honor de su visita, por todas sus expresiones de afecto a los cubanos, por todas sus palabras, aún aquellas con las cuales pueda estar en desacuerdo, en nombre de todo el pueblo de Cuba, Santidad, le doy las gracias.





Palabras De Despedida De Su Santidad Juan Pablo II Al Pueblo De Cuba, En El Aeropuerto Internacional «José Martí»

Señor Presidente,
Señor Cardenal y Hermanos en el Episcopado,
Excelentísimas Autoridades,
Amadísimos hermanos y hermanas de Cuba:

1. He vivido unas densas y emotivas jornadas con el Pueblo de Dios que peregrine en las bellas sierras de Cuba, lo cual ha dejado en mi una profunda huella. Me llevo el recuerdo de los rostros de tantas personas, que he encontrado a lo largo de estos días. Les estoy agradecido por su cordial hospitalidad, expresión genuina del alma cubana, y sobre todo por haber podido compartir con Ustedes intensos momentos de oración y de reflexión en las celebraciones de la Santa Misa en Santa Clara, en Camagüey, en Santiago de Cuba y aquí en La Habana, en los encuentros con el mundo de la cultura y con el mundo del dolor, así como en la visita de hace apenas unas horas a la Catedral Metropolitana.

2. Pido a Dios que bendiga y recompense a todos los que han cooperado en la realización de esta Visita, tanto tiempo deseada. Agradezco a Usted, Señor Presidente, y también a las demás autoridades de la Nación, su presencia aquí, así como la cooperación brindada en el desarrollo de esta Visita, en la que han participado tantas personas como ha sido posible, ya sea asistiendo a las celebraciones o siguiéndolas a través de los medios de comunicación social. Estoy muy reconocido a mis Hermanos Obispos de Cuba por los esfuerzos y la solicitud pastoral con que han preparado tanto mi Visita como la misión popular que la ha precedido, cuyos frutos inmediatos se han puesto de manifiesto en la calurosa acogida dispensada, y que de alguna manera debe tener continuidad.

3. Como Sucesor del Apóstol Pedro y siguiendo el mandato del Señor he venido, como mensajero de la verdad y de la esperanza, a confirmarlos en la fe y dejarles un mensaje de paz y reconciliación en Cristo. Por eso, los aliento a seguir trabajando juntos, animados por los principios morales más elevados, pare que el conocido dinamismo que distingue a este noble pueblo produzca abundantes frutos de bienestar y prosperidad espiritual y material en beneficio de todos.

4. Antes de abandonar esta Capital, quiero decir un emocionado adiós a todos los hijos de este País: a los que habitan en las ciudades y en los campos; a los niños, jóvenes y ancianos; a las familias y a cada persona, confiando en que continuaran conservando y promoviendo los valores más genuinos del alma cubana que, fiel a la herencia de sus mayores, ha de saber mostrar, aún en medio de las dificultades, su confianza en Dios, su fe cristiana, su vinculación a la Iglesia, su amor a la cultura y las tradiciones patrias, su vocación de justicia y de libertad. En ese proceso, todos los cubanos están llamados a contribuir al bien común, en un clima de respeto mutuo y con profundo sentido de la solidaridad.

En nuestros días ninguna nación puede vivir sola. Por eso, el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con los otros pueblos, que son necesarias para el desarrollo económico, social y cultural, especialmente cuando el aislamiento provocado repercute de manera indiscriminada en la población acrecentando las dificultades de los más débiles en aspectos básicos como la alimentación, la sanidad o la educación. Todos pueden y deben dar pasos concretos para un cambio en este sentido. Que las Naciones, y especialmente las que comparten el mismo patrimonio cristiano y la misma lengua, trabajen eficazmente por extender los beneficios de la unidad y la concordia, por aunar esfuerzos y superar obstáculos para que el pueblo cubano, protagonista de su historia, mantenga relaciones internacionales que favorezcan siempre el bien común. De este modo se contribuirá a superar la angustia causada por la pobreza, material y moral, cuyas causas pueden ser, entre otras, las desigualdades injustas, las limitaciones de las libertades fundamentales, la despersonalización y el desaliento de los individuos y las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del País, injustas y éticamente inaceptables.

5. Queridos cubanos, al dejar esta amada tierra, llevo conmigo un recuerdo imborrable de estos días y una gran confianza en el futuro de su Patria. Constrúyanlo con ilusión, guiados por la luz de la fe, con el vigor de la esperanza y la generosidad del amor fraterno, capaces de crear un ambiente de mayor libertad y pluralismo,



con la certeza de que Dios los ama intensamente y permanece fiel a sus promesas. En efecto, «si nos fatigamos y luchamos es porque tenemos puesta la esperanza en Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres « (1 Tm 4,10). Que El les colme de sus bendiciones y les haga sentir su cercanía en todo momento.

;Alabado sea Jesucristo!



Catequesis del Papa. (Audiencia General del Miércoles 28 de Enero de 1998)

1. He regresado anteayer de Cuba, donde, respondiendo a la invitación de los obispos y del mismo presidente de la República, he realizado una inolvidable visita pastoral. El Señor ha querido que el Papa visitara aquella sierra y llevase consuelo a la Iglesia que allí vive y anuncia el Evangelio. A él va, ante todo mi agradecimiento, que se extiende también a todo el pueblo de Dios, del que, en los días pasados, he recibido un constante apoyo espiritual.

Dirijo unas palabras de agradecimiento en especial al señor presidente de la República de Cuba, doctor Fidel Castro Ruz, y a las demás autoridades, que han hecho posible esta peregrinación apostólica. Doy las gracias con gran afecto a los obispos de la isla, comenzando por el arzobispo de La Habana, cardenal Jaime Ortega, así como a los sacerdotes los religiosos y las religiosas y a todos los fieles, que me han dispensado una acogida conmovedora.

En efecto, desde mi llegada he estado rodeado por una gran manifestación del pueblo, que ha asombrado incluso a cuantos, como yo, conocen el entusiasmo de la gente latinoamericana. Ha sido la expresión de una larga espera, un encuentro largo tiempo deseado por parte de un pueblo que, en cierto modo, se ha reconciliado en el con su propia historia y su propia vocación. La visita pastoral ha sido un gran evento de reconciliación espiritual, cultural y social, que sin duda producirá frutos positivos también en otros ámbitos.

En la gran plaza de la Revolución José Martí de La Habana, he visto un enorme cuadro que representaba a Cristo, con la leyenda <<¡Jesucristo, en ti confío!>> He dado gracias a Dios porque precisamente en aquella plaza dedicada a la <<Revolución>> ha hallado un lugar Aquel que trajo al mundo la auténtica revolución, la del amor de Dios, que libera al hombre del mal y de la injusticia, y le da la paz y la plenitud de la vida.

2. He ido a la tierra cubana, definida por Cristóbal Colón <<la más hermosa que ojos humanos hayan visto jamás>>, ante todo para rendir homenaje a aquella Iglesia y confirmarla en su camino. Es una Iglesia que ha atravesado momentos muy difíciles, pero ha perseverado en la fe, en la esperanza y en la caridad. He querido visitarla para compartir su profundo espíritu religioso, sus alegrías y sus sufrimientos, para dar impulso a su obra evangelizadora.

He ido como peregrino de paz para hacer resonar en medio de aquel noble pueblo el anuncio perenne de la Iglesia: Cristo es el Redentor del hombre y el Evangelio es la garantía del auténtico desarrollo de la sociedad.

La primera santa misa que tuve la alegría de celebrar en tierra cubana, en la ciudad de Santa Clara, fue una acción de gracias a Dios por el don de la familia, en unión ideal con el gran Encuentro mundial de las familias del pasado mes de octubre en Río de Janeiro. Quise hacerme solidario con las familias cubanas frente a los problemas que plantea la sociedad actual.

3. En Camagüey pude hablar a los Jóvenes, consciente de que ser jóvenes católicos en Cuba ha sido y sigue siendo un reto. Su presencia dentro de la comunidad cristiana cubana es muy significativa por lo que concierne tanto a los grandes eventos como a la vida de cada día. Pienso con agradecimiento en los jóvenes catequistas, misioneros y agentes de la Cáritas y de otros proyectos sociales.

El encuentro con los jóvenes cubanos fue una inolvidable fiesta de la esperanza, durante la cual los exhorté a abrir el corazón y toda su existencia a Cristo, venciendo el relativismo moral y sus consecuencias. A ellos les renuevo la expresión de mi aliento y de todo mi afecto.

4. En la universidad de La Habana, en presencia también del presidente Fidel Castro, me reuní con los representantes del mundo de la cultura cubana. En el arco de cinco siglos, esta ha experimentado diversas influencias: la hispánica, la africana, la de los diferentes grupos de inmigrantes y la propiamente americana. En los últimos decenios, ha influido en ella la ideología marxista materialista y atea. Sin embargo, en el fondo, su fisonomía, la llamada <<cubanía>>, ha permanecido íntimamente marcada por la inspiración cristiana, como lo atestiguan los numerosos hombres de cultura católicos, presentes en toda su historia. Entre ellos destaca el siervo de Dios Felix Varela, sacerdote, cuya tumba se halla precisamente en el aula magna de la Universidad. El mensaje de estos <<padres de la patria>> es muy actual e indica el camino de la síntesis entre la fe y la cultura, el camino de la formación de conciencias libres y responsables, capaces de diálogo y al mismo tiempo, de fidelidad a los valores fundamentales de la persona y de la sociedad.

5. En Santiago de Cuba, sede primada, mi visita fue, en su pleno sentido una peregrinación: efectivamente, allí venero a la patrona del pueblo cubano, la Virgen de la Caridad del Cobre. Constate con alegría íntima y profunda cuanto aman los cubanos a la Madre de Dios, y que la Virgen de la Caridad representa verdaderamente, por encima de cualquier diferencia el principal símbolo y apoyo de la fe del pueblo cubano y de sus luchas por la libertad. En este contexto de devoción popular, exhorté a encarnar el Evangelio, mensaje de auténtica liberación, en la vida de cada día, viviendo como cristianos plenamente insertados en la sociedad. Hace cien años, ante la Virgen de la Caridad se declaró la independencia del país. Con esta peregrinación le encomendé a todos los cubanos, tanto a los que se hallan en la patria como a los que están en el extranjero, para que formen una comunidad cada vez más vivificada por la auténtica libertad y realmente prospera y fraterna.



En el santuario de San Lázaro me reuní con el mundo del dolor, al que lleve la palabra consoladora de Cristo. En La Habana, finalmente, pude saludar también a una representación de los sacerdotes, de los religiosos, de las religiosas y de los laicos comprometidos, a quienes alenté a entregar su vida generosamente al servicio del pueblo de Dios.

6. La divina Providencia quiso que, precisamente en el domingo en el que la liturgia proponía las palabras del profeta Isaías: <<El Espíritu del Señor esta sobre mí (...). Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres>> (Lc 4, 18), el Sucesor del apóstol Pedro pudiese realizar en la capital de Cuba, La Habana una etapa histórica de la nueva evangelización. En efecto, tuve la alegría de anunciar a los cubanos el evangelio de la esperanza, mensaje de amor y de libertad en la verdad, que Cristo no cesa de ofrecer a los hombres y a las mujeres de todos los tiempos.

Como no reconocer que esta visita adquiere un valor simbólico notable, a cause de la posición singular que Cuba ha ocupado en la historia mundial de este siglo? En esta perspectiva, mi peregrinación a Cuba -tan esperada y tan esmeradamente, preparada- ha constituido un momento muy provechoso para dar a conocer la doctrina social de la Iglesia. En varias ocasiones quise subrayar que los elementos esenciales del magisterio eclesial sobre la persona y sobre la sociedad pertenecen también al patrimonio del pueblo cubano, que los ha recibido en herencia de los padres de la patria, los cuales los han extraído de las raíces evangelical y han dado testimonio de ellos hasta el sacrificio. En cierto sentido, la visita del Papa ha venido a dar voz al alma cristiana del pueblo cubano. Estoy convencido de que esta alma cristiana constituye para los cubanos el tesoro más valioso y la garantía más segura de desarrollo integral bajo el signo de la autentica libertad y de la paz.

Deseo de corazón que la Iglesia en Cuba pueda disponer cada vez más libremente de espacios adecuados para su misión.

7. Considero significativo que la gran celebración eucarística conclusiva en la plaza de la Revolución haya tenido lugar en el día de la Conversión de San Pablo, como para indicar que la conversión del gran Apóstol <<es una profunda, continua y santa revolución, que vale para todos los tiempos>>. Toda auténtica renovación comienza por la conversión del corazón.

Encomiendo a la Virgen todas las aspiraciones del pueblo cubano y el esfuerzo de la Iglesia, que con valentía y perseverancia prosigue su misión al servicio del Evangelio.



Crónica del viaje

El Santo Padre Juan Pablo II pudo finalmente, cumplir un anhelo largamente acariciado: la visita pastoral a Cuba, que realizó del 21 al 25 de enero. Era su 81. viaje internacional.

Miércoles, 21 de Enero

Al aeropuerto, en Roma, acudieron a despedirlo el cardenal Eduardo Martínez Somalo, camarlengo de la santa Iglesia romana; los arzobispos: mons. Jean-Louis Tauran, secretario para las Relaciones con los Estados, mons. Francesco Monterisi, nuncio apóstolico en Bosnia-Herzegovina y delegado para las representaciones pontificias; mons. Francesco Colasuonno, nuncio apóstolico en Italia mons. Paolo Sardi, nuncio apóstolico con encargos especiales; y mons. Cesare Nosiglia, vicegerente de Roma; el obispo de Porto-Santa Rufina, en cuya circunscripción se halla enclavado el aeropuerto, mons. Antonio Buoncristiani; el asesor para los Asuntos generales de la Secretaría de Estado, mons. James H. Harvey; el subsecretario para las relaciones con los Estados, mons. Celestino Migliore; el regente de la Casa pontificia, mons. Paolo De Nicolò; y el jefe del protocolo, mons. Tommaso Caputo. El Gobierno italiano estaba representado por el ministro de Asuntos exteriores, Lamberto Dini. Estaban también presentes el decano del Cuerpo diplomático ante la Santa Sede el embajador de Italia, los diplomáticos de la embajada de Cuba y los embajadores de América Latina acreditados ante la Santa Sede.

El Peregrino apóstolico salió del aeropuerto romano internacional de Fiumicino y a las diez de la mañana subió al avión, un MD-11 de Alitalia, que recorrió los 7.768 km de distancia en doce horas.

Antes de dejar Italia, Juan Pablo II se despidió del presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, con el siguiente telegrama: «En el momento en que comienzo mi viaje pastoral a Cuba con el deseo de encontrarme con la Iglesia que esta en Cuba y de testimoniar afectuosa estima y solicitud apóstolica hacia aquella querida población, me es grato dirigirle a usted, señor presidente, y a todo el pueblo italiano un cordial saludo, que acompaño con fervientes deseos para el progreso espiritual y social de la querida nación italiana.

Envío también telegramas de saludo a los jefes de Estado de las naciones que sobrevoló: Francia, España, Portugal, Estados Unidos y Bermudas. He aquí el que envió al rey de España Juan Carlos II: «Al sobrevolar territorio español en mi viaje apóstolico a Cuba me es grato enviar mi deferente saludo a vuestra Majestad, a la familia real, autoridades y amadísimos hijos de España, implorando sobre todos abundantes dones de paz, concordia y cristiano bienestar, a la vez que con afecto les imparto mi bendición apóstolica.

Durante el vuelo, el Santo Padre, tuvo con los periodistas una rueda de prensa.

Aunque su destino era La Habana, el avión no descendió al llegar al territorio aéreo de la capital, sino que, alargando 15 minutos su trayecto, prosiguió hasta la ciudad de Pinar del Río, pues, al no poder visitar en esta ocasión la zona occidental de la isla, Su Santidad quiso saludar y bendecir a sus habitantes. El avión papa I sobrevoló la ciudad.

El Vicario de Cristo envió al obispo de Pinar del Río, mons. José Siro González Bacallao, el siguiente telegrama: **«Al sobrevolar el territorio de esa amada diócesis de Pinar del Río, antes de llegar a La Habana para iniciar mi viaje apóstolico a Cuba, me complace dirigir un cordial saludo a los hijos e hijas de esa región occidental de la nación, cuyos atractivos naturales evocan aquella otra riqueza que son los valores espirituales que les han distinguido y que están llamados a conservar y transmitir a las gene-**



raciones futuras para el bien y el progreso de la patria. Evocando la fiel entrega de los católicos, que en torno a su obispo son imagen viva de la Iglesia, les animo a perseverar en su opción de fe, su esperanza viva y su caridad solícita, y como prenda de mi afecto me complace impartir a toda la comunidad eclesial de Pinar del Río la bendición apostólica»

En la ciudad de Pinar del Río, así como en otros lugares de la Diócesis, multitudes de Pinareños saludaron al Santo Padre haciendo sonar las campanas de los templos y reflejando la luz del sol mediante espejos que llevaban en sus manos, en señal jubilosa acogida

Después de sobrevolar la ciudad de Pinar del Río, el avión regreso hacia La Habana.

La Habana

Apenas aterrizo el avión en el aeropuerto José Martí de La Habana, a las cuatro de la tarde hora local, subieron a darle la bienvenida el jefe del protocolo; el nuncio apostólico, mons. Beniamino Stella, arzobispo titular de Fidene; y el cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, arzobispo de San Cristóbal de La Habana. Pocos minutos después, el Papa bajaba la escalerilla.

En el edificio principal del aeropuerto destacaba un gran cartel del Papa, con la leyenda: «Bienvenido Su Santidad Juan Pablo II.»

El presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, señor Fidel Castro, como las personas que se hallaban en el aeropuerto, aplaudió sonriendo, apenas apareció Su Santidad. Luego, se acercó hasta la escalerilla y le dio la bienvenida con afecto. Dos niños y dos niñas le presentaron una bandeja con tierra de todas las provincias y de la isla de la Juventud, para que la besara. En la bandeja se hallaba reproducido el mapa de toda la isla.

Acto seguido, Juan Pablo II presentó al presidente a los miembros de su séquito: los cardenales Angelo Sodano, secretario de Estado; Bernardin Gantin, presidente de la Comisión pontificia para América Latina; y Roger Etchegaray presidente del Consejo pontificio Justicia y Paz; los arzobispos mons. Giovanni Battista Re, sustituto de la Secretaria de Estado; mons. Dionigi Tettamanzi, arzobispo de Génova; y otras personalidades. El presidente, por su parte, presentó al Papa a sus colaboradores en el Gobierno del país.

A continuación, ya en el palco, después de 21 salvas de artillería en honor del Romano Pontifice, la banda del Estado Mayor general de las Fuerzas aéreas interpretó los himnos cubano y pontificio.

Después de las palabras del Presidente el Santo Padre pronunció un discurso en el que expresó sus sentimientos de afecto y los propósitos de su viaje. Luego saludó a los obispos cubanos y a otras personalidades eclesíásticas presentes -entre las que se encontraban los cardenales Juan Sandoval Iñiguez, arzobispo de Guadalajara (Mexico), y Lucas Moreira Neves, o.p., arzobispo de San Salvador de Bahía (Brasil)-, al Cuerpo diplomático acreditado en Cuba, y a la Guardia de honor.

Terminada la ceremonia de bienvenida, Su Santidad se despidió del Presidente y se dirigió, en coche descubierto, acompañado por el cardenal Jaime Ortega, a la nunciatura apostólica. A lo largo del recorrido -20 km- cientos de miles de cubanos saludaron al Papa, muchos de ellos enarbolando banderitas del Vaticano y de Cuba. Algunos esperaron el paso de Su Santidad durante horas, a pesar del calor.





En muchos sitios del trayecto se podían ver carteles con la imagen del Santo Padre y la leyenda: «Bienvenido Su Santidad Juan Pablo II». Asimismo, en numerosos postes y árboles de varias partes de la ciudad había fotografías de Juan Pablo II, con el lema de esta visita: «Mensajero de la verdad y de la esperanza»

En muchos rostros se podían leer claramente la alegría, la fe, la emoción, e incluso la sorpresa, era una experiencia única en la espontaneidad de los gestos y en los sentimientos expresados. Algunos se persignaban al pasar el Santo Padre. Todos estaban de fiesta por la llegada de Juan Pablo II, con signos externos de gozo y esperanzas de una nueva era para la Iglesia, y para Cuba. Su Santidad, por su parte, a todos los saludaba y bendecía

A la seis y media de la tarde llegó el Vicario de Cristo a la sede de la representación pontificia, que fue su residencia durante todos los días de la visita pastoral.

Jueves, día 22

Santa Clara

A las ocho de la mañana, el Papa se dirigió desde la nunciatura hasta el aeropuerto José Martí, donde tomó el avión IL 62 de la compañía Cubana de Aviación, que lo trasladó, en cuarenta minutos, hasta la base militar de la ciudad de Santa Clara, distante 250 km. Allí lo acogió el obispo de la diócesis, mons. Fernando Prego Casal, que le presentó a las autoridades locales.

En coche panorámico se trasladó Su Santidad al instituto superior de cultura física Manuel Fajardo, en cuyo amplio campo de juego se había preparado el podio, en forma de «bohío»-cabaña típica de los campesinos de la zona, hecha de madera y cañas-, cubierto con un techo de hojas de palma. A la derecha del altar se hallaba una gran estatua de la Virgen de la Caridad del Cobre, que tiene a sus pies la canoa con los tres jóvenes pescadores a quienes se apareció a inicios del año 1607.

Allí celebró Juan Pablo II su primera misa en Cuba, centrada en el tema de Los valores cristianos de la familia en la sociedad cubana. Se utilizaron en la misa algunos textos preparados expresamente para los Encuentros mundiales del Papa con las familias de todo el mundo celebrados en Roma, en octubre de 1994, y en Río de Janeiro (Brasil), en octubre de 1997. Asistieron cerca de 150.000 personas, que en diversos momentos de la celebración agitaron banderas cubanas y pontificias, y aclamaron con entusiasmo al Vicario de Cristo. Los cantos corrieron a cargo de un coro compuesto por 350 jóvenes católicos de las diversas parroquias de la diócesis.

Concelebraron con el Romano Pontífice varios cardenales, los obispos presentes en Cuba, procedentes de numerosos países, sobre todo de América, y cerca de setenta sacerdotes

En torno al altar, acompañaban al Santo Padre los cardenales Angelo Sodano, Jaime Ortega y Alamino, Bernardin Gantin y el obispo del lugar, monseñor Fernando Prego. Entre los concelebrantes se hallaban los cardenales Roger Etchegaray; Lucas Moreira Neves, o.p.; Juan Sandoval Iñiguez, Nicolás de Jesús López Rodríguez, arzobispo de Santo Domingo, Luis Aponte Martínez, arzobispo de San Juan de Puerto Rico, y Jean-Claude Turcotte, arzobispo de Montreal (Canadá); los arzobispos Giovanni Battista Re, Dionigi Tettamanzi y Oscar Rodríguez Maradiaga, s.d.b., arzobispo de Tegucigalpa (Honduras), presidente del CELAM; y el



obispo monseñor Cipriano Calderón Polo, vicepresidente de la Comisión pontificia para América Latina.

Además, se hallaba presente una representación de la Iglesia ortodoxa de Constantinopla, llegada desde Panamá

Al comienzo de la eucaristía mons. Fernando Prego, dirigió al Romano Pontífice unas palabras de saludo. Después de la lectura del Evangelio, se acercó a besar el libro sagrado, sostenido por el Papa, una familia - tres generaciones- que se ha distinguido por la vivencia, defensa y propagación de la fe. Juan Pablo II pronunció la homilía en torno al tema de la familia.

Acto seguido tuvo lugar la profesión de fe, según la fórmula de preguntas y respuestas, como la renovación de las promesas bautismales. Después de una breve monición, leída por el obispo local, el Santo Padre hizo las preguntas a los fieles, que con gran entusiasmo respondían: Si, creo y Amen.

Al final de la profesión de fe, tuvo lugar la acción de gracias por el don de la familia en la Iglesia, que ocupó el lugar de la oración de los fieles. En ella la asamblea bendijo a Dios por todo lo que ha hecho en favor de la familia a lo largo de la historia de la salvación, y ratificó su fidelidad a la palabra del Señor.

Entre los dones que varios fieles llevaron al Vicario de Cristo se hallaba una estatua de santa Clara, patrona de la ciudad y de la diócesis, y un escudo de Su Santidad. Juan Pablo II, por su parte, entregó al obispo, monseñor Prego, un cáliz como regalo suyo para la diócesis.

En el momento de la paz, numerosos fieles se acercaron al Santo Padre para recibir el abrazo. Entre ellos, un matrimonio que cumplía sus bodas de plata, acompañado por sus dos hijos.

El Obispo de Roma dio la comunión a cincuenta personas, mientras que numerosos sacerdotes la distribuían a los fieles que se habían preparado en las parroquias los días precedentes.

Al final de la misa mons. Prego Casal invitó a los fieles a recibir la bendición del Papa. Después, explicó que había pedido al Santo Padre que se pudieran acercar a saludarlo los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y seminaristas de la diócesis y le suplicó que pudieran hacerlo también los de la diócesis de Cienfuegos (con la que han constituido una sola circunscripción eclesiástica hasta el 1 de abril de 1995); se acercaron también los representantes de la Iglesia ortodoxa. Juan Pablo II, antes de retirarse, dirigió unas breves palabras de despedida y bendijo una estatua de san José para un Santuario Diocesano de Cienfuegos.

Aunque no estaba previsto, la televisión oficial cubana retransmitió esta misa, y así toda la población del país pudo unirse a la alegría de las familias siguiendo su desarrollo en directo.

Luego, regresó a La Habana donde comió y descansó un poco en la nunciatura apostólica.

A la seis de la tarde, realizó una visita de cortesía a Fidel Castro Ruz, presidente de los Consejos de Estado y de Ministro, en el palacio de la Revolución.

Fidel Castro acogió al Santo Padre a la entrada del palacio de la Revolución. En el salón de ceremonias le presentó a las autoridades del Gobierno y recibió el saludo de los miembros del séquito del Papa. A continuación, en el despacho del Presidente, tuvo lugar el coloquio privado, que duró cincuenta minutos.



El señor Fidel Castro regalo a Su Santidad un ejemplar de la editio princeps” de la primera biografía del siervo de Dios padre Felix Varela, escrita por José Ignacio Rodríguez y publicada en Nueva York en 1878. Asimismo, le donó una medalla de la Orden Felix de Varela, que es la más alta condecoración que confiere Cuba en el campo de la cultura. Esta medalla consiste en una estrella de metal con baño de oro cuyas puntas están unidas entre si por un circulo del mismo material, tiene en el centro un relieve en oro del padre Varela.

El Santo Padre, por su parte, regalo al Presidente un cuadro en mosaico, que representa a Cristo, reproducción de un Cristo Pantocrator que se encuentra en la cripta de la basílica de San Pedro, y una medalla de su pontificado.

Mientras tanto, el cardenal Angelo Sodano, se reunió con el secretario del Consejo de ministros, Carlos Lage, en presencia del ministro de Asuntos exteriores, Roberto Robaina González. Durante el encuentro, el cardenal Sodano transmitió al gobierno cubano algunas peticiones que han llegado a la Santa Sede y al Romano Pontífice de parte de organizaciones internacionales y de algunas personas, para que se hicieran portavoces de su solicitud de un acto de clemencia en favor de detenidos en las carceles cubanas.

En la despedida, Su Santidad agradeció al Presidente las atenciones recibidas, y Fidel Castro le deseó buen viaje a Camagüey.

Acto seguido, Juan Pablo II volvió a la nunciatura apostólica, donde cenó y pernoctó.

Viernes, día 23

El Peregrino de la evangelización, a las ocho de la mañana se dirigió desde la nunciatura apostólica al aeropuerto para tomar el avión de la compañía Cubana de Aviación, que lo trasladó hasta el aeropuerto Ignacio Agramonte de Camagüey, adonde llego a las nueve y media, después de recorrer 500 km.

Camaguey

Le dio la bienvenida el obispo local mons. Adolfo Rodríguez Herrera, que le presentó a las autoridades locales. Acto seguido, se dirigió en el coche panorámico hasta la plaza Ignacio Agramonte, en donde se habían concentrado, desde hacia varias horas, miles de jóvenes cubanos y de otras naciones, alrededor de 300.000 personas. Al igual que en La Habana y Santa Clara, también aquí mucha gente salió a las aceras de las calles que recorrió Su Santidad, y todos le aclamaban, enarbolando banderitas con los colores blanco y amarillo.

La ciudad recibió al Santo Padre con los brazos y el corazón abiertos. Antes de su llegada, los fieles habían acogido a la Virgen peregrina, que colocaron junto al altar.

El podio había sido erigido a pocos metros del grandioso monumento dedicado al mayor Ignacio Agramonte, héroe Nacional de la independencia, cuyo cadáver fue arrojado por los soldados y recogido amorosamente por el siervo de Dios hno. Olallo el padre de los pobres, como se le conocía.

Una gran cruz blanca sobre un telón de fondo color rosa, dominaba desde la altura. El altar se hallaba en el centro, cubierto con un toldo adornado con grandes hojas de palma.

Al pie del monumento en honor de Ignacio Agramonte estaba el coro de 370 muchachos y muchachas, de las



diversas parroquias de la ciudad, revestidos con un manto blanco y amarillo en honor del Papa, que contribuyeron en gran medida a la solemnidad de la ceremonia.

En la santa misa participaron quince cardenales sesenta obispos y cerca de doscientos sacerdotes. En torno al altar se hallaban los cardenales Sodano, Ortega, Gantin y el obispo de Camagüey.

Al comienzo de la celebración, mons. Adolfo Rodríguez dirigió a Su Santidad unas palabras en las que subrayó la gran labor de evangelización llevada a cabo recientemente por los laicos católicos en la diócesis y en toda Cuba.

Asimismo, un joven dio las gracias al Papa, en nombre de toda la juventud cubana, por su visita, y le expresó su alegría y su esperanza.

La oración colecta y las lecturas de la misa presentaron a Cristo como única fuente de verdad y de vida para el cristiano, para librarlo del mal y hacerlo testigo de la fe en la vida diaria. En torno a ese tema central giró la homilía de Su Santidad en la que pidió a los jóvenes que llevaran una vida limpia y que fueran valientes en la verdad, audaces en la libertad, constantes en la responsabilidad, generosos en el amor e invencibles en la esperanza.

La juventud allí congregada vivía una atmósfera de gran fiesta. Globos blancos y amarillos se elevaban al cielo, junto con los continuos cantos y aclamaciones. Los jóvenes coreaban repetidamente: Juan Pablo II te quiere todo el mundo, Juan Pablo, Pastor, Camagüey te da su amor; El Papa se queda en Camagüey y otros estribillos. En un momento, al escuchar una porra mexicana, el Santo Padre comentó: «Son cubanos que parecen mexicanos. O son mexicanos que parecen cubanos. También con la Virgen del Cobre son guadalupanos.

El obispo de Camagüey introdujo la profesión de fe, que, como en la misa anterior, consistió en las preguntas del Santo Padre y las respuestas de la asamblea: Si, creo y Amen. Al final, diversos jóvenes leyeron las intenciones de la oración de los fieles: por la Iglesia, por la unidad de la familia, por la juventud, por los que sufren, por la justicia y la paz en la sociedad y por los difuntos.

Antes de impartir la bendición, Juan Pablo II entregó a los jóvenes un mensaje inspirador y pragmático. El entusiasmo de la juventud era desbordante; componían infinidad de estribillos, adaptados a las circunstancias.

Terminada la misa, el Papa volvió al aeropuerto de Camagüey, en cuyo frontispicio, con letras muy grandes, destacaba el mensaje: Buen viaje Su Santidad Juan Pablo II, para regresar a La Habana.



Por la tarde, tuvo el encuentro con el mundo de la cultura en el aula magna de la universidad de La Habana, fundada el 5 de enero de 1728 por los padres dominicos. En la actualidad posee 15 facultades, 14 centros de investigación en los que se imparten clases diurnas y por correspondencia a más de 12.000 estudiantes. Una multitud entusiasta, con desbordante alegría esperaba al Santo Padre en las calles aledañas a la Universidad

A su llegada, en torno a las 18.30, fue recibido personalmente a las puertas de la Universidad por el presidente Fidel Castro, que, aunque no estaba previsto, quiso participar en el encuentro. Ya en el aula magna, el presidente Castro le presentó al ministro de cultura, señor Abel Prieto, y este, a su vez a las demás personalidades cubanas del mundo de la cultura allí presentes.

A continuación, Juan Pablo II se dirigió a orar unos momentos ante los restos del siervo de Dios padre Felix Varela, que reposan allí en una urna de mármol blanco, con una inscripción, en latín, que reza: Aquí descansa Felix Varela, sacerdote sin mancha, filosofo eximio, insigne educador de los jóvenes, artífice y defensor de la libertad de Cuba. Mientras vivía, dio gloria a la patria; tras su muerte, sus conciudadanos lo honran en esta alma universidad desde el 19 de noviembre de 1911. Juventud estudiosa, recuerda a un hombre tan grande

Mientras Su Santidad oraba en silencio ante la urna, el coro Exaudi cantaba el Gloria in excelsis.

Acto seguido, el cardenal Jaime Ortega, le dirigió unas breves palabras de presentación. A continuación, el rector de la Universidad, dr Juan Vela Valdés pronunció un amplio discurso. Estamos seguros -dijo en un momento de su intervención- de que el día de hoy quedara profunda y definitivamente inscrito en la historia académica, científica y cultural de la universidad de La Habana y de nuestro país. El Obispo de Roma correspondió enjundioso discurso resaltando el alma, las raíces cristianas de la cultura nacional.

En el encuentro participaron cerca de trescientos representantes cubanos del mundo de la cultura: intelectuales, artistas y educadores. También se hallaban presentes todos los obispos de Cuba.

Terminado el acto, a las 19.30, Su santidad volvió, entre las aclamaciones de la gente que le esperaba por las calles de su recorrido, hasta la nunciatura apostólica, donde cenó y pernoctó.

Sábado, día 24

Santiago de Cuba

Temprano, como en los días anteriores, el Peregrino apostólico se traslado en avión hasta el aeropuerto Antonio Maceo de Santiago de Cuba, distante 750 km, en un vuelo de hora y media. El arzobispo metropolitano mons. Pedro Claro Meurice Estiu, lo acogió a su llegada y le presentó a las autoridades locales.

El Papa siguió en el coche panorámico hasta la plaza Antonio Maceo en la que dio una vuelta por entre la multitud, antes de llegar al podio preparado en la escalinata del monumento ecuestre, de piedra negra, dedicado a este héroe nacional, natural de esa región, muerto en batalla en 1896. Allí celebró la santa misa, con la participación de más de quinientas mil personas, en la que coronó la imagen de la patrona de Cuba.

Muchas horas, e incluso días, antes de que Su Santidad llegase miles de fieles se encaminaron a esta plaza de Santiago de Cuba, provistas de agua para soportar el calor y llenas de alegría por la visita del Vicario de Cristo. Los que acudieron de localidades más lejanas, tuvieron que viajar horas en camiones o vehículos



improvisados.

El palco, coronado por una gran cruz, se elevaba en medio de la plaza. En el centro del mismo se hallaba un crucifijo y, a la derecha, la imagen original de la Virgen de la Caridad del Cobre, traída del santuario.

Acompañaron a Su Santidad en torno al altar los cardenales Sodano, Ortega, Gantin; el arzobispo local, monseñor Pedro Meurice; concelebraron, asimismo catorce cardenales, noventa entre arzobispos y obispos, y más de cien sacerdotes. A la ceremonia asistió, entre otras personalidades, el señor Raúl Castro Ruz, hermano del presidente de la República.

En la liturgia se utilizaron los textos de la misa de la Virgen de la Caridad del Cobre. Al comienzo de la celebración, el arzobispo Meurice dirigió al Papa unas palabras presentando a su pueblo con sus necesidades y aspiraciones.

Juan Pablo II pronunció la homilía resaltando la relación entre fe y gracia así como la presencia y significado de la Virgen de la Caridad en la historia de Cuba.

Los fieles expresaban sin cesar su entusiasmo y gritaban: Juan Pablo, hermano, ya tu eres un cubano y otros estribillos parecidos. Cuando exclamaron: Juan Pablo, amigo, Cuba está contigo, él, improvisando, respondió: Cuba, amigo, el Papa está contigo.

Después de la oración de los fieles, tuvo lugar el acto central de la celebración: la solemne coronación de la patrona de Cuba. La imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre ya había sido coronada, el 20 de diciembre de 1936, por el entonces arzobispo de Santiago de Cuba, mons. Valentín Zubizarreta, en representación del Papa Pío XI. Pero, el Santo Padre Juan Pablo II quiso hacerlo ahora personalmente.

Cuatro sacerdotes concelebrantes acercaron al Vicario de Cristo la imagen de la Virgen y el Papa la coronó, y colocó en su brazo un rosario de oro, que el mismo quiso dejarle como regalo. En la corona de la Virgen se lee esta inscripción: Arribó sobre las aguas del mar la Madre de Dios, la Virgen de la Caridad del Cobre. En el momento en que el Santo Padre coronó a la patrona de Cuba, toda la asamblea manifestó su alegría, con aplausos y aclamaciones de entusiasmo, y varios seminaristas pusieron a los pies de la Virgen cuatro cirios encendidos, flores y la bandera nacional.

En el ofertorio, los dones fueron presentados por fieles de las tres circunscripciones eclesiásticas de la región: Holguín, Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo, y Santiago de Cuba.

La diócesis de Holguín ofreció como don una barca de artesanía local, que representaba a los tres pescadores a los que se les apareció la Virgen de la Caridad; la diócesis de Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo, un pergamino con la partitura del himno nacional (lo compuso un bayames), un escudo de Cuba y una bandera; y la de Santiago de Cuba, entre otras cosas, la cruz de la Parra, un cuadro de la Virgen de la Caridad y otro con un retrato del Santo Padre.

Al final de la celebración, el Papa anunció la erección de una nueva diócesis en Cuba, la de Guantánamo-Baracoa, y el nombramiento de mons. Carlos Jesús Patricio Baladrón Valdés, hasta ahora auxiliar de San Cristóbal de La Habana, como pastor de dicha circunscripción eclesiástica, quien dio las gracias por su nombramiento al Santo Padre y recibió como don del Vicario de Cristo un cáliz. Los fieles manifestaban continuamente su entusiasmo con diversos estribillos: Juan Pablo, hermano, quédate conmigo aquí en Santiago.



Cuba con el Papa renueva su esperanza, Cuba con María renueva, su alegría, Juan Pablo, valiente, te aclama todo Oriente, etc.

Concluida la celebración, los sacerdotes de las diócesis de Holguín, Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo, y Santiago de Cuba, pasaron a la sacristía para saludar al Santo Padre. Seguidamente, Juan Pablo II volvió al aeropuerto, para trasladarse a la capital, adonde llegó alrededor de las seis de la tarde.

La Habana

Su Santidad salió de la nunciatura apostólica a las 18.30, para dirigirse en coche al santuario de San Lázaro, principal lugar de peregrinación en la región occidental de la isla, situado en la localidad de Rincón de La Habana, distante de la nunciatura 26 km. Allí tuvo un encuentro con un centenar de enfermos de lepra - ingresados en el cercano hospital Guillermo Fernández Hernández-Baquero~, llamado así en homenaje a un famoso dermatólogo cubano-, y de sida, atendidos en un centro situado a 2 km del hospital.

El leprosorio cuenta con la presencia y el servicio de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. Quienes cuidan a los enfermos de lepra desde el siglo pasado.

A las puertas del santuario el Papa fue acogido con el repicar de las tres campana del templo y con la música del Aleluya del Mesías de Händel, interpretada por la Orquesta del hospital psiquiátrico de La Habana, formada por veinticinco miembros. Dentro de la iglesia, mientras Su Santidad, al pasar hacia el altar, bendecía y tocaba la frente de los enfermos que bordeaban el pasillo central, un coro de niños, dirigidos por una de las Hijas de la Caridad, le dio la bienvenida con cantos.

El acto comenzó con un breve saludo litúrgico leído por el Papa y una oración a san Lázaro, cuya estatua presidía el retablo del ábside. A continuación, el cardenal Ortega, arzobispo de San Cristóbal en La Habana, dirigió al Santo Padre unas palabras de bienvenida. El Romano Pontífice pronunció un discurso acerca del sentido cristiano del sufrimiento y de la solidaridad cristiana ante el dolor humano.

Tras el rezo del Padre nuestro, y la bendición final, el Santo Padre quiso saludar personalmente a los leprosos y sidosos presentes en el templo, y los fue bendiciendo, acariciando, a la vez que les regalaba un rosario a cada uno. Mientras tanto, el coro de los niños, tan emocionados que casi todos lloraban abundantemente, cantaba varias piezas en honor del Santo Padre.

Una niña ciega, al micrófono, dijo al Vicario de Cristo: Santo Padre, en nombre de los niños que son como yo quiero saludarle, y, aunque no lo podamos ver, esperamos verlo en la gloria.

Como recuerdo de su visita, el Papa entregó al rector del santuario una casulla blanca.

Después de bendecir a los enfermos y saludar a algunas religiosas y enfermeros, el Santo Padre regresó a la nunciatura, donde cenó y pasó la noche.

Domingo, día 25.

El último día de la estancia del Papa en Cuba fue una jornada muy intensa. A las ocho de la mañana, El Vicario de Cristo celebró un encuentro ecuménico en la nunciatura. Durante el mismo, entregó a los representantes de las otras Iglesias y confesiones religiosas un mensaje.



A continuación Su Santidad se trasladó hasta la plaza de la Revolución José Martí de La Habana, donde tuvo lugar la celebración más grandiosa y emotiva de esta peregrinación apostólica: la misa dominical, a la que asistieron más de un millón de personas, en su mayoría cubanos de la capital y de las regiones vecinas, pero también muchos católicos venidos de otros países. Estuvo, asimismo, presente el señor presidente Fidel Castro, acompañado de otras autoridades civiles.

La plaza José Martí, teatro de grandes acontecimientos de la historia cubana reciente, se convirtió en un templo al aire libre, presidido por el crucifijo y la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Al fondo de la plaza, destacaba el gran mural, del Sagrado Corazón con las palabras: **Jesucristo, en ti confío**, que cubría casi toda la fachada de la Biblioteca Nacional.

El palco, sobre el que destacaba la cruz y un gran escudo del Papa Juan Pablo II, con el lema Totus tuus, estaba adornado con flores de todo tipo y color. El Papa, a su llegada, dio una vuelta por la plaza en el coche panorámico para saludar y bendecir a todos:

Concelebraron 20 cardenales y más de 150 entre arzobispos y obispos, e innumerables sacerdotes, llegados de todas partes del mundo, especialmente de los países de América, entre los que se encontraban una numerosa representación de los Estados Unidos. Un gran coro, compuesto por 420 miembros La Schola cantorum Carolina, y una orquesta contribuyeron a dar gran solemnidad a la ceremonia.

Después del saludo litúrgico, el cardenal Jaime Lucas Ortega arzobispo local, dirigió al Santo Padre unas palabras de saludo y presentación.

La liturgia de la palabra estuvo centrada en el tema del anuncio del mensaje de Cristo mediante el compromiso de la nueva evangelización. Su Santidad pronunció la homilía, que fue continuamente interrumpida -más de veinte veces- por los aplausos y aclamaciones de la asamblea. Juan Pablo II, en una ocasión, comentó en voz alta: El Papa no es contrario a los aplausos, porque le permiten reposar. En otro momento dijo: Ustedes son un auditorio muy activo. Algunos de los estribillos que los cubanos gritaban, además de los clásicos, como: Juan Pablo II, te quiere todo el mundo; Juan Pablo, amigo, Cuba está contigo; o Juan Pablo, hermano, ya tú eres un cubano, eran: Un Papa libre nos quiere a todos libres; Cuba católica siempre fiel; Lo sé, lo he visto, con el Papa está Cristo.

Terminada la homilía, Juan Pablo II bendijo a la asamblea con el libro de los Evangelios y entregó un ejemplar de la sagrada Escritura a veinte fieles de las diócesis de Pinar del Río, Matanzas y San Cristóbal de La Habana, en representación de todas aquellas personas que durante el tiempo de preparación de la visita habían ido casa por casa llevando a todos el mensaje de Cristo.

Seguidamente, toda la asamblea, como en las celebraciones anteriores de la visita, proclamó con gran entusiasmo su profesión de fe, respondiendo con notable vigor a las preguntas del Santo Padre: Sí; creo, Amén'.

Presentaron las ofrendas fieles de las diócesis de Pinar del Río, Matanzas y San Cristóbal de La Habana: el pan, el vino y otros dones representativos de dichas diócesis, entre ellos un cuadro de san Cristóbal; dos niños y una niña, de tres, cinco y siete años, ofrecieron al Papa un cesto de flores.

Antes de rezar el Angelus e impartir la bendición, el Vicario de Cristo pronunció una alocución que acompañó el rezo del Angelus. Al final, desde el presbiterio, estuvo varios minutos saludando y bendiciendo a la inmensa



multitud.

Al bajar del palco para encaminarse a la sacristía, el presidente Fidel Castro se le acercó para saludarlo.

Desde la Plaza de la Revolución, Juan Pablo II se trasladó al arzobispado donde se reunió con los miembros del Episcopado cubano y del séquito papal. Al comienzo del encuentro, el presidente de la Conferencia, el cardenal Ortega, pronunció las palabras cargadas de afecto y agradecimiento. El Santo Padre entregó, por su parte, a los Obispos de Cuba un importante mensaje abarcador y programático para la vida de la Iglesia en esa nación.

A las cuatro y media de la tarde, Juan Pablo II salió de la nunciatura apostólica para dirigirse a la catedral de La Habana, dedicada a la Inmaculada Concepción y a San Cristóbal. Allí, se reunió con los sacerdotes, los religiosos, las religiosas (entre ellas un grupo de Carmelitas descalzas), los seminaristas y los laicos cubanos comprometidos en el trabajo pastoral.

Apenas bajó del coche panorámico, el Santo Padre quiso saludar personalmente a muchas de las personas que se habían dado cita para aclamarlo en la plaza frente a la catedral. El Papa acudió hasta las vallas, estrecho las manos a todos los que le fue posible y los bendijo con amor.

Ya en el templo, mientras el coro cantaba el Tu es Petrus, Su Santidad fue avanzando lentamente por el pasillo, saludando y dando la mano a todos los que lo bordeaban. Después de atravesar la nave central, se recogió unos minutos en oración en la capilla del Santísimo Sacramento, situada a la izquierda del altar.

Al comienzo del acto, que revistió la forma de celebración de la Palabra, habló nuevamente el cardenal de La Habana. Después de la oración y la proclamación del Evangelio, el Peregrino apostólico pronunció un discurso. Siguió la oración universal y el Padre Nuestro. La celebración se concluyó con la bendición apostólica.

Desde la catedral, el Mensajero del amor se trasladó directamente al aeropuerto internacional José Martí de La Habana, donde tuvo lugar la ceremonia de despedida. Tomaron parte en ella el presidente Fidel Castro, numerosas autoridades civiles, políticas y militares del país, así como los obispos de Cuba.

El Presidente acogió al Romano Pontífice a su llegada y ambos se dirigieron hasta el podio, desde donde escucharon los himnos pontificio y cubano. Después de desfilas ante ellos la guardia de honor, Fidel Castro pronunció las palabras de despedida y Su Santidad correspondió con un discurso.

Acto seguido, el Romano Pontífice se despidió de las autoridades y, acompañado del Presidente, se dirigió hasta la escalerilla del avión.

A las siete y media de la tarde despegó el MD-11 de Alitalia con rumbo a Roma. Antes de dejar el cielo cubano, Juan Pablo II envió al presidente Fidel Castro el siguiente telegrama: Al finalizar mi grata permanencia en la República de Cuba, me complace expresar mi vivo agradecimiento a usted, señor presidente, a las autoridades y a todo el pueblo cubano por la hospitalidad que me han dispensado, así como por las sentidas y continuas muestras de afecto y cercanía con las que me han acompañado en cada momento. Mientras reitero mi aprecio a los amadísimos ciudadanos cubanos, renuevo mis mejores votos por su progreso humano y cristiano y por el bienestar espiritual y material de esa querida nación, a la vez que pido, por mediación de nuestra Señora de la Caridad del Cobre, para todos y cada uno de ellos la constante protección del Altísimo.



Lunes, día 26

Después de nueve horas y media de vuelo, el avión papal aterrizó a las once de la mañana del lunes, día 26, en el aeropuerto romano de Ciampino, donde le dieron la bienvenida el cardenal Camillo Ruini, los arzobispos Jean-Louis Tauran y Francesco Colasuanno, y otras personalidades. El Gobierno italiano se hallaba representado por el señor Romano Prodi, presidente del Consejo de Ministros.

Acto seguido, Juan Pablo II se trasladó en helicóptero a la ciudad del Vaticano, concluyendo así esta histórica peregrinación apostólica.



Mensaje de los Obispos Católicos de Cuba después de la Visita del Papa Juan Pablo II

“¡ABRAN SUS CORAZONES A CRISTO!”

A los fieles católicos y a todo el pueblo cubano

Queridos hermanos:

La visita del Papa Juan Pablo II a Cuba ha constituido un paso evidente de Jesucristo por nuestra historia, por ello deseamos expresar los hondos sentimientos y las reflexiones que ha suscitado en todos nosotros, al mismo tiempo que la proyección de futuro que ella contiene. Ante todo queremos dar gloria, alabanza y acción de gracias a Dios por este regalo maravilloso que le ha dado a la vida de nuestro pueblo y a la historia de nuestra Patria. Con el Salmista podemos repetir: “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”.

Esta visita, largamente esperada, estuvo preparada por el arduo trabajo de todo un año. Desde que se conoció la fecha de la misma, los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos, se entregaron con tesón para que produjese abundantes frutos espirituales en la vida de nuestra nación. La misión con la imagen peregrina de la Virgen de la Caridad por los distintos pueblos y ciudades de Cuba fue el punto culminante de los trabajos previos a la visita pastoral de Juan Pablo II.

Esta gran misión, como ya hemos expresado en otras oportunidades, puso en evidencia la fe religiosa presente en la gran mayoría del pueblo cubano.

Los cinco días que el Santo Padre estuvo entre nosotros se caracterizaron por la gran alegría que, a lo largo de todo el país, el pueblo de Cuba manifestó espontáneamente. Juan Pablo II cautivó el corazón de los cubanos, desde los niños hasta los más ancianos. Lo percibimos cercano, amigo, hermano, padre, y tan familiar, como si fuera un cubano más. Cuando se marchó sentimos que nos separábamos de alguien que supo llenar nuestras vidas durante estos espléndidos e inolvidables días.

El Papa misionero hizo surgir del corazón del cubano los mejores sentimientos que se expresaban de forma natural y entusiasta. Esto se reflejó en las cuatro celebraciones litúrgicas en las que el pueblo vibró con el Papa, permaneciendo de pie durante largas horas y manifestando su fe, devoción, silencio, sintonía entre todos, con respuestas al unísono, como el “¡Sí, creo!” en el momento de la Profesión de Fe. Estos sentimientos, más que todo, explican la activa participación de las multitudes en las grandes celebraciones litúrgicas y en los otros actos públicos que contaron con la presencia del Santo Padre.

Deseamos, también, expresar nuestro agradecimiento a todos los que cooperaron para que la visita del Papa fuera un éxito, desde las más altas autoridades del país, que dispensaron al Santo Padre un trato exquisito, hasta los más humildes trabajadores.

El júbilo nacional y la fiesta de la fe que hemos vivido durante la visita papal a Cuba no pueden quedar en la historia de nuestra Patria como un paréntesis al que se mire como un momento hermoso e imborrable, pero con nostalgia, sin que brote de él una permanente reflexión que conduzca a la renovación de la vida



cubana.

Los mensajes del Papa fueron una siembra en el corazón del pueblo, por eso no fueron dirigidos solamente a los católicos, sino a todos los cubanos. Ya desde su primer discurso en el Aeropuerto “José Martí”, el Papa comenzó a fijar las claves de su mensaje: “¡ No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo!”. Este llamamiento que sitúa al hombre en el camino de la verdad, hace de Juan Pablo II el mensajero de la esperanza para todos nosotros, aún para aquellos que no son creyentes en Jesucristo. Porque los valores evangélicos no son exclusivos de los cristianos, ni son contradictorios a la naturaleza de la persona humana, sino al contrario, la dignifican. Por eso, la Iglesia no hace proselitismo cuando los proclama, los predica y los defiende. Tampoco el mensaje de Cristo llega a identificarse completamente con ningún sistema político-económico, sino que los cuestiona éticamente a todos desde el Evangelio.

Jesucristo y el hombre son los dos ejes que marcarán cada uno de los mensajes y discursos del Santo Padre. También en la ceremonia de bienvenida, el Papa expresó que nosotros somos y debemos ser los protagonistas de nuestra historia personal y social.

La primera tarea de una persona que quiere ser sujeto activo de su propia vida es la conversión. Conversión significa un cambio en la mente y en el corazón del ser humano. Si no hay una verdadera conversión personal, no podrá haber, por consiguiente, la verdadera transformación de la sociedad que el hombre ansía. Dos días después de su regreso de Cuba el Papa dijo en Roma, al referirse al enorme cuadro que representaba a Jesucristo en la Plaza de la Revolución: “He dado gracias a Dios porque precisamente en aquella plaza dedicada a la revolución ha hallado un lugar Aquel que trajo al mundo la auténtica revolución, la del amor de Dios, que libera al hombre del mal y de la injusticia, y le da la paz y la plenitud de la vida”. La conversión del hombre, su cambio de vida según la verdad y el amor son en palabras del Papa: “Una profunda, continua y santa revolución que vale para todos los tiempos”.

Las familias, los jóvenes, la Patria toda, deben ser capaces de esa transformación según los auténticos valores que Jesucristo trajo a este mundo. Con audacia resumía el Papa Juan Pablo II en su homilía en Santa Clara que “la familia, la escuela y la Iglesia deben formar una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad”. Cuando el Papa analiza nuestra cultura descubre una matriz o alma cristiana en la misma. Es bueno aclarar que el Santo Padre cuando habla de que Cuba tiene un alma cristiana, no quiere decir que la cultura cubana sea totalmente cristiana, lo cual es algo diferente.

El alma cristiana de Cuba ha contribuido a aportar un conjunto de valores éticos a la historia patria, tales como el amor a la familia, la honestidad, la sinceridad, el desinterés y el altruismo, la abnegación, la justicia y la libertad que son radicalmente evangélicos.

Otro elemento que deseamos poner de relieve es el marcado carácter social de los discursos de Juan Pablo II en Cuba. Él mismo, en su homilía de La Habana lo manifestó cuando se refirió al “Evangelio Social”. En esta homilía el Pastor Universal de la Iglesia abordó ampliamente los temas sociales, como la justicia al interior de las naciones y en las relaciones internacionales. Analizó el desafío del neoliberalismo capitalista y afirmó que, mientras en el mundo haya injusticia es necesario seguir hablando de los temas sociales.

El Santo Padre se refirió al tema de la libertad, tan valorado por el hombre contemporáneo y tanpreciado para nosotros, cubanos, a lo largo de nuestra historia. Juan Pablo II presentó el concepto correcto de la libertad cristiana, con el objetivo de que esta hermosa palabra no quede reducida a falsas comprensiones que la desvirtúan, empobreciendo a las personas que la viven de ese modo. La auténtica “liberación no se reduce a



los aspectos sociales y políticos, sino que encuentra su plenitud en el ejercicio de la libertad de conciencia, base y fundamento de los otros derechos humanos". El Santo Padre afirmó con convicción otra de las claves de su pensamiento social: "Conjugar justicia y libertad, sin dejar que ninguna de ellas quede relegada a un segundo plano, es el mayor desafío para muchos sistemas políticos actuales".

En esta misma línea de su enseñanza social, al referirse a las medidas económicas restrictivas impuestas a Cuba desde fuera del país las calificó claramente de injustas y éticamente inaceptables.

Queridos hermanos: al concluir esta fructífera visita papal, Juan Pablo II deja a la Iglesia en Cuba un hermoso programa de acción pastoral en sintonía con la preparación al Tercer Milenio del Cristianismo, el cual podemos concretar de este modo:

1. La Iglesia debe promover al hombre cubano concreto para que sea protagonista de su historia, anunciándole a Jesucristo como Aquel que puede salvarlo.
2. Para hacer este anuncio la Iglesia no exige una posición hegemónica o excluyente, sino sólo los espacios necesarios y suficientes para servir integralmente a nuestros hermanos.
3. En este quehacer de evangelización que incluye la promoción del hombre, procuraremos, con espíritu ecuménico, la sana cooperación de la otras confesiones cristianas.
4. La Iglesia desea ampliar e incrementar un diálogo franco con las instituciones del estado y las organizaciones autónomas de la sociedad civil y profundizar su acción de servicio a la sociedad, especialmente en los más necesitados.
5. Continuaremos el esfuerzo por educar a nuestro pueblo en el aprecio por la vida humana desde el seno materno, excluyendo siempre el recurso al aborto y a las prácticas antinatalistas, promoviendo y defendiendo la institución familiar, atentos al llamado del Papa: "¡Cuba, cuida a tus familias!" .
6. Debe también la Iglesia animar a los fieles laicos a vivir su vocación con valentía y perseverancia para que puedan buscar con las demás personas de buena voluntad, en espíritu de reconciliación y solidaridad, las soluciones a los diversos problemas de la sociedad siguiendo la Doctrina Social de la Iglesia.
7. No dejará de invitar a quienes por diversas circunstancias han salido de la Patria, pero se sienten hijos de Cuba, para que colaboren con serenidad y espíritu constructivo y respetuoso al progreso de la nación que posibilite un clima de diálogo positivo y recíproco entendimiento.

El Papa Juan Pablo II en sus últimas palabras dirigidas a los cubanos, nos ha invitado a una gran confianza en el futuro de la Patria, guiados por la luz de la fe, siendo los protagonistas en la creación de un ambiente de mayor libertad y pluralismo, para "que Cuba se abra al mundo con todas sus magníficas posibilidades y el mundo se abra a Cuba".

La creación de la nueva diócesis de Guantánamo-Baracoa, la bendición de la primera piedra del nuevo Seminario, los recientes indultos otorgados por el gobierno de Cuba que benefician a un buen número de presos, las relaciones diplomáticas establecidas o estrechadas con otros países después de la visita del Santo Padre,



son ya algunos de los motivos reales que nos estimulan a la confianza en el futuro. Por lo cual el Papa, al aludir a la lluvia durante las últimas horas de su permanencia en nuestra Patria, dijo que la misma puede significar un nuevo Adviento en la historia de Cuba. El Adviento es el tiempo en que esperamos la Navidad, la venida del Salvador. El verdadero y pleno Adviento es Jesucristo, quien, como la lluvia que cae de lo alto, debe fecundar la tierra cubana con su amor, su verdad y su esperanza.

El futuro de nuestro quehacer apostólico debe enriquecerse con la nueva savia que las enseñanzas del Santo Padre han comunicado a nuestro Plan Pastoral, que fue trazado para preparar el Tercer Milenio de la era cristiana. En este año 1998, dedicado al Espíritu Santo, el impulso misionero se concreta y continúa en la difusión del Evangelio de San Lucas y en la entronización de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares.

Al coronar la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre como Reina y Patrona de Cuba, el Papa, no sólo coronaba a María, la Madre de Jesús y su permanente acción maternal sobre nuestro pueblo, sino además, toda la historia de este pueblo dirigida hacia la construcción de una Patria "con todos y para el bien de todos", portadora en sí misma de un alma cristiana. "La historia -dijo el Santo Padre en esa ocasión- enseña que sin fe desaparece la virtud y la vida pierde su sentido trascendente".

Animándolos una vez más a permanecer en el clima de fervor y entusiasmo vividos en estos días, los invitamos a poner por obra todo lo que el Santo Padre nos ha enseñado.

Los bendicen en el Señor;

LOS OBISPOS CATÓLICOS DE CUBA

La Habana, 12 de febrero de 1998





Palabras del Papa al recibir en Audiencia a los Obispos Cubanos en el Vaticano

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. Me complace recibirlos en esta Audiencia, a pocos meses de mi recordado viaje a su Patria. En esa ocasión pude experimentar de cerca el calor de los cubanos y la riqueza de los valores que adornan ese querido pueblo. Con las palabras del Apóstol Pablo, les digo que «al conocer su fe en Jesús, el Señor, y su amor por todos los que forman el pueblo de Dios, no ceso de dar gracias Dios por Ustedes, recordándoles en mis oraciones» (Ef 1, 15-16). Al mismo tiempo pido al Señor de 1a historia que cada cubano pueda ser protagonista de «sus aspiraciones y legítimos deseos» y que Cuba «pueda ofrecer a todos una atmósfera de libertad, confianza recíproca, de justicia social y de paz duradera» (Discurso en el Aeropuerto de La Habana 21 de enero de 1998, 2.5).

Les estoy muy agradecido por todos los esfuerzos que Ustedes, junto con los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos realizaron en la preparación de mi visita en su posterior desarrollo, preocupándose también de que no se apaguen tantas genuinas esperanzas suscitadas en el mensaje que les dejé y que las enseñanzas que del mismo brotan puedan concretarse gradualmente en el futuro.

2. En los casi cinco meses que han pasado desde mi inolvidable viaje a su Nación he visto como mi invitación a que «Cuba se abra con todas sus magnificas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba» (ibíd., 5). ha sido acogida por diversas Naciones y Organismos, y que muchas comunidades eclesiales han intensificado sus deseos y realizaciones, expresando con gestos concretos su solidaridad y manifestando fraternidad con los hijos de Dios que viven en esa hermosa tierra. Pueden estar seguros de que la Santa Sede y el Sucesor de San Pedro proseguirán en todo lo que esté a su alcance, y desde las peculiaridades de su misión espiritual, para que esa respuesta siga extendiéndose y para que la atención suscitada con ocasión de mi visita no se apague, sino que alcance los frutos esperados por el pueblo cubano.

En este sentido, he apreciado también los gestos que, después de mi regreso a Roma han tenido las autoridades cubanas. Quiero ver en ellos la prenda y la primicia de su disposición a crear espacios legales y sociales para que la sociedad civil cubana pueda crecer en autonomía y participación, y el País pueda ocupar el lugar que le corresponde por derecho propio en la región y en el concierto de las naciones.

3. La apertura deseada no se limita a una simple mejora de las relaciones internacionales que tiendan a promover un proceso de interdependencia solidaria entre los pueblos en el actual contexto de globalización. Se trata ante todo de una disposición interior en cada uno, de modo que la renovación de la mente y la apertura del espíritu lleven hacia una verdadera conversión personal, favoreciendo así un proceso de mejora y cambio también en las estructuras sociales. A este respecto, ya desde mi llegada al suelo cubano dije: «No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo, dejen que El entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado. La Iglesia repite este llamado convocando sin excepción a todos: personas, familias, pueblos, para que siguiendo fielmente a Jesucristo encuentren el sentido pleno de sus vidas, se pongan al servicio de sus semejantes, transformen las relaciones familiares, laborales y sociales, lo cual redundará siempre en beneficio de la Patria y la sociedad» (ibíd.4), y repetí en Santa Clara: «No tengan miedo, abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo, que nunca son un peligro para ningún proyecto social» (Homilía, 4).

Los hombres y las naciones, superando fronteras ideológicas históricas de parte, que no permiten el crecimiento de la persona humana en libertad y responsabilidad, han de hacer posible que la verdad, aspiración



íntima de todo ser humano, sea buscada con honestidad, encontrada con alegría, anunciada con entusiasmo y compartida con generosidad por todos, sin limitaciones arbitrarias en las libertades fundamentales como son por ejemplo las de expresión, reunión y asociación. Ello facilita que la sociedad pueda acceder a un estado de convivencia presidido por la confianza mutua, la participación, la solidaridad, la justicia. En este sentido, Cuba está llamada a encarnar y vivir su propia identidad, que tiene raíces profundamente cristianas encaminándose hacia la transparencia, la apertura y la solidaridad.

4. La Iglesia católica en Cuba, de la que Ustedes son los legítimos Pastores, es una comunidad viva que promueve el amor y la reconciliación y difunde la verdad que brota del Evangelio de Jesucristo, a tiempo y a destiempo (cf.:2Tim 4,2). La Iglesia forma parte notable no sólo de la historia patria, sino del presente y es, en cierto modo, corresponsable junto con otras instancias, del futuro. Con su labor cotidiana, «en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» (S. AGUSTIN, De Civ. Dei, XVIII 51,2), contribuye al enriquecimiento de toda la sociedad, y no solo de los creyentes, pues trabaja por alimentar la espiritualidad de todo hombre, la vivencia de los valores más altos y la fraternidad entre los hombres. Por eso, cuando la Iglesia es reconocida y puede contar con los espacios y los medios suficientes para realizar su misión, se beneficia toda la sociedad. El Estado, aunque sea laico, al procurar el bien integral de todos sus ciudadanos, debe reconocer esa misión y garantizar esos espacios.

La Iglesia que vive en cada nación se presenta como «el nuevo Pueblo de Dios» que, «aunque de hecho aún no abarque a todos los hombres y muchas veces parezca un pequeño rebaño, sin embargo, es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano» (Lumen Gentium 9).5. Ustedes, queridos hermanos en el Episcopado, «han sido constituidos por el Espíritu Santo que les ha sido dado, verdaderos y auténticos maestros en la fe, pontífices y pastores» (Christus Dominus. 2), dedicándose por ello al cuidado habitual y cotidiano de los fieles (cf. Lumen Gentium, 27) y encontrando en ello su gozo y su realización. Les exhorto a vivirlo como auténticos ministros de la reconciliación (cf. 2Co: 5,8), de modo que el mensaje que dejé en Cuba pueda tener continuidad y producir abundantes frutos bajo su guía.

En esta hora histórica de la vida nacional, desde su condición de Pastores, han de asumir los desafíos derivados de mi Visita pastoral. ¡Qué no falte nunca su voz, que es la voz de Cristo que los envió y consagró a su servicio! ¡Qué la labor de Ustedes sea reconocida como la de los verdaderos interlocutores y auténticos Pastores de la Iglesia que peregrina en esa amada Nación! ¡Qué todos vean en Ustedes a los «mensajeros que anuncian la paz» (Is 52, 7), tal como les decía en mi encuentro en La Habana en un mensaje programático que mantiene íntegra su vigencia!

El ejercicio de su ministerio es a veces gravoso y lleva siempre el signo de la cruz de Cristo. No se desanimen ante ello, perseveren en la oración, presenten en el altar del Señor los sacrificios y las incomprendiones que comporta el ejercicio valiente y audaz de la misión cultural, profética y caritativa que les ha sido confiada. En ese camino no están solos: les asiste la fuerza del Espíritu Santo, a la que se une la solidaridad y afecto de toda la Iglesia, así como la plegaria del Vicario de Cristo. Pido asimismo al Señor, Dueño de la mies, no solo que envíe pronto nuevos trabajadores a su campo, como necesita la Nación cubana, sino que multiplique también las iniciativas, la creatividad y la disponibilidad de los sacerdotes, religiosos y religiosas que, con generosidad y dedicación, trabajan en Cuba, de modo que la evangelización no sea nueva solo en su ardor, en sus métodos, en su expresión, sino también en sus proyecciones, incorporando el evangelio en todos los ambientes de la vida personal y social.

6. En mi visita a Cuba tuve la oportunidad de recordar algunos aspectos del «evangelio social». Los fieles laicos deben responder con madurez, perseverancia y audacia a los desafíos de la aplicación de la Doctrina





Social de la Iglesia a la vida económica, política y cultural de la Nación. En este sentido los fieles están llamados a participar con pleno derecho y en igualdad de oportunidades en la vida pública, para dar su propia contribución al progreso nacional y participar con generosidad en la reconstrucción del País, accediendo a los diversos sectores de la vida social, como es la educación y los medios de comunicación social, dentro de un marco legal adecuado.

Los cristianos en Cuba deben participar en la búsqueda del bien común, aportando su conciencia crítica, sus capacidades y hasta ofreciendo sus sacrificios con el fin de propiciar las transformaciones que el país necesita en esta hora con el concurso de todos sus hijos.

La verdadera dignidad del hombre se encuentra en la verdad revelada por Cristo. Él es la luz del mundo y el que cree en Él no camina en tinieblas (cf. Jn 12.46). Por ello, la ofuscación de la luz, la mentira personal y la doblez social deben ser superadas por la cultura de la verdad, de modo que respetado profundamente cada persona y cada cultura, se anuncie la convicción de que la plenitud de la vida se alcanza cuando se trasciende el marco de los materialismos y se accede a la Luz inefable y trascendente que nos libera de todo egoísmo.

7. La lluvia que me despidió cuando dejaba el suelo cubano trajo a mi memoria el himno «Rorate caeli», pidiendo que las semillas sembradas con sacrificio y paciencia por todos Ustedes, Pastores y fieles, crezcan con vigor y Cuba pueda abrir de par en par sus puertas a la potencia redentora de Cristo, para que todos los cubanos puedan vivir un nuevo adviento en su historia nacional

A su regreso a la Isla, hagan presente a todos los cubanos el afecto y la cercanía del Papa. Que tengan la seguridad de que «siempre que me acuerdo de Ustedes doy gracias a Dios. Cuando ruego por Ustedes, lo hago siempre con alegría... estoy seguro de que Dios que ha comenzado en Ustedes la obra buena, la llevará a feliz término. Está justificado esto que yo siento por Ustedes pues los llevo, en el corazón... Dios es testigo de lo entrañable que los quiero a todos Ustedes en Cristo Jesús. Y les pido que su amor crezca más en conocimiento y sensibilidad para todo» (Fil 1,3-10).

A la Virgen de la Caridad del Cobre, Madre de todos los cubanos, recordando con emoción el momento en que le ceñí la corona que sus hijos le ofrecieron, presento los anhelos y esperanzas, los gozos y las penas de todos ellos, a la vez que con afecto les imparto de corazón una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 9 de junio de 1998

Joannes Paulus II